

Selecta

*Construyendo
un destino*

CORAZONES ROTOS 1

Catherine Brook



Construyendo un destino

Catherine Brook

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer
@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial

Capítulo 1

Masoquismo. Eso era lo único que podía explicar el que ella, Alondra Saldivia, estuviera ahí, sentada en la fiesta de bodas de su antiguo novio y una mujer que le caía mal, viendo cómo estos bailaban felices de la vida mientras ella... bueno, ella tenía un vaso de whisky en la mano y consideraba seriamente la posibilidad de emborracharse para olvidar sus penas.

Ella lo haría, lo haría si tuviera la certeza de que sus penas se olvidarían emborrachándose, pero no se olvidarían, solo desaparecerían temporalmente y regresarían al día siguiente, junto con una fuerte resaca que no tenía ganas de experimentar.

Ahora, volviendo a los verdaderos motivos de por qué estaba ahí, podía decirse que era una forma de convencer a su cerebro de que aquel hombre que amó con locura ya no estaba disponible, que no valía la pena sufrir por él cuando en realidad nunca la quiso; aunque eso debería saberlo, pues él nunca la engañó. Alondra fue la que se engañó creyendo que podía hacer que la amara, que podían casarse y vivir felices comiendo perdices, cuando ya debería saber, a sus veinticinco años, que los cuentos de hadas no existían y los finales felices tampoco; al menos no para ella, ya que la pareja que se casaba sí estaba teniendo el final feliz de una historia donde había elaborado inconscientemente el papel de antagonista.

Emma y Diego vivieron una historia de amor digna de telenovelas dramáticas, donde Alondra había sido la chica mala que quería quedarse con el novio a como fuera lugar, a la que solo le faltó inventar un embarazo y... Está bien, no era para tanto, ella no fue tan mala, y la culpa tampoco fue toda suya. El hecho es que al final había comprendido que no valía la pena luchar por un imposible y lo dejó libre para que fuera feliz con su amada; y como toda historia de amor tiene un final feliz, ellos estaban teniendo el suyo.

Si sería duradero, ese era otro asunto, pues, con semejante decepción amorosa, empezaba a pensar que el amor no existía, y era solo un invento de esos filósofos con nombre extraño que, en su interés de buscar una explicación a todo en el mundo, inventaron el amor para describir a aquella atracción inexplicable hacia otra persona; pero en realidad no existía, solo era una ilusión, una ilusión que pronto se rompería y que por ello los matrimonios terminan en divorcio. Sí, eso era, ella no estaba enamorada, ella solo vivió una ilusión, aunque, literalmente, eso fue desde un principio, pues él nunca la quiso...

Suspiró y tomó otro sorbo de whisky intentando alejar todos esos pensamientos, pero no

ayudaba mucho que la gente la mirase con disimulo y comentase a sus espaldas.

Como la mayor parte de esa gente era amiga de Diego, y por ende habían estado invitados a su boda, debían estar preguntándose el cambio repentino de novia e inventando posibles teorías que explicaran el asunto, teorías que pasarían de boca en boca volviéndose cada vez más inverosímiles. Ella odiaba causar lástima, lo que la hacía volver a la pregunta inicial: ¿por qué estaba ahí? Bueno, además de lo dicho anteriormente, quería demostrarles a esas personas y a Diego, que todo estaba bien, que en el fondo no le importaba el asunto, y sí, le importaba, pero no quería que los demás lo supieran; su orgullo le exigía eso.

Debido a que Diego y ella habían quedado en buenos términos, había sido invitada a la boda, aunque a Emma no pareció gustarle mucho la idea. Quizás la veía como una zorra que se abalanzaría en cualquier momento hacia su marido, lo que no estaba más lejos de la verdad. Alondra no era de las que se aferraba a imposibles. ¿Por qué sino lo había liberado del compromiso e instado a que arreglara las cosas con Emma? Si no fuera por su decisión, el estúpido todavía seguiría intentando enamorarse de Alondra aun sabiendo que no podía, incluso estarían casados. Ella era una buena persona, pero eso no era un consuelo. En esos momentos, hubiera preferido ser egoísta, aunque sabía que de haberlo sido, hubiera significado infelicidad inevitable en un futuro.

Pensándolo bien, se lamentaba porque quería, bien podía pararse y bailar con cualquiera, disfrutar de la fiesta en vez de estar ahí con cara de alguien plenamente inconforme con su vida. Ella era bonita, tenía el cabello castaño oscuro rizado, era esbelta y bien proporcionada por la naturaleza. Podría tener a cualquiera, en cambio, se lamentaba como una estúpida.

Decidida, se levantó de la mesa, y se dirigió a donde había parejas divirtiéndose, dispuesta a encontrar a algún hombre con quien bailar y poder disfrutar de la fiesta, pues para eso estaba ahí. Si lo que hubiera querido era compadecerse de su vida, bien podía haberse quedado en casa, llorando mientras comía un helado de chocolate y veía películas de amor con el final feliz que nunca tendría.

Cuando se acercó a la pista, vio a un hombre que se le acercaba. Al principio, creyó que la invitaría a bailar, hasta que vio la cara del hombre. Se trataba de Gabriel Mendoza, el presidente de Ea Construcciones, la empresa rival de donde ella trabajaba. Sin muchos ánimos de tener de nuevo la conversación que sabía que tendrían, ni de saber cómo se había colado en la fiesta, Alondra giró sobre sus tacones haciendo que uno de estos pisara la cola del vestido. Debía haberse puesto uno corto, pero no, ella optó por el lindo vestido azul rey de espalda descubierta, que la hacía ver maravillosa pero que terminaría llegando a casa destrozado si seguía así.

En esos momentos era que se preguntaba el nombre del genio que dictó que una mujer debía usar tacones para un evento elegante, el que lo hizo, no debía tener ninguna consideración por las mujeres que tendrían que soportar al menos la mitad de la fiesta con ellos. Habría a quien le gustara, pero ella se incluía en el grupo de las que llevaban unos zapatos bajos escondidos en la cartera para cambiarse a mitad de la fiesta.

Se alejó del hombre rogando silenciosamente que no la encontrara, sabía lo que quería y no era invitarla a bailar, así que lo mejor sería huir del enemigo. Como tenía la cabeza volteada para ver si la seguían, no se dio cuenta cuando Emma se le atravesó en el camino y terminó tropezando con ella.

“*Suerte, ¿es que acaso alguna vez estarás de mi lado?*”, se preguntó, aunque la respuesta la sabía: *¡No!*

Con fastidio, enfrentó la mirada antipática de la rubia, cuyos ojos verdes la miraban como se mira a una plaga fastidiosa que te vive rondando para chupar tu sangre. Emma era linda, pero ese ceño fruncido no le favorecía en nada.

—Deberías fijarte por dónde caminas, Alondra, puedes importunar a alguien.

—Y tú ya deberías dejar de fruncir el ceño, uno juraría que las novias están más felices el día de la boda.

Emma frunció más el ceño, y Alondra sonrió consciente de que esas provocaciones infantiles siempre la habían hecho molestar, y a ella le gustaba hacerla molestar. ¿Ya mencionó que le caía mal?

—Si tuvieras algo de decencia, no estarías aquí.

Alondra se encogió de hombros. Bien, ella podía haber sido la antagonista de esa historia, pero Emma distaba mucho de ser una buena protagonista. ¿Acaso las protagonistas no perdonaban a la antagonista al final?

—¿Me han invitado, no? No veo ninguna razón por no estar aquí.

—Eres una zorra, Alondra —espetó la rubia con veneno—. Aprovechas cada oportunidad que se te presenta. ¿Acaso no deberías entender ya que Diego es mío y tus intentos por robármelo no funcionaron?

Alondra dejó pasar el insulto por cuatro razones. Primero, el asesinato es ilegal. Segundo, Emma siempre fue celosa compulsiva necesitada de psicólogo, y hablaban los celos, no ella. Tercero, ella no era una zorra y no pensaba molestarse por que le dijeran algo que ella sabía que no era; y cuarto, ¿qué podía hacer? Sin duda no iban a ponerse a jalar de los cabellos como locas en plena boda. Así que se limitó a decir:

—Yo no te lo robé, simplemente lo consolé después de la última escenita que le montaste, pero tú puedes tomarlo como quieras —dijo y se alejó de ella antes de que replicara; en esos momentos, se encontraba compadeciendo a Diego.

—¿Señorita Alondra?

¡Diablos! Gabriel Mendoza. En su discusión, se olvidó que huía de él.

—Señor Mendoza —saludó con educación—. Qué sorpresa verlo por aquí.

Él debía saber que con esa expresión ella quiso decir que sabía perfectamente que él no estaba invitado, porque sonrió.

—¿Cómo está?

Golpe bajo, aunque no lo supiera, ¿cómo estaba? Estaba a punto de largarse de esa fiesta e ir a

llorar en paz sus penas.

—Bien, gracias. ¿Y usted?

—Bien. ¿Me acompañaría afuera? Quisiera hablar con usted. Le tengo una propuesta.

“¿Una propuesta?”, se preguntó ella mientras lo seguía hacia afuera del local. ¿Sería indecente? Ella se encontraba esperando que fuera indecente, pero era improbable, sabía lo que quería, pero lo necesitaba y... ¡No! ¿Qué estaba pensando? Ella no se acostaba con casi extraños, aunque fueran casi extraños como el que tenía en frente, es decir, guapísimos.

El hombre era alto, fornido, de piel bronceada, cabellos negros y ojos grises. Era de esos hombres que se parecían a los protagonistas de las telenovelas (sí, le gustaban las telenovelas) y con los que uno tiene todo tipo de pensamientos indecorosos cuando los ve, como los que tenía ella ahora... “*¡Basta, Alondra, eres una mujer decente!*”, se recordó, no podía permitirse que el hombre la atrapara comiéndoselo con los ojos, aunque estaba segura de que él debía ser muy consciente de su atractivo. Los hombres guapos normalmente lo eran, y eso los hacía arrogantes e irritantes, y ella odiaba a los hombres arrogantes.

—Usted dirá, señor Mendoza —dijo Alondra una vez estuvieron fuera del club, lamentándose de haber salido con él. ¿Por qué no le dijo que no y ya?

El aire frío de la noche le acarició sus brazos desnudos y sintió el impulso de cerrar los ojos y olvidar todo por un momento, pero él habló, impidiéndoselo

—Como le decía, le tengo una propuesta, una propuesta de negocios.

Una punzada de decepción se instaló en su cuerpo... ya va, ¿decepción? ¿En serio? “*¿Y el corazón roto, Alondra?*”. Había tomado mucho Whisky, parecía.

—No estoy interesada.

Gabriel frunció el ceño y la miró de forma rara.

—No le he dicho aún la propuesta —le recordó.

—Sé cuál es, me ha estado persiguiendo por un mes entero para hacérmela saber. Le explico, señor Mendoza. Si le digo que no me interesa, es que no tengo ninguna intención de cambiar de trabajo por más tentadora que fuera la propuesta. Verá, cuando me acababa de graduar, nadie me quería dar trabajo por falta de experiencia, incluyendo su compañía. El señor Altamirano confió en mí. Si algún día me voy de la empresa, sin duda no será a la rival. Es una cuestión de lealtad y principios, además, ahí gano bien y no veo motivo para abandonarlo. —Solo estaba el hecho de que ahí vería a Diego todos los días; sí, era masoquista.

—Podemos negociar una buena propuesta que estoy seguro de que la favorecerá. —informó y a continuación empezó a describir una buena oferta de trabajo.

Alondra admitía que la propuesta que el hombre le estaba describiendo con tanto afán sonaba bastante tentadora, y no por cuestiones económicas, sino sentimentales... Pero no, ella no podía hacerle eso al señor Altamirano. Ir a ofrecer la experiencia que había adquirido en su compañía al rival era un acto de traición. Muchos lo harían, y sin duda muchos pensarían que era una estúpida por no escucharlo siquiera, sobre todo considerando las circunstancias, pero sería un acto muy

desleal de su parte, y más cuando el padre de Gabriel era un antipático que seguro había desechado su currículo apenas le fue entregado; si es que se había tomado la molestia de leerlo, claro está. La razón por la que ahora querían contratarla le era desconocida, y aunque la curiosidad se la comiera viva, no preguntaría.

—Lo siento, pero mi respuesta es negativa.

El hombre parecía encontrarse en ese momento en estupor, como si no creyera que en verdad había sido denegada su propuesta. Claramente se había colado en la fiesta firmemente convencido de que su oferta sería aceptada, y no sabía cómo reaccionar ante una negativa.

—Usted no ha entendido bien —habló como si lo hiciera con una niña—, he dicho que le ofrezco...

“*Un aparato auditivo para el señor Mendoza*”. ¿Acaso no había escuchado nada de lo que dijo?

—Sí, lo oí, no soy sorda ni tonta, señor, he entendido perfectamente lo dicho y ya le he explicado mis razones para negar su propuesta.

—Pero...

—No insista, señor.

De repente, él sonrió, con una sonrisa digna de modelo de revista que le calentó la sangre. “*Eres una mujer decente, Alondra, eres una mujer decente, Alondra, y tienes el corazón roto*”, se recordó.

—Ya entiendo. Esto es un asunto de rencor —dijo y asintió levemente como si ya entendiera todo, solo que Alondra no lo entendía. ¿De qué hablaba?

—¿Rencor?

Él asintió.

—Sí, usted está molesta porque en un principio le fue negado trabajo en nuestra compañía, y su orgullo y rencor le impiden aceptarlo esta vez, pero debe comprender...

Él siguió hablando mientras Alondra negaba interiormente la cabeza. Era sorprendente que un hombre de su estatus no tuviera para comprarse un aparato auditivo que necesitaba con urgencia, pues no había escuchado nada de su discurso de lealtad. Aunque en cierto punto no le quitaba la razón, era rencorosa, y no habría satisfacción que se comparase con ser ella la que rechazara esta vez la propuesta, sin embargo, esa no era la raíz de su decisión y él haría bien en entenderlo. Alondra empezaba a pensar que no era sordo, sino de esas personas que escuchaban lo que querían escuchar.

—Señor Mendoza —alzó una mano para interrumpir su discurso de por qué debería aceptar su propuesta—, no me hará cambiar de opinión, así que ahórrese sus argumentos, por favor.

—¿Segura? —preguntó con una sonrisa.

—Segura —contestó ignorando lo guapo que se veía sonriendo. ¿Pero qué le hacía ese hombre?

—¿En verdad piensa quedarse trabajando en un lugar donde verá todos los días a su ex y a una mujer que le acaba de llamar zorra?

Además de sordo, chismoso y entrometido. Alondra pensó que ese día no podía ser peor.

—Eso, señor Mendoza, será mi problema.

—Si me permite mi opinión...

—No, no se la permito porque no se la he pedido. —Al carajo la buena educación, ese día había llegado al límite de su paciencia—. Adiós.

Entró nuevamente en el salón justo cuando *Una propuesta indecente* comenzaba a sonar.

¡Genial!

Decidió que era hora de irse, quedarse en su departamento comiendo helado y compadeciéndose de sí misma ya no le parecía tan mala idea.

Gabriel observó cómo la mujer entraba en el lugar y frunció el ceño. Que le rechazaran su propuesta no había estado en sus posibilidades cuando fue ahí. Primero, porque era una propuesta demasiado buena para ser rechazada. Segundo, era de conocimiento público que ella debía ser la novia en esa boda y no la señora Emma, y aunque había corrido el rumor de que la boda se había cancelado por incompatibilidad de caracteres entre la pareja, el rostro melancólico de Alondra Saldivia daba a entender lo contrario. Desconocía el motivo de su ruptura, pero de una cosa estaba seguro, y es que la señorita Alondra no la quería, entonces, si ella estaba despechada, ¿no debería buscar alejarse del lugar donde vería todos los días a su exprometido?

Negando con la cabeza, regresó a su auto. A la mujer tendría que gustarle sufrir para quedarse ahí en esas circunstancias, pero ¿qué sabía él de sus gustos? Ella había dejado claro que no era una persona normal, una persona normal hubiera aceptado el trabajo y no le hubiera salido con ese discurso de lealtad. ¡Lealtad! En cierto modo entendía su punto de vista, e incluso admitía que su exnovia necesitaba unas cuantas lecciones de ella, pero cualquier ser humano mentalmente estable aceptaría un oferta que le proporcionaría ventajas tanto económicas como emocionales, pero no, ella le había salido que era una cuestión de lealtad.

Debería buscar a otro arquitecto que ocupara el lugar de Amanda, había muchos que estarían encantados de trabajar en Ea. Sí, debería hacer eso, pero no lo haría, y no lo haría porque lo que Ea necesitaba era alguien como Alondra. Los rumores sobre ella habían llegado a oídos de su padre hace meses, y le encargó a Gabriel que se hiciera cargo del asunto. Alondra a su joven edad era una persona con una creatividad impresionante, capaz de crear ideas ingeniosas y modernas, capaz de romper los límites de lo convencional y adentrarse en algo nuevo, y eso era lo que su empresa necesitaba para terminar de triunfar. Ella tendría que irse con él y de alguna forma lo conseguiría, no era un hombre dado a aceptar derrotas y la perseverancia era la clave del éxito. Solo necesitaba idear una buena estrategia.

Capítulo 2

El fastidioso despertador sacó bruscamente a Alondra de su adorado mundo de ensueño para obligarla a enfrentarse a la realidad. Ella, sin ganas de alejarse de los brazos de Morfeo, se colocó una almohada encima de la cabeza como si así pudiera amortiguar el escandaloso sonido de la alarma y volver a la tranquilidad de su sueño. Claro que eso era imposible, pero nada le costaba tener esperanzas.

Con una flojera digna de un oso panda, se levantó y apagó la dichosa alarma, luego arrastró sus pies hasta el baño para tomar una ducha de agua fría que la terminara de despertar.

Cuando finalizó la ducha, se vistió con un pantalón azul rey y una linda camisa blanca de manga larga y desayunó, para luego ir a trabajar.

Después de la fiesta, el sábado, había llegado a su casa y había terminado la noche viendo películas románticas y comiendo todo lo dulce que encontró en su nevera. ¿Qué mejor remedio para una amarga tristeza que cosas dulces? Luego, se había metido a dormir y el domingo amaneció con el firme propósito de no sufrir más por un imposible. La vida era muy corta para desperdiciarla en lágrima, y si Diego no era para ella, otro sí lo sería.

Cuando era joven, y veía todas esas mujeres llorar por un hombre, se juró que ella nunca lloraría por un uno, pues en su opinión no valía la pena, ahora, era hora de cumplir esa promesa. Lástima que fuera más fácil decir que hacer. Cuando una pierde al amor de su vida, es tan grande el sentimiento de tristeza que parecía imposible no llorar al recordarlo. La vida se siente vacía, como si le faltara un complemento. No tienes ganas de hacer otra cosa que quedarte encerrada en tu casa llorando y desahogando tus penas, pero ella no podía darse ese lujo, tenía que trabajar, y si el destino la quería solo un poquito, el viaje de bodas de Emma y Diego duraría al menos un año.

Salió de la casa que habían terminado hace poco para ella y se dirigió al porche donde estaba estacionada su moto. Sí, una moto. En su opinión era más sencillo llegar a un lugar en ella que en un carro a tolerar colas interminables y conductores con licencias regaladas. Su familia se había quedado de piedra cuando la vieron en ella hace unos meses, pero no habían dicho nada, pues por todos era conocida la excentricidad de la muchacha. Una no podía criarse con seis hombres en la casa y salir manejando un coche rosa.

Sacó la moto del porche, se colocó el casco y emprendió el camino hacia la empresa. A mitad del recorrido, la moto empezó a soltar unos ruidos raros, y Alondra, preocupada, estacionó en el

primer lugar cercano. Se bajó para investigar qué sucedía, pero de pronto esta hizo un sonido extraño y cuando la quiso prender esta no arrancó.

—Genial —se dijo quitándose el casco y sacando su teléfono para llamar a alguien experto en el tema. Estaba por marcar el número cuando una voz la interrumpió.

—¿Acaso en Altamirano's no gana lo suficiente para comprar un carro?

Ella soltó un gruñido y le dirigió una mirada fulminante a Gabriel Mendoza. Se dio cuenta en ese momento de que había estacionado justo en frente de Ea Construcciones. Por lo visto, su mala suerte se había extendido más allá del fin de semana.

—Me gustan las motos. ¿Algún problema? —dijo con tono amargo y siguió buscando en su teléfono el contacto que quería.

—Pero qué carácter —masculló el hombre acercándose—, yo creía que la Alondra era un pájaro que vivía siempre cantando y feliz. Tu madre no le atinó bien al nombre.

Alondra no le prestó atención y marcó llamar cuando encontró al contacto. Para su mala suerte, ya constante, no contestaron.

—Coño —farfulló en voz baja y volvió a intentarlo, pero nada.

—¿Necesita que la ayude?

Ella se sobresaltó a oír su voz. Creía que se había ido ya.

—Tengo un amigo por acá cerca que puede venir a verla y de ser necesario la lleva a su taller. Si no quiere retrasarse, puede dejármela y yo me encargó de ella.

Alondra lo miró con desconfianza.

—¿Dejarle mi moto a un desconocido? No sin algo que me garantice que me la devolverá.

—No tengo necesidad de robar nada —respondió Gabriel crispado por la acusación.

—No, pero me la puede destruir o hacerle algo peor. No confío en usted, señor Mendoza. No quedamos en buenos términos la última vez.

El hombre volvió a sonreír con esa hermosa sonrisa de galán de televisión, y Alondra tuvo que desviar la mirada para no quedar viéndolo embobada.

—A diferencia de otros, no soy rencoroso. Pero puede quedarse a esperar mientras lo llamo. Si desea.

Alondra miró su reloj con nerviosismo. Ese día tenía una cita con un cliente para mostrarle un proyecto y tenía que afinar los últimos detalles antes de encontrarse con él. No había tiempo que perder. Con un gruñido, se dirigió hacia el vigilante de Ea.

—Usted —le dijo y grabó el nombre que aparecía en su carnet—, usted es testigo de que este hombre —señaló a Gabriel— se está haciendo responsable de mi moto. Si esta no me es devuelta en el mismo estado que ahora o simplemente no me es devuelta, será testigo en el juicio para que me compre otra. Le advierto, señor Mendoza, que mi padre tiene un bufete de abogados. —Dicho eso, le dio una tarjeta con su número, tomó las cosas de su moto y se fue a parar un taxi.

Gabriel Mendoza la vio irse y por varios segundos se debatió entre la incredulidad, y la risa que le causó la escena. Luego llamó a su amigo quien se llevó la moto a su taller, y Gabriel pudo

entrar a la empresa.

Una vez en su oficina, prendió su computadora para revisar unos datos y, mientras esperaba que esta cargara, permitió que una sonrisa se dibujase en su rostro.

El día anterior, después de la boda, se permitió pensar bien en la manera en que atraería a ese pequeño torbellino a su empresa, y después de pensarlo un rato, se le había ocurrido la idea perfecta, aunque admitía tener ciertos recelos en llevarla a cabo.

Alondra Saldivia, a pesar de demostrar tener un carácter desconfiado y fuerte, no era más que una mujer con el corazón roto, cualquiera que viera sus ojos podría darse cuenta. En el fondo estaba débil y ansiaba apoyo y cariño. Y eso es lo que él usaría a su favor.

Jugar con los sentimientos de las personas no estaba entre su lista de entretenimientos, así como tampoco se consideraba a sí mismo una persona cruel y sin escrúpulos, no obstante, a la mala había aprendido que en la vida no triunfaban las personas con buenos sentimientos y dotados de inmensa amabilidad. A veces, esta se encargaba de darles a esas personas una lección para que fueran más inteligentes y centrados. Para que supieran que no todo era color de rosa y que para triunfar había que valerse de ciertas estrategias. No estaba diciendo que se tenía que llevar gente por delante para conseguir lo deseado, pues eso ya era otra cosa que rayaba en lo inhumano, pero sí se podían aprovechar las situaciones existentes y usarlas a su favor.

Su padre siempre decía: “La clave del éxito está siempre en utilizar a tu favor lo que la vida te da”; y eso era precisamente lo que él haría. No le haría daño, o al menos eso esperaba, solo... se beneficiaría de la situación. Al final la misma Alondra lo terminaría agradeciendo.

Tomó un sorbo del café que le habían traído y se dijo que, al final, todo saldría bien.

Cuando Alondra llegó a su trabajo, evitó recordar todo lo que había vivido ahí con Diego y centró su mente en haberle dejado su adorada moto a ese hombre. No es que no pudiera comprarse otra en el caso de que esta no le fuera devuelta, pero vamos, sería un gasto innecesario y a ella le gustaba esa moto, le había agarrado cariño. Era verdad lo que le dijo, su padre tenía un bufete de abogados y no sería nada difícil hacer que él le pagara otra, no obstante, prefería pensar que el señor Mendoza poseía un carácter maduro que le impediría tomar cualquier represalia por discusiones anteriores.

Entró en Altamirano's y tomó el ascensor para llegar hasta el piso donde estaba su oficina de trabajo. Cuando entró, lo primero que vio fue la optimista sonrisa de su compañera: Karen.

—Hola, hola. ¿Cómo te sientes? ¿Estás mejor? ¿Te ha servido ahogar tus penas con helado y llorar con películas de amor? ¿Quieres hablar sobre ello?

Karen era, desde tiempos inmemorables, su mejor amiga. Había estudiado tres años de psicología antes de decidir que no era lo suyo e irse por la arquitectura. Se graduaría en aproximadamente un año, pero el señor Altamirano había decidido contratarla a recomendación suya, aunque fuera como ayudante y espectadora. No obstante, Alondra nunca entendería por qué abandonó la carrera, y es que su amiga tenía la firme creencia de que siempre podía ayudar a alguien y darle un buen consejo, aunque su forma de hacerlo rayara en lo imprudente.

—Primero —dijo colocando sus cosas en la silla más cercana—, no ahogué mis penas con helado, simplemente incrementé los niveles de glucosa en mi sangre. Segundo, no lloré con las películas románticas, solo me deleité con sus finales felices para aumentar la serotonina en mi cuerpo y evitar caer en depresión. ¿Entiendes?

Karen frunció el ceño y luego negó con la cabeza.

—Te estás engañando a ti misma —afirmó—, eso no es bueno. Si quieres superar lo de Diego, primero tienes que admitir que te duele, después de que lo admitas, tienes que ir superándolo poco a poco y evitar así caer en depresión.

—No estoy deprimida —masculló indignada.

—No, pero sí bastante malhumorada. Yo te tengo la cura perfecta. Tú y yo, este sábado, en la disco bailando con dos hombres guapos que nos encontraremos allá y después...

—No —espetó y recordó por qué había abandonado la carrera: Karen hubiera sido una pésima psicóloga. Además era un poco infantil—. No pienso acostarme con un desconocido.

—No iba a decir eso, malpensada. Iba a decir que después nos emborracháramos hasta que no recordáramos nuestros nombres.

—Menos. No quiero pasar mi domingo con dolor de cabeza y náuseas.

Karen hizo una mueca enfurruñada.

—Necesito amigos menos achantados. Qué aburrida, Alondra. Por lo que veo, no incrementaste mucho tu nivel de serotonina y la azúcar debe seguir baja. Estás de peor humor que de costumbre.

Alondra intentó no ofenderse por la afirmación de que vivía de mal humor. Ella no vivía de mal humor, simplemente era de carácter fuerte, eso es todo.

—Lo siento —se disculpó; Karen no tenía la culpa—, es que... se ha dañado mi moto y tuve que venirme en taxi —justificó.

—Oh, ¿dónde la has dejado? Tengo un amigo que...

—No hará falta. Resulta que se paró justo en frente de Ea, y el señor Mendoza se ofreció a encargarse de ella.

Los ojos azules de Karen la miraron con sorpresa y curiosidad.

—¿Gabriel Mendoza? ¿El vicepresidente de Ea Construcciones? ¿El mismo que quiere convencerte desde hace tiempo que te cambies a su empresa y que se molestó la última vez que te negaste? —Cuando ella asintió, Karen la miró como si estuviera loca—. ¿Le has dejado tu moto a él? ¿Y si te la despedaza en venganza? ¿O la daña? ¿O le esconde un cargamento de droga y luego llama a la policía?

Ya va. ¿Qué? Alguien debería repetirle la prueba vocacional a Karen, estaba claro que lo suyo era ser escritora de novela de fantasía. No creía que fuera para tanto.

—Tengo un padre y dos hermanos abogados —le recordó—, cualquiera sea el caso, ellos me ayudarán.

Al escuchar la mención de los hermanos Saldivia, los ojos de Karen pasaron de paranoicos a soñadores.

—Oh, los hermanos Saldivia. —Suspiró como enamorada. También se le daba el dramatismo, hubiera sido buena actriz. Karen era multifacética—. ¿Cómo no los voy a recordar? Más tentadores que el pecado. Más bellos que un adonis, más...

—Insoportables que un dolor de muelas —interrumpió Alondra incapaz de seguir escuchando estupideces.

—Lo dices porque son tus hermanos. Hermano menor que se respeta considera insoportable a los mayores, pero sabes que en verdad no lo son. Son encantadores, los cuatro... bueno, los cinco, aunque sea pecado decirlo y Dios me castigue por ello.

Alondra hizo una mueca de horror.

—Hablas como una adolescente. Sabes que, olvidémonos del tema, mejor démosle la última revisada al proyecto que el cliente llega en media hora.

Karen hizo un puchero como si le disgustase dejar su tema favorito, pero dejó el tema ahí y le dio al trabajo la seriedad que requería.

A la hora de almorzar, Alondra salió del edificio sola. Normalmente lo hacía con Karen, pero esta se fue después de la presentación del proyecto por un problema personal. Cuando llegó a la acera, se encontró con la agradable sorpresa de que su moto estaba parada en frente, con Gabriel Mendoza encima de ella, pero decidió obviar ese hecho y concentrarse solo en su moto.

—Gracias por traerla —le dijo mientras se acercaba—. ¿Qué tenía? ¿Cuánto le debo a su amigo?

Gabriel bajó de la moto con agilidad y le hizo un gesto con la mano para quitarle importancia al asunto.

—Un problema con el motor. El costo no es importante.

Ella lo miró con desconfianza. ¿Por qué siempre lo miraba con desconfianza? Bien, era la hija de un abogado, sabía por experiencia propia que los abogados eran desconfiados y tenían la manía de volver desconfiados a sus familiares también. Su hermana era abogada.

—¿No me va a decir que su amigo no le cobró? Por favor, no me vaya a decir que usted no me quiere cobrar, no pienso permitirlo, dígame cuánto le debo. No me gusta deberle favores a nadie.

Él sonrió de una forma que hizo que todas sus defensas se pusieran alerta, y es que no solo era una sonrisa hermosa, sino calculadora.

—¿Qué le parece si me paga con su compañía en un almuerzo? ¿Iba a almorzar, cierto?

El ceño de Alondra se profundizó más y lo observó con curiosidad, como si intentara descifrar algo.

—Sí, pero...

—Perfecto —interrumpió el hombre—, yo la invito.

La expresión de desconfianza se profundizó y Gabriel se preguntó si viviría con ella.

—¿Por qué? —preguntó sin rodeos—. No, no me lo diga. Ya lo imagino, y por eso le digo, señor Mendoza, que mi respuesta no ha cambiado en estos dos días. Le repetiría el discurso, pero no me siento inspirada, además que haría caso omiso de él, así que, ¿sería tan amable de darme

las llaves para que pueda guardar mi moto? —El lugar donde iba a almorzar quedaba a dos cuadras de ahí, no valía la pena ir en moto hasta allí.

Gabriel, que tenía las llave en la mano, la encerró en un puño y las escondió tras de sí como un niño que quiere jugar.

—Es una invitación por placer, no para molestarla. Acéptela y se la regreso.

Alondra suspiró, clara muestra de su pérdida de paciencia.

—Devuélvamelas o...

—¿Mandaré a todos los abogados del bufete de su padre a demandarme? —preguntó burlón y Alondra se contuvo para no golpearlo. No podía ceder a esos bajos instintos.

—¿Por qué quiere almorzar conmigo? Soy una persona muy aburrida, se lo aseguro, y mi amiga afirmó hace poco que hoy no era buena compañía.

Él amplió la sonrisa como si ese hecho le complaciera. ¿Estaría tomado? ¿Manejó su moto tomado?! Más le valía que no le hubiera hecho un rasguño.

—Creo que eso depende de gustos. ¿Por qué no me deja decidirlo por mí mismo? Al menos como agradecimiento por haberle traído su moto intacta.

Ella volvió a suspirar aunque esta vez parecía más un suspiro de resignación, como si no tuviera ganas de seguir discutiendo con alguien tan tozudo como él.

—Está bien —accedió y emprendió el camino hacia su lugar favorito para comer sin importarle si él la seguía o no. Era solo un almuerzo, no era como si fuera una cita o algo así. ¿Qué era lo peor que podía pasar?

Capítulo 3

—¿Le gusta la comida china? —le preguntó Alondra mientras esperaba que el semáforo cambiara para poder cruzar. Decidió que no haría daño entablar una conversación. Admitía que podía ser grosera a veces, pero no era partidaria de los silencios incómodos. Le gustaba hablar, no con desconocidos, pero podía decirse que él no lo era, no del todo.

—Me encanta todo tipo de comida en realidad. Y háblame de ti, creo que las formalidades están demás.

Alondra asintió y se permitió echarle un vistazo. Se dijo que para semejante cuerpo y tamaño, sí debía de comer bastante, y pasar muchas horas en el gym.

—Se nota. ¿Me recomiendas el gimnasio? Hace tiempo que pienso en ir con una amiga a uno. —Hace como cinco años más o menos, Karen y ella eran de las amigas que quedaban en algo y pasaba mucho tiempo hasta que podían llevarlo a cabo, si es que lo hacían, claro.

Él recorrió su cuerpo con el mismo descaro que ella y sonrió.

—Por supuesto. Siempre es bueno mantenerse en forma.

Caminaron en silencio hasta que llegaron al restaurante chino. Entraron y pidieron de comer. El silencio se volvió incómodo mientras esperaban, así que ambos buscaron una manera de romperlo.

—Gracias por lo de mi moto —le dijo ella incapaz de encontrar algo más que decir—, aunque admito mi recelo al dejártela.

—¿Qué hubieras hecho si no te la regresaba? ¿Mandabas a tu padre a demandarme?

—O a uno de mis hermanos, cualquiera hubiera servido —declaró ella con tranquilidad.

—¿También tienes hermanos abogados?

—Dos.

Esa sí que debía ser una familia con la que nadie se debía meter.

—A mi padre le hubiese gustado que los seis fuéramos abogados —comentó ella para rellenar el silencio—, pero solo los gemelos se animaron.

—Hubiera llenado el bufete solo con la cantidad de hijos —bromeó él, pero ella asintió como si esa hubiera sido la intención de su padre.

—También quería que tuviéramos un futuro garantizado.

—¿Se mostró reacio cuando los demás no quisieron estudiar leyes? —preguntó animado por

poder iniciar una conversación y a la vez saber más de ella.

—Bastante, pero tuvo cierto nivel de resignación dependiendo de la carrera. Por ejemplo, cuando Manuel le dijo que quería ser investigador, se mostró reacio pero accedió previendo que eso le podía servir para algunos casos. Cuando yo le dije que quería estudiar arquitectura, no opuso mucha resistencia, pero cuando mi hermano menor, Alejandro, le dijo que deseaba ser actor, casi lo llevamos al hospital con la tensión alta.

—¿Alejandro Saldivia es su hermano? —preguntó asombrado recordando el nombre del actor por el que suspiraban todas las mujeres de la familia.

Ella asintió.

—Eso es lo peor, que tuvo éxito. Padre no le quiso pagar la carrera, él solo lo hizo con ayuda de los gemelos ya graduados. Ahora se ha tenido que tragar todo lo que le ha dicho en un principio, después de todo, gracias a él nuestros nombres aparecen en una página de Wikipedia.

Él rio.

—Dijiste que son seis hermanos, ¿y el otro?

Alondra sonrió como si la historia le diera gracia. Tenía una sonrisa muy bonita, se percató él.

—Ahí sí que lo tuvimos que llevar al hospital. Ángel estudió medicina, pero después de graduarse nos informó su decisión de entrar al seminario.

—¿Se volvió cura?

—Sí. Pobre padre, casi le da un infarto. Siempre hemos sido una familia creyente, pero jamás imaginamos semejante cosa. Karen suele decir que el verdadero pecado es que un hombre tan buenmozo haya decidido ser cura. Habiendo como hay escasez del sexo masculino, no es mucho lo que nos dejan a una.

Pararon un momento la conversación cuando la comida llegó. Con hambre, Alondra tomó un gran bocado de arroz chino antes de seguir hablando. Parecía haber dejado a un lado la desconfianza anterior, como si el hombre le inspirara tranquilidad.

—Pero qué le vamos a hacer. Resignación —culminó y tomó otro bocado.

—Para haber afirmado que eras una persona aburrida sabes cómo llevar una buena conversación. Por lo que escucho, eres de una familia donde prevalece el sexo masculino, no debiste tener una infancia fácil.

Ella se encogió de hombros.

—Mamá me tomó bajo su brazo para asegurarse de que no necesitara psicólogo en un futuro. Además fui la niña consentida de papá, pero no puedo mencionar que eso sea una ventaja —comentó y luego frunció el ceño como si recordara malos momentos—, pero en fin. Soy una mujer afortunada, creo.

No pudo detener el tono sarcástico en su voz y por lo visto a él tampoco le pasó desapercibido. Una persona con un mínimo de prudencia hubiera obviado el asunto, pero muy pronto descubrió que al hombre le habían faltado clases de discreción.

—No parece muy convencida. ¿Es por su compromiso roto?

Alondra se contuvo de arrugar el ceño en muestra de molestia. Le molestó que sacara el tema, pero no se lo pensaba dar a demostrar, estaba harta de que la gente la mirara con lástima o peor, con curiosidad insatisfecha.

—Ya sabes lo que dicen, afortunado en el dinero, desafortunado en el amor. No se puede tener todo en esta vida.

—Y tú, ¿qué prefieres? ¿Dinero o amor? Si te pusieran a elegir, ¿cuál elegirías?

La pregunta inesperada la dejó pensando al menos un minuto entero.

—Es difícil decidir —dijo al final—. Soy de las que piensa que una persona que diga que no le gusta el dinero miente descaradamente. A todos nos gusta, es algo que necesitamos tanto como el agua. Los medios de conseguirlos es otro tema, pero la comodidad siempre será una prioridad para el ser humano. Por otro lado, el amor es... el amor. Soy romántica, lo admito. Crecí con las películas de princesas y las telenovelas, eran mi adicción, no obstante, no vivo en una burbuja, y sé que en la época actual el romanticismo está en la basura y las infidelidades son la orden del día, siendo ese tema, en particular, el que siempre ha causado miedo.

—¿Ah, sí? —preguntó él con un tono aparentemente tranquilo, aunque parecía algo forzado.

Ella asintió.

—He escuchado personas que dicen que se aman, pero se acuestan con otros alegando que es solo un simple contacto físico. Mujeres y hombres se engañan entre sí y se ha vuelto tan común, que la gente lo perdona como si en verdad no tuviera importancia. Yo jamás sería capaz de perdonar algo así, pero hay muchas que sí, pues afirman que no tirarían a la borda un matrimonio de años, o tal vez un largo noviazgo por el simple motivo de un “desliz” y ahí es donde me pregunto: ¿en verdad esas personas se aman? Tal vez haber crecido con ideales románticos me haga muy susceptible, pero simplemente no puedo concebir una relación de tres o cuatro.

—Creo que lo que más duele de una infidelidad no es el contacto físico con otra persona, sino la herida en tu orgullo al saber que no fuiste suficiente para ella —comentó él en un tono que si ella hubiera prestado más atención, hubiera reconocido como irónico—. La gente lo perdona porque algunos no creen que valga la pena perder una relación por eso, pero puedo afirmar que hay otros, que aunque amen, jamás perdonarían algo así, a pesar de que el tema se ha vuelto tan común que pregonar una infidelidad es sinónimo de genialidad.

—Exactamente y todavía no puedo comprender cómo. Cuando estaba en la universidad, escuché a un par de amigos hablar. Eran dos hombres y una mujer, y uno de los chicos le preguntó al otro: “¿Amas a tu novia? A lo que este respondió: “La amo, es mi vida”. Y la chica dijo: “Pero aun así te acostaste con otra”. Y este dijo: “Sí, pero la amo”. ¿Hemos llegado a ese punto en el que esa conversación suena normal? No obstante, la gente sigue ocultándose cuando es infiel y, cuando alguien oculta algo, es porque sabe que hizo algo incorrecto. Pero siguen pregonándose amor, entonces me pregunto: ¿es amor, costumbre o hipocresía? ¿Cómo alguien que dice amar a su pareja decide buscar a un tercero? Si las cosas están mal, debería ser el momento para demostrar ese amor, no para destruirlo. ¿Has leído *El Zahir*, de Paulo Coelho?

—Por supuesto. El escritor decía amar a esa mujer, pero se acostaba con otras. Ella lo amaba a él, pero también tenía aventuras. Ninguno se lo reprochaba al otro y vivían felices así. Ese tipo de lealtad hacia el otro no era importante para ellos porque vivimos en un mundo donde casi no existe.

—Es cierto —concordó ella con tono lastimero—, se han perdido los valores más importantes y por eso es que el mundo es un completo asco. A veces me pregunto si sobreestimo demasiado la fidelidad y la lealtad. Si en verdad no tiene tanta importancia como creo. Pero recuerdo que es bueno conservarla aunque seas alguien en peligro de extinción. Por eso, jamás haré algo que sea desleal al menos que mi futuro o mi vida dependan exclusivamente de ello —mencionó e hizo énfasis en el “jamás” como si quisiera recordarle a él que no se iría a trabajar a su empresa por más tentadora que fuera la oferta. No obstante, Gabriel no parecía haber notado ese hecho, sino que la miraba a ella de una forma bastante extraña.

—Es admirable —comentó—, entonces ¿tú jamás serías infiel?

—No.

—¿Y si te enamoraras de alguien más?

—Cortaría la relación. ¿Por qué fingir estar bien cuando no es así? —Y precisamente por ese pensamiento es que ella estaba ahora como estaba.

Recordó los inicios de su relación con Diego. Lo había conocido cuando empezó a trabajar y aunque no era fiel defensora del amor a primera vista, puede decirse que eso fue lo que sucedió. El hombre le había llamado la atención no solo por ser físicamente apreciado, sino que además poseía esa simpatía y carisma que a la gente, por inercia, suele gustarle. Se sentía cómoda con él y se enamoró. El problema: él tenía una novia.

Cuando ellos terminaron por varias causas, Alondra había visto su oportunidad y después de unas cuantas salidas se hicieron novios, y del noviazgo llegó el compromiso. Todo era perfecto y hubiera sido perfecto si ella no se hubiese dado cuenta de que era la única que aportaba amor a esa relación. Siempre lo supo, pero la ingenua esperanza de enamorarlo había estado ahí hasta que, como siempre sucedía, el sentido común se impuso y le hizo saber que era un caso perdido. Así fue como ella misma había echado por la borda su felicidad en base a la de él y ahora... bien, ahora que lo había recordado le haría bien ir a una heladería y seguir aumentando los niveles de glucosa en su sangre para ver si se le pasaba la repentina tristeza.

Nadie que no lo hubiese vivido podría entender el verdadero sentimiento de desasosiego que se experimenta cuando se pierde a ese alguien especial de una u otra manera. Es como si el corazón ya lo creyera suyo y al final llora por su pérdida y las ilusiones rotas.

—¿Estás bien? —le preguntó él viéndola ausente, y ella se recuperó rápidamente.

—Perfectamente —dijo y se apresuró a terminar de comer para regresar al trabajo y así entretenerse.

El resto de la conversación transcurrió rápidamente. Ella se enteró que él también tenía una hermana abogada y otros detalles sin importancia. El hombre no parecía de esos afanados en

hablar de su vida y no era que ella tenía una enorme curiosidad por enterarse de esta.

No podía decir que se arrepintiera de la cita con Gabriel Mendoza, de hecho, se había sorprendido a sí misma entablando conversación y hablando sobre sí misma y su familia. No es que ella fuera por ahí contándole de su vida y de sus hermanos al primer desconocido que le invitara un café, pero el hombre, a pesar de ser un tanto irritable e ignorante de la discreción, le inspiraba confianza y le caía bien.

Al final, él había insistido en pagar y ella no se opuso. Regresaron caminando y se despidieron en la puerta de Altamirano's.

A ella le agradó que él no sacara más el tema del trabajo y le recordara inconscientemente lo horrible que serían los días en este cuando Diego regresara. Tal vez sí debería empezar a buscar otro trabajo, o a trabajar por su cuenta, quién sabe y tenía suerte. Ella se consideraba una persona madura, pero no lo suficiente para aguantar lo que tendría que soportar en un mes, sobre todo se recordaba que Emma también trabajaba ahí.

Cuando por fin llegó a su casa, se preparó con fastidio un sándwich y se tiró en el sofá a ver televisión. No obstante, a pesar de tener sus ojos fijos en la pantalla, su mente, que era de esas que nunca parecía tener descanso, recordó la "cita" con Gabriel Mendoza. El hombre no solo era demasiado perfecto para no estar saliendo con una supermodelo, sino que además tenía algo que le inspiraba a Alondra confianza y desconfianza al mismo tiempo. Recordaba que la primera vez que lo vio, hace ya algunos dos meses, una especie de atracción la había atravesado. En ese momento creyó que era simple atracción física, pues ninguna persona con ojos y soltera podía negar que ese hombre destilaba testosterona por cada poro, sin embargo, ahora, que se habían aventurado a tener una conversación en la cual el trabajo no influyó, podía decir que más que una atracción, era como una conexión. Como si alguien le hubiera susurrado que había encontrado a una persona parecida a ella y con quien se llevaría bien, y efectivamente ella estaba segura de que podían ser amigos, pero ¿por qué entonces había algo que no le cuadraba?

La desconfianza era una de sus características por naturaleza. No es que se podía vivir desconfiando de todo el mundo, pero era imposible no sentir cierto recelo de los motivos por los que el hombre de repente mostró interés en ella, y lo más importante, interés real y no sexual.

A lo largo de su vida, había recibido cierta cantidad de propuestas que le hacían diferenciar de un hombre que solo quería sexo y otro que sí tenía un verdadero interés en su persona. Hasta ahora había creído que el interés de Gabriel era solo laboral, pero la "cita" de ese día la había dejado con esa duda. ¿Podría quizás estar el hombre interesado en una relación más allá de lo laboral? ¿Una de amigos quizás? Y si era así, ¿por qué? Si nunca había mostrado ese interés. ¿Por qué ahora sí?

A veces odiaba ser de ese tipo de personas que pensaban mucho las cosas, la vida terminaba volviéndose un laberinto debido a ello, sin embargo, era algo que no podía evitar, pero que estaba dispuesta a controlar. Las respuestas no las tendría ahora, eso estaba claro, así que mejor dejaba que todo fluyera y a ver dónde quedaba todo ese extraño asunto. Solo esperaba que fuera en algo

bueno.

Capítulo 4

“Tonto, tonto, tonto despertador”, masculló Alondra mientras se apresuraba a levantarse y a seguir su rutina antes de irse al trabajo.

Estaba desayunando cuando su teléfono vibró con el típico sonido de un mensaje de Whatsapp. Mordió un pedazo del hot cake que se había preparado y revisó el mensaje que provenía de un número desconocido.

“Buenos días”.

Le bastó ver la foto de perfil para reconocer a quién le pertenecía el misterioso número. Era Gabriel Mendoza.

“¿Cómo conseguiste mi número?”.

“Buenos días”, volvió a escribir él, y ella blanqueó los ojos.

“Buenos días. ¿Cómo conseguiste mi número?”.

“¿Importa?”.

“Sí. Empezaré a creer que eres un acosador”.

“¿Me pondrás una orden de restricción?”, preguntó y colocó tres caritas llorando de la risa.

“No, si me dices la forma en que lo conseguiste”.

“Llamé a Altamirano’s y pedí tu número alegando ser un cliente. No fue difícil”.

Alondra frunció el ceño.

“¿Te dieron este? Este es mi número personal, utilizo otro para el trabajo”.

“Me dieron este”.

Ella blanqueó los ojos y dio otro mordisco al hot cake.

“Whatever. ¿Qué querías?”.

“Darte los buenos días”.

Ella volvió a fruncir el ceño. ¿Era su impresión, o todo eso era muy extraño?

“¿Darme los buenos días?”.

“Sí”.

“¿Por qué?”.

“Porque sí”, respondió y puso un emoji encogiéndose de hombros. *“¿Tiene algo de extraño?”.*

“Sí”.

“¿Qué tiene de extraño?”.

Dado que el hombre parecía plenamente convencido de que era lo más normal de mundo, ella desistió de preguntar y miró la hora. Era tarde.

“Tengo que irme”.

“Yo también. Lindo día”.

¿Lindo día? ¿Hace cuánto alguien no le deseaba un lindo día? Desde sus días de universidad cuando su madre la despedía. Esa era una norma de educación que hacía tiempo se había perdido. Aun así, se encontró respondiendo.

“Igualmente”.

Cuando llegó al trabajo, estaba dispuesta a olvidarse de la extraña conversación telefónica, pero por alguno de esos azares del destino lo primero que escuchó cuando entró en su oficina fue:

—¿Cómo estuvo el almuerzo con Gabriel Mendoza?

Ahora, entre sus muchas vocaciones, podía decir que Karen Carmona también era bruja.

—¿Cómo...?

—El guardia del edificio me dijo que te habías ido con él a almorzar —explicó ella—, pero eso no importa. ¿Cómo estuvo? O mejor dicho, ¿por qué te fuiste a almorzar con él? ¿Sabes lo que podría pensar el señor Altamirano al respecto si se entera?

Alondra suspiró. Y decían que las mujeres eran las chismosas.

—Solo fue un almuerzo, no es para tanto. Quería agradecerle que me haya devuelto mi moto intacta y sin ningún cargamento ilegal de droga —ironizó, pero Karen no le creyó y la miró con suspicacia.

—Tú no agradeces ofreciendo citas.

—No fue una cita —dijo lanzando su cartera a una silla—, fue un almuerzo.

—Con un hombre apuesto y sin nadie más. En otras palabras, fue una cita.

—No.

—Claro que sí.

—¡Fue un simple almuerzo! —explotó y Karen, que al parecer sí había sido dotada con un mínimo de prudencia, dejó el asunto y se encogió de hombros.

—Ten cuidado. Recuerda que ese hombre quiere llevarte consigo a Ea. No me extrañaría que fuera una treta.

Alondra también lo pensaba, pero el hecho de que no hubiera sacado el tema y el lindo día de hace un rato la hacían dudar un poco. No es que se fiara del hombre por completo, pero había una parte de sí que quería confiar en él. Era extraño, como dos voces que susurraban en su cabeza. “Hazlo, puede traerte algo bueno”. Mientras la otra decía: “No confíes, recuerda que hay gente mala”, formándose un gran dilema.

—¿Qué tal si nos olvidamos del tema? —sugirió y después de unos segundos dijo—: ¿Aún está en pie la propuesta del antro el sábado?

Karen solo sonrió y aplaudió animada como una niña a la que le acababan de dar la mejor noticia de todas.

—¡La arepa!

Alondra corrió con teléfono en mano hacia la cocina y se apresuró a voltear la arepa antes de que esta se achicharrara más. No se podía decir que la cocina fuera su actividad preferida, ni la que mejor se le daba. De ahí a que estuviera dispuesta a comerse una arepa medio quemada por fastidio a preparar más masa. ¿Por qué la señora Carmen tuvo que mudarse de ciudad para cuidar a su madre? Su alimentación era mejor antes de que se fuera. Necesitaba alguien más que le cocinara.

—Alondra Saldivia, ¿se te ha quemado la arepa?

Alondra suspiró y lamentó haberse olvidado de que hablaba con su madre cuando la exclamación salió de su boca.

—No, madre. —Solo se había tostado un poco.

—¿Cómo que no? Te he escuchado claramente. Prepárate otra, Alondra, no seas floja.

Alondra masculló algo interiormente.

—Está todo bien, madre.

Desde que se casó con su padre, no se puede decir que a su madre le haya faltado algo material ni personal que la atendiera, pero eso tampoco quería decir que de vez en cuando no le gustara cocinar y haya querido que su hija aprendiera, cosa que no consiguió del todo, para su desgracia. ¿A quién rayos se le quemaba una arepa? Tenía suerte de ser profesional.

Su madre emitió un sonido de esos que te querían decir “no te creo pero no insistiré más, ve cómo te la arreglas”, y siguió contándole las nuevas noticias.

Cuando terminó de hablar con ella, preparó su maltrecha arepa con queso y jamón y le dio un mordisco.

Su teléfono sonó y reconoció inmediatamente el número a pesar de no haberse atrevido a guardarlo aún.

“*Hola*”, decía el mensaje y ella respondió con recelo. ¿Sería buena idea continuar fomentando una amistad con ese hombre?

“*Hola*”.

“¿*Qué tal tu día?*”.

“*Bien, ¿y el tuyo?*”.

“*Bien. ¿Qué haces?*”.

“*Como arepa*”.

“*Qué rico. ¿Con qué?*”.

“*Queso y jamón*”.

“*Qué original*”, puso, y ella pudo leer el sarcasmo entre líneas perfectamente.

Qué podía decir, para ser alguien cuya profesión se caracterizaba por la creatividad, no era que tuviera muchas ganas de ponerse a inventar con qué rellenaba una miserable arepa.

Blanqueó los ojos, pensó en dejarlo en visto, pero luego se retractó y respondió.

“Me gusta así”, le dijo y si hubiera habido un muñequito con brazos cruzados en pose defensiva, lo habría puesto para que viera lo poco que le agradaba su comentario.

“¿No sabes cocinar, cierto?”, preguntó y ella consideró la posibilidad de no responder, pero al final lo hizo. *¿Para qué negar sus defectos?*

“No. ¿Acaso tú sí?”, provocó.

Eran diez entre cien los hombres que sabían cocinar, y dudaba que uno que se había criado en cuna de oro supiera... bueno, sí, sus hermanos fueron criados en cuna de oro y ella estaba segura de que cocinaban mejor que ella. Diego también tenía la cocina como un hobby, lo hacía muy bien y hubiese sido todo lo que los hijos de Alondra necesitasen en casos como esos, cuando su empleada había ido a vivirse a la otra punta del país.

“No es mi especialidad, pero creo poder hacerlo mejor que alguien que desperdicia una arepa rellenándola solo con queso y jamón”.

“Imbécil”, pensó ella.

“Disculpa por ofender tu sensibilidad culinaria”.

Él le envió caritas riéndose.

“No te enojés. Era solo una broma”.

“Pero qué cómico les había salido el señor”, se dijo con ironía.

“¿Qué quieres?”. No creía que el hombre le hubiese escrito solo para burlarse de su mala forma de cocinar.

“Quería saber si tienes planes para el sábado”.

Alondra dejó el teléfono un momento y tardó en responder. *¿Querría invitarla a una cita? ¿O eran alucinaciones suyas? Puede que Karen tuviera razón, y debiera irse con cuidado.*

“Sí”.

“¿Y el domingo?”.

“También”.

No era mentira, tenía planeado dormir todo el día y tomar algo para la resaca si se pasaba de copas la noche anterior.

“Qué ocupada. ¿Y el fin de semana que viene?”.

Ese fin de semana posiblemente lamentaría sus penas porque Emma y Diego estarían regresando al país e incorporándose el lunes al trabajo. No obstante, quería saber de una vez por todas lo que el hombre le tenía planeado.

“Nada”.

“Genial. ¿Te gustaría ir a cenar?”.

Una cita. No había otra palabra para describirlo, era una cita, aunque aún no podía decir si de placer o solo quería convencerla de nuevo de que se fuera con ellos. Fuera lo que fuera, contra todo sentido común y alentada por la posibilidad de pensar en algo que no fuera el desastre que resultó ser su vida amorosa, se encontró respondiendo.

“Está bien”.

Entonces, fue al inicio de la conversación y le dio la opción de guardar.

“Gabriel Mendoza” colocó en el nombre y presionó “listo” sintiendo que sabría más de ese nombre de lo que en un principio le hubiera gustado, pero, a la vez, sin una pisca de arrepentimiento. Esa cena prometía ser interesante y ella casi lamentó no estar libre ese sábado.

Gabriel sonrió casi sin darse cuenta ante la conversación que acababa de tener con Alondra. Podría decirse que el motivo de su alegría era que todo estaba saliendo a las mil maravillas. Ella ya había empezado a caer, pero lo cierto era que la conversación en sí fue lo suficientemente divertida para causar una sonrisa a cualquiera.

Alondra Saldivia era sin duda una mujer algo extraña, aunque se irritaba con facilidad, se dio cuenta él y se dijo que tenía que irse con cuidado con respecto a eso. Por lo demás, parecía una mujer bastante simpática y a él casi le entró remordimiento por lo que estaba haciendo. Casi, pues el remordimiento era un sentimiento de débiles que no podía permitirse, no si quería conseguir lo deseado. Además, se recordó, él no pensaba hacerle daño, solo jugaría unas cartas a su favor y al final trataría de conseguir que todo fuera lo mejor posible. Ella se olvidaría del asunto y para ese entonces estaría tan cómoda trabajando en Ea que no querría irse.

Sí, nada podía salir mal.

Capítulo 5

—¿Pero a qué clase de lugar me has traído, Karen? —exclamó Alondra mirando a su alrededor, o al menos lo que podía ver.

No es que el lugar fuera feo ni nada por el estilo. De hecho, cumplía con todo lo que definía la palabra discoteca o antro. Música alta, bebidas corriendo, gente borracha y bailando, coqueteos descarados, en fin. Lo que sucedía era que era casi imposible de transitar. Alondra no veía ni una sola mesa disponible o un lugar libre en la pista. O bien era un sitio muy popular, o la gente había decidido reunirse a rumbear ese sábado.

—¡Este es el antro de moda! —le gritó Karen mientras intentaban abrirse paso.

Su amiga se había ataviado con un conjunto de fiesta que consistía en una falda vaporosa hasta medio muslo, blanca con un crop top negro manga larga. Había recogido su castaña cabellera en una cola de caballo y tenía unos tacones que bien podían hacerla sobrepasar la altura de muchos hombres. Su maquillaje gritaba: “Soltera y en busca de diversión”.

Alondra, por su parte, había optado por un vestido azul verdoso que se le ajustaba al cuerpo y le llegaba a medio muslo. Tenía un escote pronunciado y se había dejado el pelo suelto para que sus bucles cayeran en cascada por su espalda. Sus tacones eran más bajos que los de su amiga por consciencia a la salud de sus pies y su maquillaje más suave, pues nunca había sido fiel amiga de llamar la atención. En realidad, no recordaba ni la última vez que había ido a un lugar de esos, desde su graduación creía. Había tenido una vida muy aburrida.

Se internaron entre la gente como pudieron y se sentaron en una mesa vacía que justo acababan de desocupar.

—¡Quedé de verme con un amigo! —le dijo Karen a voz de grito tomando su teléfono—. ¡Voy a llamarlo! ¡Le pedí que trajera a un amigo para ti también!

Alondra blanqueó los ojos. ¿Se veía tan desesperada?

—No, gracias. No vine buscando “amigos”, pero no tengo problemas en que disfrutes del tuyo.

Karen rio.

—¡En verdad es solo mi amigo! ¡Está casado! ¡Yo no me meto con hombres casados! ¡Pero me dijo que su amigo recién terminó una relación! ¡Sería la compañía perfecta!

Alondra la vio marcar algo en su móvil y le deseó suerte si creía que iba a escuchar algo entre todo ese ruido. Ni poniéndose el altavoz en el oído.

Pero Karen debía tener alguna técnica, pues aun así marcó el número y esperó.

—¡No contesta! —le avisó a Alondra—. ¡No importa, vamos a bailar!

Después de pedir unas copas para activar el cuerpo, se fueron a la pista de baile, para darle movilidad al cuerpo. Habían ido a disfrutar y nada lo evitaría.

—Deben estar por aquí, Karen me estaba llamando —le informó Carlo a Gabriel mientras se movían entre la gente. Este no entendía cómo no pudieron ir a un lugar menos abarrotado.

—¿Tu esposa sabe que te vas a encontrar con tu amante en estos momentos? —ironizó Gabriel ante el entusiasmo de su amigo por la mujer.

Carlo y él se conocían desde hace años y tenían una buena amistad. Carlo estaba casado desde hace dos años, pero era sabido por todos que las peleas con su mujer eran constantes. Se amaban, afirmaban ellos cuando se reconciliaban, pero vivían en un constante estado de discusión, por lo que nadie podía creerles del todo. No podía decirse que Carlo fuera una mala persona, pero la fidelidad en momentos difíciles no era su fuerte. Eso en cierto modo le hacía recordar las palabras de Alondra sobre la lealtad y fidelidad. “¿Cómo alguien que dice amar a otra persona puede no bastarle con esa sino que va tras más así las cosas estén difíciles?”. Carlo podría dar una buena respuesta a eso.

—Karen no es mi amante —dijo el hombre con veracidad—, ella no se mete con casados. Solo es una amiga, que por cierto, me dijo que traería para ti una amiga. Te haría bien un cambio de aire.

Gabriel negó con la cabeza, pero se lo pensó mejor y se dijo que podía valer la pena.

No había estado con nadie desde que rompió su relación con Amanda y el celibato era solo para los monjes. Quizás, solo quizás... el rostro familiar de una mujer y su hermosa sonrisa se le vino de pronto a la mente haciéndole olvidar del resto. Alondra Saldivia apareció de pronto materializada en sus pensamientos sin motivo alguno y Gabriel hizo un movimiento brusco de cabeza para alejarla. ¿Qué había sido eso?

Olvidándolo, Gabriel se concentró en no ser arrollado y, por algún milagro del destino, lograron llegar a la mesa donde servían los tragos. Pidieron unos y después de un rato se los dieron. Sin nada que hacer por el momento, se dedicaron a observar a las personas que bailaban disfrutando de su vida.

—¡Ahí está! —le gritó Carlo y alzó la mano para llamar la atención de alguien. Pronto una joven castaña se ubicó frente a ellos y les sonrió respirando con dificultades por el ejercicio que suponía haber atravesado a tanta gente para llegar hasta ellos.

—Hasta que apareces —reprochó Karen dándole un abrazo a Carlo y mirando a Gabriel con curiosidad—. ¿No vas a hacer las presentaciones? —solicitó, y Carlo asintió.

—Karen, él es Gabriel Mendoza, el amigo que te dije. Gabriel, ella es Karen, una amiga.

Karen lo miró y frunció el ceño. Él estaba acostumbrado a diversas reacciones por parte del género femenino, pero nunca se había topado con una así.

—¿El vicepresidente de Ea Construcciones? —indagó casi con deje de ¿súplica? Como si

desease que la respuesta fuera no.

—Sí... —contestó confundido.

Ella emitió un suspiro y dijo algo en voz baja que él no logró escuchar bien, pero por el movimiento de sus labios era como “me va a matar”.

—¿Y bien? ¿Dónde está esa amiga que dijiste me nos presentarías? —inquirió Carlo.

Karen compuso la viva expresión de alguien que se sabe en problemas y miró a los lados como si buscara la solución.

—Pues...

—Gracias por abandonarme en el baño —espetó una voz atrás de los hombres tan fuerte que se escuchó con claridad—, por lo que veo han llegado tus amigos.

Gabriel se giró en esos momentos y se encontró con la negra y asombrada mirada de Alondra.

—¡Alondra! —exclamó Karen con la falsa alegría de alguien que quería arreglar una metida de pata—. Él es mi amigo Carlo —señaló al hombre moreno que observaba la escena con curiosidad— y él —apuntó a Gabriel— es su amigo, bueno ya lo conoces. —Hizo una mueca—. Carlo, ella es Alondra Saldivia, mi amiga —musitó y se mordió el labio, casi esperando una confrontación.

Carlo se echó a reír entendiendo todo y Alondra empezó a determinar cómo debería tomarse ese encuentro.

—¿Pero qué casualidad? ¿No creen? —preguntó Karen y todos asintieron—. Bien, ¡vamos a bailar! —expresó con alegría demostrando que a pesar del poco tiempo que llevaba ahí, había familiarizado con el alcohol. Sin esperar respuesta, se dirigió hacia la abarrotada pista de baile y empezó a mover sin vergüenza alguna su cuerpo. Carlo la siguió, pero Alondra prefirió pedir otro trago.

—Al parecer, sí terminamos encontrándonos hoy —le habló él al oído mientras ella esperaba su trago. Él pidió uno para él y se sentaron en los primeros bancos que quedaron libres.

—Eso parece.

Ella nunca había sido fiel creyente de las casualidades, pero esa definitivamente era una, y bastante curiosa.

—Karen me comentó que tu amigo es casado —habló ella para iniciar una conversación—, ¿ama a su esposa?

Gabriel siguió la mirada de ella que estaba dirigida a Carlo que estaba bailando con una mujer con escasa ropa. Sabía a dónde quería llegar.

—No lo juzgues, ellos tienen muchos problemas...

—Sus problemas no son de mi interés. ¿Él afirma amarla?

Gabriel, a su pesar, asintió.

Ella sonrió.

—No digo yo que gran parte de los hombres son unos cabrones —espetó ella—, aunque como dijimos anteriormente, algunos ven esto como normal.

—La mujeres suelen ser también bastante...

—No lo digas —cortó ella—, no me gusta esa palabra.

—No sabes qué iba a decir.

—Lo sé, y no me gusta. Los hombres utilizan esa palabra para desprestigiar a una mujer si ha tenido a más de uno o dos hombres, pero ustedes sí pueden meterse bajo la falda de cien y nadie los insulta de esa forma.

—Bien, nos acabas de llamar cabrones. Pero yo no estoy diciendo que todas las mujeres lo sean por tener a más de un hombre en su vida, digo que lo son cuando se meten con otro estando ya en pareja. ¿Lo niegas?

—Está bien, vivimos en un mundo desleal. Ya habíamos concluido eso. Cambiemos de tema. ¿Qué haces aquí? ¿Vienes como tu amigo? ¿En busca de compañía femenina? —preguntó ella con una sonrisa burlona. Pronto se arrepintió de haberlo hecho, esperaba que no pensara que se le estaba insinuando.

—Puede ser —respondió él y recorrió de manera descarada su cuerpo. Ella no se inmutó. Sabía que un cuerpo bonito traía ese tipo de mirada, el truco estaba en qué tanta importancia le dabas a asunto—. ¿Y tú, vienes en busca de compañía masculina?

Alondra no respondió de inmediato sino que tomó un sorbo de su copa. No era dada a tomar en demasía, pero en ese momento sentía una extraña necesidad de hacerlo.

—No, solo vine a divertirme un rato, ya sabes, disfrutando de lo que nos queda de juventud. —Tomó otro trago.

—¿Acaso ya te consideras vieja?

—Una mujer jamás dirá eso en voz alta.

Él sonrió y miró la pista de baile, una música más sueva de lo común empezó a sonar y él la miró con una sonrisa.

—¿Qué tal si bailamos? Antes de que los huesos estén demasiado desgastados para moverlo.

Ella apuró el licor y dudó un momento, pero al final accedió.

—Está bien.

Se pararon y se dirigieron a la pista. La música se volvía más alta a medida que se acercaban y los envolvía en un aura de complicidad. Sus cuerpos se pegaron y empezaron a moverse en una danza donde sus ojos se encontraron y, como si presos de un hechizo estuvieran, no se despegaron en un buen rato. Fue entonces cuando Alondra se percató de que el hombre tenía los ojos entre una mezcla de grises y azules, como si el ADN no hubiera podido decidir cuál era mejor y creó una mezcla de ambos.

De pronto, el ambiente festivo pareció reducir su energía y volverse uno más tranquilo. Las parejas que bailaban en medio se envolvieron en su mundo y Alondra se sintió rodeada por un aura de atracción indescifrable que iba más allá de la física. No sabía si fue una jugada de su imaginación, o en verdad pasó, solo supo que en cuanto la canción terminó, y la música activa hizo acto de presencia, ella fue directo a la barra a pedir otro trago para que calmara lo que fuera que había suscitado todo eso.

Él hizo ademán de ir con ella, pero Alondra se le perdió y después de pedirse un shot de tequila, se paró en una esquina y observó todo desde lejos.

—¿Qué buena está la fiesta, no?! —Escuchó que le gritaban en el oído. Karen, por lo visto, se había pasado un poco de copas—. Toma. —Su amiga le tendió otro shot de tequila—. Necesitas activarte.

—No, gracias, alguien tiene que estar en pie para poder ayudar a la otra a llegar al taxi —dijo. Se sentía un poco mareada y no creía que fuera bueno tomar más.

—No seas aguafiestas —se quejó—. Toma. Brindemos por la soltería.

Alondra terminó aceptando solo porque sabía que su amiga insistiría. ¿Qué más daba uno más?

Pero a ese uno le siguieron, sin que se percatase de ello, otros tres brindis, por la libertad, por la alegría, y por... por algo más que no se acordaba porque su cerebro estaba lleno de alcohol para hacerlo.

Alondra entonces pasó a la etapa de felicidad donde se puso a bailar con el que se encontrara. Cualquiera diría que si no se andaba con cuidado terminaría arrepintiéndose de algo, pero la capacidad de raciocinio de un borracho distaba mucho de funcionar.

—¿Qué te parece si nos vamos a otro lugar, linda? —le susurró el hombre con el que bailaba al oído.

Eran un hombre bastante apuesto, de complexión musculosa y ojos claros. Tenía una sonrisa de modelo de crema dental y era bastante joven.

—¿A dónde? —preguntó ella juguetona, todavía sin ser consciente de ello.

Él sonrió.

—A un motel aquí cerca.

Su cerebro mandó una fuerte alarma que logró atravesar la nube de alcohol. Alondra se separó y frunció el ceño mientras buscaba lo que diría.

—No, creo que no —dijo y dio un paso atrás, pero el alcohol más tacones era igual a pérdida absoluta de equilibrio. Tuvo que sostenerse de alguien más para no caer.

—Vamos —insistió el hombre tomándola de brazo—, la pasaremos bien.

Ella hizo un infructuoso intento de soltarse, pero él no la dejó. Ella insistió, pero él siguió jalándola hasta que la alerta de peligro fue más grande que la ebriedad e insistió con más vehemencia, tanta, que empezaron a llamar la atención.

—La señorita ha dicho que no —dijo una voz a sus espaldas y de pronto la mano del hombre la había liberado.

—No te metas, imbécil —dijo el otro hombre e intentó tomarla de nuevo, pero ella se alejó trastabillando hacia atrás y Gabriel se interpuso entre ellos.

—La señorita es amiga mía, y si ella ha dicho que no, es no. —Su tono era tan amenazante que el hombre no fue lo suficientemente estúpido para insistir y se fue.

La gente les dejó de prestar atención y siguieron en lo suyo mientras Alondra se llevaba una mano a la cabeza, como si así pudiera disminuir el mareo que la atacaba. Prometía no volver a

emborracharse.

—Me quiero ir —le dijo a Gabriel Mendoza, y él asintió. Ambos empezaron entonces a buscar a Karen.

Para su desgracia, Karen no solo estaba peor que ella, sino que no quería abandonar la el lugar aún.

—¡La fiesta aún es joven! —le gritó—. ¡Váyanse si quieren, Carlo me llevará a casa! ¿No es verdad, Carlo? El hombre asintió, pero la verdad es que no estaba mejor que Karen, definitivamente no podían manejar en ese estado.

—Vamos —le dijo Gabriel—, te llevaré a casa y luego regresaré por estos dos.

Ella dudó, pero el hombre no le dejó opción y la arrastró tal cual había hecho el otro hace poco. ¿Es que acaso era ella una muñeca sin voluntad? Pensó molesta y después se dio cuenta de que, en realidad, no es que en ese estado tuviera mucha estabilidad. Así pues, se dejó guiar y ya en el carro de Gabriel se le había pasado el mal humor.

Con un atrevimiento digno de una persona que no está en sus cinco sentidos, Alondra prendió el radio y empezó a cantar la canción que sonaba con voz desafinada.

—Me gusta tu auto —le dijo a Gabriel cuando ya llevaban un rato de camino—, pero sigo prefiriendo las motos.

Él sonrió, pero no respondió.

Ella paró un momento su karaoke para observarlo.

—Eres muy guapo —le confesó sin pudor y él casi frena sorprendido—, lástima que a veces seas tan irritante.

Gabriel abrió y cerró la boca sin saber qué decir.

—¿Irritante? —atinó a preguntar casi un minuto después.

Ella asintió.

—Sí, irritante y pesado. Todas las veces que quisiste convencerme de irme contigo me caías muy mal. Me estresaba que no me comprendieras —confesó ella—; lo bueno es que has dejado esa manía atrás. Ahora solo eres guapo —culminó y siguió cantando antes de que él pudiera responder.

Cuando pararon en su casa, Alondra intentó bajarse sola, pero se fue para adelante, para su suerte, él la sostuvo justo a tiempo.

—No puedes ni caminar —observó él, su cara muy cerca de la de ella—, te ayudo.

Ella se sostuvo a él y dejó que la guiara, en el fondo le agradaba sentirlo como su apoyo. Al llegar a la puerta de la casa, ella buscó sus llaves en la cartera y las sacó.

—Gracias por todo —le dijo con una divertida sonrisa—, no sé qué hubiera hecho sin ti. —Y como si fueran amigos de toda la vida, se acercó y le plantó un beso en la mejilla; casi se cae en el proceso, pero logró entrar a su casa intacta.

Gabriel se quedó ahí unos minutos más hasta que su cara formó una verdadera sonrisa. Entonces, regresó a su auto dispuesto a ir por el otro par y pensando en lo mucho que le hubiera

gustado que ese beso no hubiera sido en la mejilla.

Capítulo 6

—¿Pero qué clase de amiga eres tú? —reprochó Alondra por teléfono al día siguiente—. ¿Cómo permitiste que Gabriel Mendoza me trajera a casa? ¿Por qué me dejaste emborracharme de esa manera?

Bien, Alondra sabía que no estaba siendo del todo justa. Que ella se hubiera emborrachado no era culpa de Karen, pero sí lo era en cierta parte que Gabriel la hubiera traído a casa.

Casi se muere de la vergüenza cuando, esa mañana después de tomarse un analgésico para el dolor de cabeza, recordó, para su desgracia, todas y cada una de las cosas que hizo la noche anterior.

Cualquier persona con un poco de suerte hubiera sido bendecida con el olvido, pero no supo si era que necesitaba una limpia porque estaba salada, o simplemente tenía una memoria demasiado buena para su gusto, pero ella se acordaba de todo, y de una cosa estaba segura, no volvería a ver a Gabriel Mendoza a la cara.

—No me grites —respondió Karen con mal humor—, me duele horrores la cabeza.

—¿Con qué cara lo volveré a ver? Debe de pensar que soy una borracha. Oh, Karen.

—No creo que sea tan malo, ¿te acostaste con él acaso?

—¡NO!

—Entonces no es tan malo —gruñó—, en estos momentos yo tengo problemas mucho peores. ¿Sabes si es posible morir por remordimiento de consciencia?

—Tú fuiste la que casi se volvió psicóloga, respóndete a ti misma.

Karen no respondió inmediatamente, lo que hizo cuestionarse a Alondra sobre la gravedad del asunto.

—Creo que pronto asistirás a un funeral.

Bien, si estaba siendo dramática las cosas no iban tan mal.

—¿Qué hiciste, Karen? —cuestionó.

Se empezaron a escuchar unos sonidos raros en el teléfono y pronto comprendió que se trataban de sollozos.

—Karen... —musitó preocupada.

—Me acosté con él —confesó sorbiéndose la nariz—, ¡me acosté con Carlo, Alondra! ¡Me acosté con un hombre casado! Me siento como una perra.

Alondra hizo una mueca.

—No entiendo cómo sucedió —continuó su amiga—, está todo tan borroso... solo sé que hoy amanecí desnuda en una cama de hotel con él.

—Oh, Dios.

—Me fui antes de que despertara, pero ¿y si se acuerda? No podré volver a verlo como antes sabiendo que me metí con alguien prohibido. Oh, Alondra, me he convertido en una fulana rompe matrimonios.

Los sollozos fueron en aumento y Alondra intentó calmarla, para desgracia de Karen, la que siempre consolaba no era ella, por lo que su experiencia en esas circunstancias era... nula.

—Eso no es cierto. Ambas sabemos que a ese matrimonio solo lo unen los papeles.

—Pero sigue casado —lloriqueó—, por lo que el daño es igual. No podré volver a verlo. Qué desastre de vida, jamás volveré a tomar, lo juro por Dios.

Alondra blanqueó los ojos.

—Mi hermano dice que jurar en nombre de Dios en vano es pecado.

—Es verdad, no pienso volver a tomar una gota de alcohol en mi vida... bien, no pienso volver a emborracharme en mi vida. Eso sí lo puedo jurar.

Sonrió, al menos estaba mejor.

—Ya somos dos —concordó.

—¿Crees que tu hermano quiera darme la absolución?

Y ya estaba repuesta.

—Solo si haces honor a la promesa. El alcohol es malo, nunca he sentido tanta vergüenza en mi vida. No sé con qué cara me presentaré a Gabriel el próximo sábado. Creo que cancelaré.

Supo, en el momento en que habló, que había cometido un error.

—¿Tienes una cita con Gabriel Mendoza el próximo sábado? ¿Y aun así me afirmaste que no tienen nada?

—Sabes, Karen, tengo que irme, eh... se me está quemando el arroz. Chao —dijo y cortó, aunque supo que eso no se quedaría así.

Como rondaban las doce del mediodía, decidió empezar a hacer el almuerzo lamentando nuevamente la ida de la señora Carmen. Ella solo iba cuatro días a la semana, pero su comida siempre estaba lista aunque fuera para recalentar. Ahora, se tendría que conformar con un arroz que, esperaba, no se le quemara.

Estaba por montarlo cuando el timbre sonó. Gruñona por los vestigios del dolor de cabeza, fue a abrir, y no supo si fue producto de un impulso, o la simple vergüenza, y la volvió a cerrar dejando a la persona que estaba afuera atónito.

Después de un segundo en que las normas de cortesía le recordaron lo grosera que se había visto al hacer eso, volvió a abrir la puerta y saludó con una avergonzada sonrisa al invitado no deseado.

—Hola... ¿Qué haces aquí?

Alguien debería decirle a ese hombre que no debía aparecerse en la casa de una mujer de improvisito. Se había quitado la pijama y puesto una ropa sencilla, pero estaba despeinada y sin maquillar. Disimuladamente, tomó la coleta que siempre llevaba en la muñeca y se recogió el cabello mientras veía al hombre entrar en la casa como si del dueño se tratase e ignorando su pregunta.

—Claro que puedes pasar, estás en tu casa —ironizó anonadada ante tanta falta de descortesía, pero luego recordó que ella le había cerrado la puerta en la cara y se le pasó.

—Supuse que hoy no tenías muchas ganas de hacer nada, así que decidí hacer una pre-cita y traje comida italiana. ¿Te gusta la comida italiana?

¿A quién no le gustaba la comida italiana? Pensó Alondra observando con curiosidad las bolsas del hombre, hasta que se dio cuenta de que él dijo “pre-cita”, es decir, una cita antes de su cita, o sea que lo del próximo sábado no solo seguía en pie sino que sí era una cita. ¡Una cita!

“Cálmate, Alondra, estás divagando”, se dijo. Claro que era una cita, ella siempre lo supo, solo que escuchar la confirmación de los labios de él era raro. Más aún cuando la vergüenza de la noche anterior se hizo otra vez presente. ¡Dios. Le había dicho al hombre que era apuesto! No era mentira, pero eso no quitaba que fuera bochornoso habérselo dicho en un estado de embriaguez. Además, que él se preocupara por su bienestar era algo bastante lindo que la hacía sentir peor.

—Bonita casa —comentó él con las bolsas en mano buscando la cocina.

—Gracias.

—Yo... lamento lo de anoche —se disculpó viéndose en la necesidad de decir algo mientras él hallaba la cocina y colocaba la comida en el mesón del medio—, no suelo tomar tanto. —Pero había decidido hacerlo justo cuando él estaba presente.

—No te preocupes, creo que todos nos hemos pasado alguna vez de copas. Solo que..., cuando regresé, tu amiga y Carlo no estaban.

Alondra se mordió la lengua.

—Se fueron en taxi —dijo apresuradamente—. Karen se sintió mal y pidieron un taxi para que los llevara a casa.

—Ahh. —El tono indicaba claramente que no le creía del todo, pero sabiendo que no era asunto suyo, no cuestionó nada.

Él empezó a sacar las bolsas y se dio cuenta de que había comprado una gran variedad de pastas, pollo, lasaña, rabioles, algunas ensaladas y todo aquello suficiente para alimentar a un ejército.

—¿Invitaste a alguien más a comer? —preguntó viendo la cantidad alimento.

—No sabía qué te gustaba —se justificó.

Ya... ¿y por eso se había traído todo el restaurante? Solo le había faltado la pizza, con la que, por cierto, se hubiera conformado. Por supuesto no pensaba cometer otra descortesía al reclamarle. Era un lindo detalle que le hubiera traído comida y que, sin saberlo, le hubiera proporcionado su alimento para al menos una semana. ¡Adiós arepa quemada! Necesitaba una

cocinera.

Juntando las manos y relamiéndose los labios como alguien que está a punto de disfrutar de un festín, Alondra se apresuró a buscar platos para servir la comida. Ya sentados en la pequeña mesa colocada en la misma cocina para cuando no había nadie más que dos personas para comer, Alondra empezó a devorar su plato.

—Creo que me has salvado con esto —le comentó tomando un pedazo de lasaña—, muchas gracias. Fue un gran detalle.

Él no respondió, en cambio se la quedó observando como si buscara algo en su rostro.

Ella se limpió con disimulo la boca creyendo que podía ser alguna mancha, pero él la siguió mirando de una manera extraña. Estaba a punto de preguntarle si le había salido un tercer ojo cuando el hombre pareció volver a la realidad y habló.

—No ha sido nada. Como te dije, sé lo que es una resaca y en ese momento no se tienen ganas de nada.

—Yo no quería emborracharme tanto —habló sintiendo ganas de justificarse aunque no debía—, solo fue...

—¿Un exceso no planeado? —sugirió.

—Sí —asintió ella y rio—. Dios, espero no haber cometido ninguna ridiculez. —Al menos, no haber dicho más tonterías de las que recordaba haber dicho. Se ponía roja solo de recordarlo, por suerte él no hizo alusión al tema.

A pesar de que tenía hambre, el estómago aún estaba un poco sensible después del festín de alcohol de anoche, por lo que para evitarse problemas no comió ni la mitad de lo que normalmente hacía.

—Deberías comer más, es bueno para recuperar energía —lo formuló en tono de sugerencia, pero su voz dejaba entrever una orden. Era de los que acostumbraban a mandar, y ella, con ese tipo de hombre, se llevaba mal.

—No quiero más —afirmó y al ver que él iba a replicar, observó—, ¿no acostumbras a recibir un no, verdad?

Eso era algo que había notado desde hace tiempo.

—No. Es parte de mi personalidad.

—¿De qué signo eres?

Si a él le sorprendió el extraño giro de la conversación, no lo dio a demostrar.

—¿Crees en esas cosas?

—Algo. No soy fiel creyente de los horóscopos, pero sí puedo afirmar que cada persona tiene ciertas características de acuerdo a un signo. Por ejemplo, hasta ahora no he conocido a un solo sagitario que no lleve una vida relajada y feliz sin darle demasiada importancia a lo que no lo merece. Karen lo es, mi hermano Alejandro también. Cada quien tiene su personalidad, pero se parecen en cierta forma. ¿De qué signo eres? —insistió.

—Escorpio.

Alondra frunció el ceño.

—Los odio —dijo con vehemencia—, tienen un carácter de los mil demonios cuando se molestan. Por eso nadie se le acerca a Manuel cuando se enoja.

Gabriel intentó con todas sus fuerzas no tomarse eso como un insulto personal.

—También son arrogantes, posesivos, celosos, manipuladores...

—¿Algún dato positivo? —interrumpió Gabriel algo crispado.

—Se enojan con facilidad —añadió ella y sonrió—, pero son personas muy leales y responsables. Solo que pueden saber todo de todo el mundo, pero nunca nadie sabrá nada de ellos, no les gusta, son muy desconfiados y vengativos. ¿Me equivoco?

Muy a su pesar, Gabriel negó con la cabeza.

—¿De qué signo eres tú? —contrarrestó a su vez.

—Aries. Soy un encanto de persona y la mejor compañía para cualquiera.

Gabriel no pudo evitar soltar una carcajada ante semejante falta de modestia.

—Los Aries son mandones, y tiene una obsesión por el orden.

—No es una obsesión —protestó ella—, simplemente nos gusta el orden. ¿Qué tiene de malo eso? Soy mandona, lo admito, pero es mejor a tener un humor de los mil demonios y facilidad para irritarse.

A él se le borró la sonrisa amistosa y fue sustituida por una más calculada y... ¿malvada? Pero no malvada en el sentido de maquiavélica, sino una sonrisa malvada de alguien que va a hacer una travesura.

—Te olvidaste de mencionar algo, querida astróloga —dijo inclinándose hacia ella hasta que sus caras quedaron a un palmo de distancia.

—¿Qué cosa?

—A los escorpianos nos encanta el sexo.

Alondra había escuchado todo tipo de comentarios soeces en su vida, por lo que algo tan simple como eso no debiera haberla perturbado, pero lo hizo. No supo si fue el tono de voz, esa sonrisa maliciosa, o el brillo de depredador en sus ojos; pero el hecho es que, después de años, se había ruborizado, lo sabía, solo esperaba que no fuera muy notorio.

—No me sabía ese dato —comentó intentando sonar despreocupada.

—Qué extraño, creí que era la principal característica que aparecía cuando buscabas el signo en internet. Que somos pasionales.

Se inclinó un poco más y aunque debería haberlo hecho, ella no retrocedió. Puede que fuera porque no quería hacerlo, o simplemente su sentido de supervivencia se fue de vacaciones.

—Yo no busco información por internet, saco conclusiones de acuerdo al número de personas que he conocido.

—Entonces está claro que entre esas personas no estuvo un novio formal, de lo contrario lo sabrías.

¡Dios Santo! Debía parecer un tomate. ¿Cómo rayos salía de esa conversación?

—No creo que mi vida amorosa sea de tu interés —masculló, y no es que tuviera mucha vida que contar.

A sus veinticinco años solo podía contar el número de tres novios formales. Uno a los catorce, con el que solo hubo picos de boca y agarraditas de mano, otro en la universidad, con el que se pudo decir que sí tuvo algo más... serio, y Diego, cuya relación, por cierto, no se diferenció mucho de la que tuvo a los catorce; pues, estando como estaba, Diego enamorado de otra, no podía decirse que le hubiera prestado mucha atención. Pensando en el asunto, haber permanecido con él tanto tiempo con la vida casi restregándole en la cara la verdad, era un duro golpe contra su orgullo. ¿Podía una mujer enamorada llegar hasta ese punto con el fin de alcanzar una inexistente felicidad? Sí, claro que podía, el amor era un tema demasiado complejo. Al menos, se recordó, se había echado para atrás a tiempo.

—Puede que no, pero no te estoy preguntando por ella, simplemente señalando lo obvio.

Él se inclinó un poco más hasta que a sus caras no las separaron ni dos centímetros. Podían sentir mezclarse sus respiraciones y las pupilas de sus ojos estaban fijamente pegadas en las del otro.

Alondra vio cómo sus bocas empezaban a acercarse y su cerebro mandó señal de alerta para que se retirara a tiempo. No obstante, ese lado masoquista suyo la mantuvo quieta en el lugar, casi esperando, casi rogando por ese beso que no tardó en llegar.

Al principio, no fue más que un simple contacto de labios, unos suaves roces repetitivos llenos de ternura, destinados más a disfrutar que a otra cosa. Sin embargo, después la emoción hizo acto de presencia y ambos se encontraron entrelazando sus bocas en un salvaje frenesí de movimiento. Parecía que buscaban algo en el otro que le era indispensable. No fue ajeno para ninguno cuando sus respiraciones se empezaron a acelerar y la urgencia dentro de su cuerpo a crecer. Era la señal, o paraban ahora, o seguían. El cuerpo quería seguir, sus bocas querían seguir, pero el sentido común regresó al cuerpo de ella antes y se separó jadeando.

Desenrolló las manos que no sabía había puesto en su cuello y respiró hondo para tranquilizarse. Él la imitó y pronto sus miradas, que antes no podían despegarse, fueron liberadas de cual fuera el hechizo realizado y encontraban sumamente interesante cualquier otro punto en la cocina.

El hambre desapareció de ambos y Gabriel, cuya cara era la viva imagen de la confusión y el deseo frustrado, se levantó.

—Tengo que irme —comunicó asegurándose de que tenía todo—, nos vemos el sábado.

Alondra asintió y, sin más, fue a abrirle la puerta.

Cuando salió, se derribó en el primer sofá que encontró y rememoró el beso que acaba de acontecer.

No estaba mal sentir deseo hacia alguien, por supuesto que no, más si era alguien tan apuesto como él. No obstante, eso no era lo que la dejó así. Lo que la dejó en ese estado de absoluta confusión era que lo que había sentido en ese beso era más que deseo, algo que en su vida había

experimentado y la hacía sentir extraña y... preocupada, sí, muy preocupada.

Si se basaba en sus maravillosas telenovelas, sus novelas leídas, y los mejores poemas de amor que tanto le encantaban, podía llegar a una conclusión que en esos momentos no sería nada favorecedora.

No era una persona cerrada al amor. Que le haya ido mal en relaciones anteriores no significaba que le fuera a ir mal en esta también, pero no podía dejar de recelar que Gabriel Mendoza fuera el indicado para comenzar de nuevo, no solo porque aún tenía un corazón dolido, sino que también sentía algo de desconfianza hacia él y sus motivos de acercarse a ella. Debía ser el colmo de las paradojas lo que el hombre le inspiraba. Por un lado, le tenía suficiente confianza para hablar con familiaridad y sentirse cómoda a su lado, pero por el otro, seguía recelando de su actitud hacia ella y estaba a la defensiva. Si no estuviera muy mal en ese momento, llamaría a Karen para preguntarle si no se estaba volviendo loca.

Al final, decidió no concederle tanta importancia al asunto, quizás solo estaba alucinando y exagerando las cosas.

Se convenció de ello, pero aun así, cierto temor con respecto a la cita del sábado se instaló en su mente. ¿Por qué tenía el presentimiento de que acababa de incursionar en un callejón sin salida?

Capítulo 7

—Entonces —comentó Karen haciendo girar una escuadra entre sus dedos—, te sientes atraída hacia Gabriel Mendoza, sientes confianza hacia él, pero aun así no logras creer completamente en su palabra.

Alondra asintió y volvió a echar la cabeza hacia atrás en el sillón más grande que pudieron encontrar.

Cualquiera diría que ese lunes no tenían nada que hacer, pero Alondra, preocupada como estaba por su estabilidad emocional, había decidido recurrir a su amiga para que la ayudara unos minutos. Karen aparentaba ya no estar tan mal por lo de Carlo, aunque ella sabía que en el fondo la culpa seguía comiéndola viva por dentro. Para ser una persona no dada a guardar rencores, tenía uno muy grande consigo misma en ese momento. Aun así estaba dispuesta a ayudarla con aquellos conocimientos adquiridos tras tres años de estudiar psicología, que, por cierto, no parecían ayudar cuando de ella misma se trataba.

—¿Sabes que es lo que creo? —continuó su amiga colocándose la punta de la escuadra en la boca—. Que estás necesitada de cariño pero a la vez no quieres ceder por completo por todo lo que te han hecho. Dicho sea de paso, si recordamos la primera impresión que tienes de Gabriel Mendoza, no es que sea muy incoherente tu actitud.

Alondra frunció el ceño al escuchar el “necesitada de cariño”.

—Yo no estoy necesitada de cariño.

—Claro que lo estás. Todos los seres humanos necesitamos cariño aunque no lo admitamos en voz alta. Es algo primario. En tu caso, dos relaciones infructuosas, una con una infidelidad de por medio, que te han hecho dudar de tu capacidad para mantener una relación, lo que inconscientemente genera que quieras buscar una y conservarla a como dé lugar, pero otra parte de ti, la recelosa, te insta a desconfiar para no salir lastimada.

—Eso no tiene sentido.

—Sí lo tiene.

—Pero no es mi caso. Yo no quiero una relación con Gabriel, solo me atrae.

—¿Segura?

—¡Sí! —exclamó pero dudó lo suficiente para que Karen sonriera.

—Cuando el hombre adecuado aparezca, lo sabrás. Por ahora, no te compliques la vida y deja

que las cosas fluyan. Yo siempre lo hago.

—Hace unos días me dijiste que estuviera alerta —recordó.

—Sí, pero eso fue antes de conocer al hombre en la fiesta. Está hecho un mango, y se ve buena persona. Así que deja que las cosas fluyan.

Y por eso, la psicología no era lo de Karen. Continuaron con el trabajo pendiente y cada quien se fue luego a su casa.

Cenó los restos de comida italiana del día anterior, y se acostó a dormir, siendo el último mensaje que llegó a su teléfono un “*Buenas noches*” de Gabriel Mendoza.

Gabriel apagó el televisor, ya que hasta ahora solo había visto la pared y giró entre sus dedos el teléfono antes de ver la contestación de Alondra: “Buenas noches”.

Desde el beso del día anterior había tenido serias dudas sobre si continuar o no con esta farsa. No es que no esperase tener contacto físico con ella si el plan iba como quería, no obstante, lo que no se imaginaba era disfrutar en demasía de ello; es decir, que el deseo estuviera presente era, sin lugar a dudas, un punto a su favor; pero lo que no le agradó era la plena satisfacción que sintió con un simple roce de labios.

Al ser un hombre que rondaba los treinta años, había tenido suficientes experiencias sexuales como para saber distinguir el deseo de otras cosas. Pero lo que había sentido en ese preciso instante era algo más que una simple atracción física. Era extraño y sin explicación lógica. No había palabras para definirlo. Satisfacción, plenitud, podía acercársele, pero no lo explicaban del todo.

Estaba asustado. No era algo que le gustase admitir en voz alta, pero estaba asustado de lo que eso podía derivar. Él la había deseado desde que la vio, lo admitía. Cuando la observó por primera vez, su sola presencia le había causado atracción, pero lo achacó a simple atracción física. Sin embargo, esto era distinto.

Intentó convencerse que no eran más derivaciones suyas y estaba exagerando, y casi se convence sino fuera porque quedó ese vestigio de duda que siempre permanecía para amargar la paz y la existencia. Al final, se durmió con la sensación de que estaba cometiendo un error.

El sábado llegó con una lentitud sorprendente, al menos en opinión de alguien que se encontraba esperándolo ansiosa. No sabía por qué, pero para opinar hace unos días que no quería volver a ver al hombre debido a la vergüenza de la noche en la discoteca, Alondra se encontraba deseando salir con él. Nada más ocupó su mente ese día, ni siquiera el recuerdo de que Diego regresaría el lunes al trabajo, junto con la bruja de su esposa.

Parada frente al tocador, verificó que su maquillaje se veía bien. Había tardado mucho en estar perfecta y se había esmerado demasiado en su arreglo, pero se convenció de que solo era por mantener la autoestima alta. A la mujer, independientemente de la situación, le gustaba verse bien. Nada tenía que ver ese hombre.

Cuando quedó satisfecha con el reflejo del espejo, se colocó unos tacos bajos justo en el momento en que el timbre sonó.

Como el lugar para la cena era un misterio, había optado por un sencillo vestido azul rey a medio muslo, con escote redondo y espalda descubierta. Si estaba demasiado formal, pues tendría que esperar a que se cambiase porque alguien debería decirle al señor Mendoza que decirle a una mujer “solo ponte linda” no le aclaraba el tipo de vestuario a usar.

Con la negra cabellera suelta, tomó su cartera y abrió la puerta, recibiendo con una sonrisa al visitante.

Gabriel le devolvió la sonrisa y un brillo que no supo describir se instaló en sus ojos.

—Te ves hermosa —le comentó con sinceridad, y ella amplió su sonrisa.

Él la guio hacia su auto y Alondra entró ansiosa como una niña a la que estaban a punto de darle una sorpresa.

—¿A dónde vamos? —preguntó a mitad de camino incapaz de contener su curiosidad.

Como toda respuesta, él sonrió y eso le bastó para saber que no le diría nada.

Casi a punto de ceder a la tentación de arruinar su perfecta manicure, el coche se detuvo y por poco pega la cara a la ventana. No era como si nunca la hubieran invitado a cenar, pero, por algún motivo, sentía que esa ocasión era especial.

Antes de que abriera la puerta para bajar, Gabriel se le adelantó y la abrió por ella. Alondra le sonrió en agradecimiento y alzó la vista para ver el lugar. De pronto, toda la emoción que había sentido se esfumó con una pequeña llama a la que le acababan de echar un balde de agua.

El restaurante era uno de los mejores de la ciudad. Servía todo tipo de comidas y era menester reservar antes para poder comer allí, pero también era el lugar donde se había comprometido con Diego.

Sintió cómo algo le oprimía el pecho cuando inevitablemente recordó el momento. Se había arreglado para la ocasión como nunca se había arreglado en la vida, pues su instinto femenino le había dicho que algo especial pasaría. Cuando había llagado, había comido con normalidad, hasta que al final de la velada él había sacado un anillo y le había pedido matrimonio.

No podría describir la felicidad que sintió en ese momento ni con mil palabras. Había sido maravilloso, su sueño cumplido y la esperanza del futuro que toda mujer sueña desde niña. Sintió como si se hubiese acabado de comprometer con el príncipe azul de sus sueños y con el que obviamente viviría el final feliz de película que irremediablemente terminaría en boda. Solo que al final hubo un pequeño cambio, la novia.

Estática, Alondra fue incapaz de dar un paso hacia el frente por miedo a que cada pared de ese lugar le recordara la dicha que se había vuelto desdicha en menos de tres meses. Tenía miedo que de que cada centímetro que pisara le gritara lo mal que le iba en el amor y la gran posibilidad de que nunca se casara. No quería, no iba a entrar.

—¿Sucede algo? —preguntó Gabriel al notar su estado.

Ella negó por inercia y dio un paso hacia atrás obligándose a volver a la realidad.

—Yo... no me siento bien. Creo que será mejor que me regreses a casa.

Él la miró fijamente y Alondra supo que no se había tragado su cuento. No era para menos, hace

poco destilaba ansias y nervios por cada poro y ahora decía no sentirse bien. Nadie se creería eso.

—¿No te gusta el lugar? —inquirió.

—No es mi preferido —admitió.

Él parecía a punto de preguntar el motivo, pero algo, llámenlo instinto, debió hacerlo desistir y ser prudente.

—Bien, supongo que podemos intentar ir a otro lado.

Alondra asintió y entró al auto como si no soportase más la vista de la edificación.

Respiró hondo y se tranquilizó negándose a que los fantasmas del pasado le arruinaran la noche. Lo de Diego y ella ya había terminado y no había arreglo, mientras antes se hiciese a la idea, mejor le iría.

Miró a Gabriel que acababa de entrar en el auto y una extraña tranquilidad se apoderó de ella solo con observarlo, como si su sola presencia le animara y recordara que había algo, o mejor dicho alguien, que sí podía valer la pena. Se estaba adelantando un poco, no es que pensase iniciar ya una relación con otra persona, pero en un tiempo, quizás, y solo quizás...

—¿A qué lugar te gustaría ir? —preguntó él interrumpiendo sus pensamientos. Ella le dedicó una débil sonrisa y se encogió de hombros.

Él la llevó a otros restaurantes caros, pero todos ellos estaban llenos y necesitaban reservación para entrar, así que, al final, Alondra, sin ganas de regresar a su casa, señaló un puesto de hamburguesas por el que pasaron.

—Cenemos ahí —propuso, y Gabriel frunció el ceño.

—¿Ahí? ¿Segura?

Ella asintió y él detuvo el coche frente al pequeño puesto que pertenecía a una feria de comida.

—¿Sabes que la gente nos mirará raro, cierto? —advirtió él ayudándola, como la vez anterior, a bajar del coche.

Alondra echó un vistazo a su vestido y luego a la ropa formal de Gabriel y asintió. Muy posiblemente los mirarían con el ceño fruncido y alguien se riera a su costa, pero en ese momento poco le importaba. Era eso, o regresar a su casa a comer aire, porque el helado se le había acabado y no tenía ganas de cocinar. Una buena hamburguesa puede que llenara no solo el vacío de su estómago sino el provocado por la melancolía.

Después de indicarle al muchacho del puesto cómo querían sus hamburguesas, se sentaron en una de las mesas alrededor a esperar que estas estuvieran listas.

—Debemos presentar una imagen bastante extraña.

Gabriel asintió.

—Me pregunto hasta dónde llegará el nivel de indiscreción. ¿Crees que nos miren así por todo lo que dure la comida?

Ella se encogió de hombros.

—Espero que no. Sería incómodo. —Suspiró e intentó imprimir una sonrisa en su cara, aunque

solo consiguió algo parecido a una mueca—. Lamento haber arruinado los planes de esta noche.

Él hizo un gesto con la mano quitándole importancia.

—Tonterías. Tú eres la invitada, así que esta noche hacemos lo que tú quieras.

Eso sí consiguió sacarle una sonrisa.

—Pero qué complaciente, ¿tienes hermanos iguales a ti? Tengo amigas encantadas de tratar con especímenes como tú.

Él sonrió y negó con la cabeza.

—Una insoportable hermana menor, para mi desgracia.

—Pero si las hermanas son lo mejor de este mundo —protestó en tono burlón—, solo que ustedes no saben valorarnos. Quizás somos demasiado buenas para merecer la apreciación de criaturas como ustedes los hombres.

—Especifica, ¿criaturas como nosotros?

—Brutos, insensibles, maleducados...

—Basta. Con esto debo suponer que tus hermanos no deben tenerte mucho aprecio.

—Mentira. Ellos me quieren.

—¿Lejos? —atinó él, y ella frunció el ceño. En realidad era así, pero no se lo diría.

—Tonto —replicó incapaz de formular una buena respuesta.

Él rio y en ese momento llegaron sus hamburguesas.

Después de agregarle una generosa porción de salsa, le dio un mordisco y observó a Gabriel hacer lo mismo.

Durante unos segundos no hicieron más que observarse el uno al otro, hasta que ella, cansada del silencio, comentó.

—Esto está muy bueno, creo que después de todo no fue tan malo perder la reservación.

Él, a pesar de no ser fiel amigo de la comida rápida, no pudo más que estar de acuerdo.

—Aunque no entiendo por qué no te gusta el lugar. Siempre he considerado la comida que preparan ahí como la mejor.

Ella miró la servilleta y la usó para limpiarse un poco de salsa de la boca. Luego volvió a mirarlo a él y respondió:

—Ahí me comprometí con Diego. No me trae buenos recuerdos —confesó y consiguió que su tono de voz fuera tranquilo y neutro.

No obstante, a pesar de no demostrar sentimientos ocultos en su voz, él debía saber, tanto por sus acciones como por el brillo en sus ojos, que eso le afectaba más de lo deseado.

—Escuché que regresan mañana de viaje —comentó con aparente despreocupación. Si ella hubiese estado más alerta y no sumida en sus penas, puede que hubiese visto el comentario como sospechoso, pero como no lo estaba, solo dijo:

—Sí, así es.

—¿Y se incorporan al trabajo el lunes?

Ella volvió a asentir, pero no tardó ni un minuto en poner alerta sus defensas. Mirándolo a los

ojos como si así pudiera desentrañar todos sus pensamientos, habló:

—Efectivamente. Volveré a saber de él el lunes.

Ni la persona más despistada del planeta hubiera podido pasar por alto el tono cortante de su voz que le mandó a Gabriel una clara señal de retirada. Había intentado incursionar en terrenos peligrosos pero moriría si seguía yendo así de lejos, así pues, cambio de tema.

—Tienes una mancha de salsa aquí —señaló un lado en su propia mejilla para indicarle el lugar.

Ella tomó la servilleta e intentó localizar el lugar, pero al ver que no lo conseguía, Gabriel tomó la servilleta y la ayudó.

El leve contacto a través del papel dejó a ambos tan anonadados como cuando se dieron el beso. El roce de la piel, a pesar de no ser directo, parecía haber causado una fricción eléctrica que envió ondas a ambos cuerpos. Guiado por una fuerza sobrenatural desconocida, él pasó el pulgar por la mejilla de ella deseando sentir el verdadero contacto y ella pronto vio cómo las barreras que acababa de levantar para escudarse de un posible ataque volvían a derrumbarse con la misma facilidad con la que fueron construidas.

El silencio los rodeó como una bruma espesa y, cuando sus miradas se conectaron, un hechizo protector los encerró para evitar hacerlos conscientes de todo lo que había alrededor.

La melancolía y el desasosiego que Alondra había sentido hace poco se disolvieron de tal manera como si el viento que soplaba se los hubiera llevado consigo. La hubiera limpiado de su interior y la hubiera dejado curada. ¿Eso se podía? No lo sabía, pero de lo que sí estaba segura era que se podía perderse en esos ojos grises, profundos y fieros como océano en un día de tormenta.

Ninguno parecía seguro de a qué clase de embrujo estaban siendo sometidos, pero era tan atrayente que temían parpadear solo por miedo a romperlo.

Como si algo los empujara, se acercaron y, al igual que la otra vez, los labios se rozaron sin planearlo, volviéndose dueños de la situación y haciendo caso omiso a los gritos del sentido común.

Poco importó estar siendo observados por al menos una docena de personas, o que el ambiente distara mucho de ser romántico, pues el cerebro parecía haberse aislado y dejando a cargo a aquellos instintos primitivos que no conocían enojo o desconfianza. Se besaron como dos amantes enamorados que morían por expresar el sentimiento con acciones y no con palabras, y cuando por fin se separaron, las miradas, reacias a separarse, tuvieron que hacer un esfuerzo sobrenatural para desviarse y hacer volver al cuerpo a la realidad.

Parpadeando al unísono, tomaron al mismo tiempo un sorbo de su bebida preguntándose qué había pasado y solo después de un minuto alzaron la vista.

—Diego Altamirano no te merecía de todas formas —soltó él dando voz a sus pensamientos más escondidos que ni siquiera sabía que existían.

Como una adolescente, se sonrojó y lo miró. No supo cómo responder y prefirió seguir

comiendo para regresar a su casa y hundirse en sus pensamientos.

Así fue como terminaron comiendo hamburguesas en una feria de comida, vestidos con trajes de noche formales, y preguntándose en qué clase de embrujo habían caído, y lo más importante, ¿sería reversible?

Capítulo 8

—Te has enamorado —declaró Karen al otro lado del teléfono y Alondra casi podía ver cómo negaba con la cabeza en gesto compasivo—. No estoy segura de si esto es bueno o malo.

—No estoy enamorada —protestó Alondra.

Había pasado toda la noche del sábado y parte de esa mañana pensando en lo que sucedió y no había llegado a nada. Ella no podía haberse enamorado, es decir, ella seguía queriendo a Diego, intentó recordarse, pero, por extraño que pareciese, ese sentimiento de dolor que sintió ayer y que normalmente sentía cuando lo recordaba no era tan profundo como en otras ocasiones, en verdad parecía habérselo llevado el viento de una forma nada lógica e inexplicable. Solo que fuera lo que fuera, ella no estaba enamorada, claro que no.

—Mientes —acusó Karen—. ¿Cómo si no explicas lo que sentiste? Esa conexión, esa atracción inexplicable.

—¡No lo sé! Te llame para preguntarte.

—¡Eso es amor! Dios, Alondra, ¿sabes lo que dirá el señor Altamirano si se entera que tienes una relación con alguien de la competencia?

—Yo no estoy saliendo con él.

—No, vale, entonces ayer lo acompañaste a comer solo por no dejarlo solo, y te has besado con él dos veces solo como una broma —ironizó y Alondra quiso darse un golpe en la cabeza—. ¿Cómo se supone que se llama eso si no es una relación?

¿Amigos con derecho? Se preguntó a sí misma con una mueca, pero se abstuvo de decirlo en voz alta.

—Es... ¡No lo sé! —Lloriqueó—. ¿Por qué tengo la sensación de que estoy en un problema?

—Lo estás —aseguró su amiga con brutal sinceridad—. Yo, siendo tú, pensaría bien en lo que harás con tu vida. Sé que la última vez te dije que dejaras que las cosas fluyeran, pero ahora creo que es mejor que tomes una decisión concreta. Tengo un mal presentimiento sobre este asunto.

Alondra suspiró.

—¿Recuerdas cuando éramos niñas y decíamos que queríamos ser grandes para tener novio? ¿Crees que se podrá retroceder en el tiempo y evitar decir semejante tontería?

Karen soltó una pequeña risa.

—Si por mí fuera, me iría con Peter Pan al país de nunca jamás. No creí tener tantos jodidos

problemas.

—¿Sigues atormentada por lo de Carlo?

—En parte, no he querido verlo para evitar sentirme culpable. He arruinado una linda amistad por una noche de locura.

—¿Estás segura de que era amistad? —cuestionó Alondra en tono suave.

Karen se quedó al menos medio segundo en silencio antes de responder con un sonoro suspiro.

—No lo sé. Ya ves que no eres la única con un mal futuro amoroso. Pero al menos tú puedes decidir qué hacer. Carlo está casado y eso es igual a prohibido. Piensa bien en lo que harás, Alondra, y sobre todo, piensa si vale la pena. —Dicho eso, colgó.

Alondra recostó la cabeza en la almohada y abrazó a otra mientras pensaba por centésima vez en el asunto.

Para ser considerada una adulta, tenía los problemas amorosos de una adolescente y la misma capacidad de esta para lidiar con ellos: ninguna. No sabía cuál era su relación con Gabriel ni qué debía hacer a partir de ese momento.

Tal y como afirmaba Karen, al señor Altamirano no le agradaría la idea de saber que salía con un representante importante de la competencia. El hombre la quería como un padre y la apreciaba, pero el acto sería desde todos los puntos de vista, una especie de traición, solo que ¿en verdad tenía una relación con Gabriel? Todo dependería de la definición que cada cual tuviera de “relación”. Se habían besado en unas cuantas ocasiones, por lo que afirmar que eran “amigos” resultaría algo absurdo; no obstante, tampoco podía decirse que fueran pareja, porque no lo eran.

A este punto, tenía solo dos opciones. Seguir con lo que fuera que tuviera con Gabriel y ver cómo desencadenaba el asunto arriesgándose a perder su trabajo, o la más sensata de todas: alejarse del hombre y seguir su vida como si nada.

El pensamiento de alejarse de él le imprimió en el pecho una extraña melancolía, similar a la que había sentido cuando supo que se tenía que alejar de Diego. El corazón se negaba y rechazaba la idea con todas sus fuerzas. ¿Por qué? ¿Por qué si apenas lo conocía? ¿Por qué si no sabía nada de él además de que era la competencia? Eran muchos “por qué” y ningún “porque”. La realidad era que Alondra se empezaba a cansar de pensar tanto y más un domingo. Quizás debía esperar unos días y ver si una señal divina aparecía y le indicaba qué camino tomar. Total, no es que pudiera hacer otra cosa en ese momento.

—Te lo advertí, Gabriel, para jugar con fuego, los artistas de circo. Si sigues en lo mismo te vas a quemar.

Gabriel maldijo el momento en que se le ocurrió confesarse con la voz de la conciencia que había resultado ser su amigo. Pero es que todo el asunto con Alondra lo tenía tan aturdido que vio la necesidad de contárselo a alguien para ver si admitiéndolo en voz alta, el tema dejaba de tener la misma importancia que su mente le achacaba. No funcionó, al mencionarlo, seguía sintiendo exactamente la misma confusión.

—No tengo idea de lo que me estás hablando.

—¿No? —se mofó Carlo al otro lado del teléfono—. Te estás enamorando, imbécil.

—No seas ridículo —espetó Gabriel, pero le faltó la convicción deseada.

—Mira, puede que yo no sea el mejor consejero de estos temas, más si se toma en cuenta que estoy a punto de firmar una sentencia de divorcio, pero eso que estás sintiendo, cualquier página de internet te lo definirá como amor. No es solo deseo, no es solo atracción y eso debes saberlo bien. Piensa bien si quieres seguir con este juegucito, o podrías estar cavando tu propia tumba —aconsejó su amigo y cortó.

Gabriel jugó distraídamente con el cubierto que había usado para ingerir hace poco su desayuno.

Era ridículo que se estuviera enamorando de verdad de la persona que apenas trataba hace dos semanas y solo tenía para él un fin claro: que se fuera a trabajar a su empresa. Siendo como era, una persona adulta, se veía en capacidad de controlar sus sentimientos y el plan era enamorarla a ella, no enamorarse él, por lo que estaba descartada esa opción. ¿Cierto?

Soltando una serie de maldiciones, admitió para sus adentros que jamás creyó que la muchacha le resultara tan agradable y simpática, aunque no es que se hubiera planteado con qué se encontraría cuando elaboró el plan. Quizás esperaba encontrarse con una amarga por penas de amor que recibiría desesperada cualquier muestra de cariño en vez de alguien dispuesta a continuar con su vida sin inconveniente. Ese tipo de actitud siempre le había gustado y había sido foco de admiración de su parte. Que ella la tuviera pudo haber influido en lo sentido recientemente.

Si bien es cierto que ayer había dejado entreverse débil cuando reconoció el restaurante, no podía dejar de admitir su coraje al acceder a continuar la noche con él, nada más y nada menos que en un puesto de hamburguesas. Había sido sin duda una noche interesante.

El teléfono sonó; era Carlo de nuevo.

—Por cierto —comentó su amigo cuando Gabriel atendió—, se me olvidó decirte que vi a Amanda ayer cuando salía del despacho de mi abogado.

Gabriel hizo una mueca al escuchar el nombre de su ex.

—¿Y qué quieres que haga con esa información? —preguntó a la defensiva.

—Solo te avisaba. Creí que te gustaría saber que ya había regresado al país. También pensé que te gustaría saber que ya no anda con aquel deportista, ahora se buscó un abogado.

—¿Ah sí? —inquirió con aburrimiento, pero Carlo no pareció notarlo.

—Sí. El hombre iba a entrar al despacho del mío y ella me lo presentó como su novio.

—Pues ha de ser un abogado bastante imbécil para caer en las redes de esa bruja —masculló con rencor.

—No te creas. A mí me pareció alguien bastante inteligente. De hecho, creo que estaba un poco molesto por la insistencia de la pelirroja en acompañarlo a todos lados. Cómo era que se llamaba... —Carlo se quedó un momento en silencio buscando el nombre del hombre que no le interesaba saber—. ¡Danilo! Sí, se presentó como Danilo.

—Qué bien —dijo sarcástico demostrando su falta de interés en el asunto—. Si lo vuelves a ver, le mandas mis condolencias. Adiós.

El asunto con Amanda no le importaba, él no la amaba y posiblemente nunca lo hizo. Su orgullo fue lo único que salió herido en esa relación, pero como era una persona rencorosa, se le hacía difícil olvidarlo. No obstante, lo que ella hiciera con su vida no le interesaba en lo más mínimo, y sentía pena por aquellas pobres almas que caían en su embrujo.

En ese preciso instante en su mente solo había un nombre que bastaba para atormentarlo, pero cansado, se dijo que fuera lo que fuera que estuviera sucediendo, él no desistiría en su objetivo. Lo demás lo decidiría conforme las cosas sucediesen.

Alondra detuvo su moto frente a Ea Construcciones y dudó un momento antes de acercarse hacia el portón.

La decisión de ir ahí antes de llegar a su propio trabajo había sido tomada a última hora, impulsada por la necesidad de aclarar lo que fuera que ellos tuvieran. No tenía ni la menor idea de qué le diría a Gabriel ni de qué hablaría, pero por Dios que aclararía todo, como que se llamaba Alondra Saldivia.

Eso de amigos con derechos nunca había sido lo de ella y no comenzaría en ese momento. Ahora, tampoco estaba muy segura de si quería tener una relación seria... en conclusión, no sabía ni qué rayos hacía ahí, pero ya que se había tomado la molestia de ir, al menos saludaría, después vería cómo se daban las cosas.

El vigilante, que resultó ser el mismo que le iba a servir de testigo si su moto no era devuelta, la miró con sorpresa.

—He venido a hablar con el señor Gabriel Mendoza —declaró.

El hombre sacó un radio de su cinturón y marcó un número para preguntar, pero le informaron que el hombre no estaba en su oficina para confirmar que podía dejarla pasar, así pues, en un acto de confianza, le abrió la puerta.

Alondra le dio una sonrisa de agradecimiento por no dejarla esperando en ese sol y entró.

Dentro, preguntó por el lugar de trabajo del ingeniero y subió en el ascensor.

Cuando halló la oficina, tocó la puerta pero nadie respondió, por lo que en un acto de atrevimiento, abrió un poco y miró dentro. Él no había regresado y tampoco parecía haber alguien que la recibiera, así pues, su lado curioso y entrometido la instó a entrar y a observar todo lo que la rodeaba.

Era una oficina amplia que contaba con un escritorio donde estaban unos papeles y una computadora. A su izquierda estaba una mesa de dibujo con unos planos encima frente a sí, detrás del escritorio, había una ventada que le proporciona la vista de lo alrededores.

Nerviosa por lo que pudiera salir de esa visita, se acercó a la ventana y fijó la vista en los edificios que dejaban entrever. No debería estar ahí. No sabía ni qué iba a decir, pero tampoco quería irse. Empezó a jugar con un mechón detrás de su oreja hasta que sintió uno de sus aretes caer.

Con un gruñido, se agachó para buscarlo y metió la cabeza debajo del escritorio para observar mejor. Estaba tanteando el piso cuando escuchó la puerta abrirse.

Llena de vergüenza por encontrarse en esa posición, formuló su mejor sonrisa de disculpa y estaba a punto de salir y dar la cara, cuando escuchó los pasos de una persona entrar tras los seguros pasos de Gabriel.

—No puedo creer que me hayas tratado de forma tan fea ante tu padre —reprochó una voz femenina con el típico acento fresa.

Entonces, Alondra se debatió entre dar a conocer su presencia o esperar a que la visita se fuera. Sin duda, sería vergonzoso ser vista en esa posición, pero más vergonzoso sería que la atraparan espiando su conversación. Decidida, casi se iba a levantar cuando la mujer prosiguió.

—Es un acto muy inmaduro de tu parte, Gab. Yo solo quería disculparme por dejar el trabajo de esa forma.

¿Gab? Eso llamó tanto su atención y le causó tanta curiosidad que Alondra, en contra del sentido común, se agachó y se acomodó mejor detrás del escritorio para evitar ser descubierta, rogando interiormente para que Gabriel no se le ocurriera ir hacia allí en ese momento.

—Como si lo lamentarás —espetó Gabriel malhumorado y se recostó en la parte delantera del escritorio. Alondra cruzó los dedos para que se quedara ahí. Y no lo rodeara—. ¿Por qué mejor no te vas? Si solo eso querías decirme...

—Yo en verdad estoy arrepentida —musitó la mujer con convicción—, fue una estupidez lo que hice, Gab. Perdóname.

Alondra frunció el ceño. ¿Qué querría decir con eso? Por lo que entendía, la mujer había dejado el trabajo sin avisar y fue a pedir perdón, pero no creía que ese fuera el único motivo por el que se disculpaba.

—Estás perdonada —afirmó él, pero con la misma convicción con la que ella podría afirmar odiar los dulces: ninguna. Su tono era pura ironía—. Ahora, ¿me dejas trabajar?

Alondra casi se imaginaba a la mujer haciendo un puchero.

—Supongo que Carlo te contó que salgo con alguien.

Gabriel blanqueó los ojos y Alondra se encontró preguntándose por qué eso debería de importarle a él, al menos claro, que lo que estuviera pensando fuera cierto. Karen había mencionado aquella noche de discoteca que él recién había acabado una relación. ¿Sería esa su ex? ¿Y sería por los motivos que ella se imaginaba? Si era así, a Alondra le enojó el cinismo con el que estaba llevando la conversación. No había que ser muy inteligente para saber que sus disculpas eran como las ganas de ella de ir al gimnasio.

—No —mintió él—, por lo visto no lo consideró importante.

Amanda frunció el ceño y Alondra hubiera pagado millones por ver su expresión.

—Ah... pues sí. He decidido entablar una relación seria con Danilo, es abogado y con él estoy dispuesta a comenzar de nuevo, pero antes he querido limar asperezas entre nosotros.

¿Era su impresión, o el tono de voz de la mujer transmitía seducción? Alondra no era experta en

ese tema, pero tampoco tonta para no notarlo. Pensando en eso, tardó en darse cuenta de que ella había mencionado que su actual novio se llamaba Danilo y era abogado. Así se llamaba uno de los gemelos. ¿Sería una coincidencia? ¡Oh... por Dios! Ojalá esa bruja no estuviera saliendo con uno de sus hermanos. No la conocía, pero ya le caía mal.

—Bien por ti —respondió él con sarcasmo—. Ahora... ¿Te largas?

—¿Estás seguro de que eso es lo que quieres, Gab?

Su tono de ofrecida le causó náuseas y lamentó no haber dado a conocer su presencia en un principio. ¿Tenía novio y aun así quería a otro? Eso era algo que Alondra jamás llegaría a comprender. Tendría que hacerle una llamada a su hermano e indagar su vida, y si Dios quería un poco a su familia, esa mujer no sería su cuñada. Danilo no podía tener tan mal ojo.

Curiosa por descubrir la imagen de quien había enamorado a Gabriel, Alondra asomó un poco la cabeza y observó cómo la mujer pelirroja se acercaba con paso seductor hacia el hombre.

Era bastante bonita, tenía que admitirlo. Sus rojos cabellos caían en rizos por su espalda y se manifestaban como la tentación para cualquier hombre. Tenía la cara llena de pecas que le conferían un aspecto tierno y, si no se equivocaba, sus ojos eran de color verde.

Ella se inclinó para que Gabriel tuviera una vista de sus tetas operadas y Alondra sintió de pronto una rabia recorrer sus venas.

“Estúpida ofrecida”, pensó y esperó la reacción de Gabriel.

Como todo hombre, la vista se desvió a los senos de la mujer pero, para su alegría, la despegó pronto y se alejó del escritorio antes de que esta pudiera acorralarlo.

Rápidamente, Alondra volvió a ocultarse y se limitó a escuchar.

—No creí que tu descaro llegara tan lejos —alegó Gabriel con despecho—. Lárgate, Amanda, y de preferencia no regreses.

El sonido berrinchudo de la mujer lo escuchó hasta Alondra y después de mascullar algo que sonó como: “Eres un imbécil, Gabriel”, salió dando el famoso portazo.

Gabriel negó con la cabeza ante tan desagradable encuentro y se dispuso a hacer todo lo que tenía pendiente. No obstante, cuando se iba a sentar detrás de su escritorio, no pudo ser mayor su sorpresa al encontrar a Alondra sentada y recostada sobre los cajones.

Ella se ruborizó al verse descubierta, pero sonrió abochornada y con el tono más casual del que fue capaz, dijo.

—¿Has visto un zarcillo por el piso?

Capítulo 9

Ella debió haberse imaginado que algo así sucedería si decidía quedarse escuchando una conversación que no era de su incumbencia.

Escabullirse sin que él se diera cuenta fue una opción que consideró seriamente, pero en el fondo sabía que no lo conseguiría. Estaba detrás del escritorio y tenía que atravesar toda la oficina y abrir la puerta para salir. Hacerlo sin llamar su atención era algo desde todos los puntos de vista imposible. Así pues, sonrió avergonzada y vio cómo él parpadeaba varias veces antes de que su rostro mostrara todas y cada una de las expresiones de sorpresa o asombro existentes.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con indiscutible incredulidad.

Ella bajó la vista y la movió por distintos puntos del suelo hasta que localizó su arete. Con una sonrisa, lo agarró y se lo enseñó sintiéndose la persona más tonta del mundo.

—Buscaba mi arete —respondió levantándose y él abrió y cerró la boca sin saber bien qué decir.

—¿Escuchaste nuestra conversación? —indagó y el sonrojo avergonzado de Alondra fue toda respuesta.

—Lo siento —se disculpó—, es que... —¿Cómo le explicaba que los había escuchado entrar pero que simplemente decidió hacer el papel de chismosa en lugar de darse a conocer? No era algo que ayudara a conservar la poca dignidad que le quedaba—. Yo te estaba esperando, cuando se me cayó un arete y lo estaba buscando, entonces entraron ustedes y... no me di cuenta al principio... después me dio pena salir.

Gabriel la miró con esa cara que decía: “¿En verdad vas a seguir mintiendo?”; y Alondra suspiró.

—Está bien. Me entró curiosidad y me quedé escuchado. ¿Contento?

Él asintió.

—Lo siento —repitió, y él hizo un gesto con la mano para quitarle importancia.

Alondra tuvo intención de preguntarle sobre su extraña conversación y confirmar si sus sospechas eran ciertas, pero en ese preciso momento su nivel de indiscreción no era tan alto, así que prefirió callar.

—Bien, dejemos el tema. ¿Por qué has venido aquí?

El tono molesto usado anteriormente parecía haber desaparecido dejando al Gabriel neutral que

siempre conocía, ese cuyos sentimientos le eran desconocidos y nunca sabía qué pensaba.

Consideró la posibilidad de tratar el tema que en verdad la había llevado ahí, pero en ese instante, después de lo escuchado, no le parecía tan buena idea.

—Yo... vine a saludarte —contestó y en parte no era mentira, aunque ahora que lo decía en voz alta, se arrepintió de ese impulso. ¿Y si parecía desesperada? Oh, Dios mío. ¿Dónde quedaba su sentido común cuando se trataba de ese hombre?

—¿En serio? —Él también parecía incrédulo.

—Sí... —murmuró ya no muy segura—, quería agradecerte por la cena del sábado. No me dio chance de hacerlo ese día.

“Alondra, eres una tonta”, se dijo. ¿No podía haberse inventado una excusa mejor? ¿Una menos tonta y más creíble? No debió haber ido ahí.

Él la miró por un momento intentado decidir su nivel de sinceridad. Estaba nerviosa, su tono de voz y el ligero movimiento inquieto de su cuerpo la delataban. Tal vez solo seguía avergonzada por ser descubierta escuchando conversaciones ajenas, o no quería decir el verdadero motivo que la llevó ahí.

—¿Es porque Diego regresa hoy a trabajar? —inquirió sin un mínimo de prudencia.

El semblante de ella cambió de uno intranquilo al de alguien que se acaba de acordar de algo importante. Lo había olvidado, por más sorprendente que pareciera, había olvidado de que Diego regresaba ese día al trabajo. Su mente había estado tan ocupada en la extraña relación con el hombre que se había olvidado por completo de ese detalle. ¿O no? ¿Podía su subconsciente acaso haberla llevado ahí porque quería retrasar lo inevitable? ¿O solo había pasado mucho tiempo con Karen y estaba divagando? Lo cierto es que no tenía muy claro de por qué estaba ahí. Simplemente lo estaba.

—No... bueno, no sé... —Genial. Ese no era su día.

Él pareció darse cuenta de que había tratado el tema con demasiada brusquedad y su semblante se relajó. No era culpa de ella que Amanda lo hubiese dejado de mal humor, aunque no estaba muy contento con la manía de ella de espiar.

—Lo siento, yo no...

—No importa —cortó ella todavía pensando en su falta de sentimiento sobre el asunto. ¿Así, de un día para otro su interés había menguado de tal forma? ¿O quizás se debía a aquel extraño embrujo que el hombre pareció ejercer sobre ella el sábado?

Gabriel se acercó e instándola a apoyarse en el escritorio, puso los brazos a ambos lados de ella dejándola encerrada en sus brazos.

—Él no te merece, Alondra —repitió aquellas palabras que le había comentado el sábado después del beso.

Alondra sintió un calor recorrer su cuerpo solo por la cercanía. Temió verlo a los ojos solo por miedo a caer en un embrujo similar al anterior, que le bajara las defensas y no la hiciera pensar bien, pero aun así lo hizo y respondió con la mejor sonrisa que pudo.

—Papá suele decir que ningún hombre me merece. Asegura que soy demasiado para todos y según veo, tiene razón.

Él se permitió formar una pequeña sonrisa.

—Entonces... ¿Nadie es suficiente para ti en este momento?

—No lo sé... Tal vez aparezca alguien...

—¿Tú crees?

—Tengo esperanza.

—¿Y cómo tiene que ser?

Ella no respondió de inmediato intentado regular la respiración que, de pronto, se había vuelto irregular. ¿Era su impresión o el hombre estaba un poco más cerca ahora?

—Um... No tengo idea, pero creo poder saber cuando lo encuentre.

—¿Crees?

—También puedo terminar hecha un lío de pensamientos y no darme cuenta de inmediato. Soy muy dada a pensar mucho las cosas.

—A veces pensar demasiado entorpece las cosas —afirmó, y ella rio.

—¿Y me lo dices tú? ¿Me vas a decir que no eres de esas personas que tienen todo planeado y desea que todo salga a la perfección?

—Me gusta que todo salga como quiero —admitió—. ¿Lo sacaste por el signo? —inquirió burlón.

—Puede ser... ¿Estoy errónea?

—No, pero eso no quita que, en ocasiones, pensar mucho arruina las cosas. No pienses, Alondra —susurró cerca de su oído consiguiendo que algo similar a una descarga eléctrica la recorriese—. Siente. Déjate guiar por lo que en verdad quieres.

La respiración pareció fallarle y Alondra se encontró con dificultades para elaborar una respuesta. ¿En verdad ese hombre podía hacerle perder la capacidad de reaccionar solo con su sola presencia? ¿Era acaso eso algún posible encantamiento? No es que creyera en ese tipo de cosas, pero la gente solía achacarle a la magia las cosas que no tenían explicación, entonces, ¿sería acaso eso algún tipo de magia?

—Y... ¿Qué te hace pensar que quiero algo en este momento? —logró formular con esfuerzo.

—¿No es así? —Su voz, más ronca de lo normal, le hizo saber que ella no era la única afectada con esa cercanía.

—N-no lo sé —admitió.

—Estamos un poco grandes para andarnos con juegos. ¿No crees? —habló en voz extremadamente baja—. Y no creo que ese sea tu estilo.

—No —confirmó ella con un hilo de voz.

—Entonces, por qué no enfrentamos esto.

—¿Esto? —murmuró con su vista fija en esos ojos grises pensando si serían esos lo que hacían debilitar su fuerza de voluntad.

—Sí, esto. —Sus labios se acercaron hasta los de ella de tal manera que un simple impulso podía permitir su roce—. Date la oportunidad, Alondra. Dame la oportunidad.

Alondra parpadeó varias veces intentando pensar con claridad. Al final, sí parecía haber tratado el tema por el que había ido ahí.

—Yo... —¿Y ahora? ¿Qué iba a decir? Las palabras parecían haber abandonado su boca y su cerebro ahora estaba concentrado en esos labios tentadores a milímetros de los suyos, que representaría la tentación de cualquier mortal necesitado de una caricia—. Yo podría perder mi trabajo solo por esto —susurró incapaz de formular algo más.

Él sonrió y sus labios rozaron levemente su mejilla mientras llegaban a su oído.

—No creo que se te dificulte conseguir otro —afirmó sin querer decir más—. ¿Te retendrás solo por eso? ¿Prefieres una vida monótona pero segura en lugar de buscar nuevas experiencias?

Alondra emitió algo parecido a un gemido cuando los brazos de él abandonaron el escritorio y sujetaron los suyos en una leve caricia.

—¿Qué prefieres, Alondra? —repitió con una voz tentadora, tan tentadora que ni aquella que hizo pecar a Eva pudo habersele igualado.

—Nuevas experiencias —respondió decidida. Por algún motivo, todo lo que había sido su vida hasta ese momento le pareció algo sin sentido, algo vacío, como si siempre hubiera faltado algo determinante para hacerla feliz. Ni Diego pudo conseguirlo del todo. ¿Podía ser él ese algo?

—Lo imaginaba. —Sus labios volvieron a quedar a milímetros de los suyos—. Entonces, sellemos el trato —sentenció tomado posesión de su boca.

Ávida de su contacto, Alondra se pegó a su cuerpo y respondió al beso con la misma urgencia de él. Quería liberar la tensión que se había formado en esos segundos de roce y disfrutar de la delicia que representaba su boca.

Dos semanas, llevaba dos semanas conociendo a ese hombre pero sentía que no podía vivir sin la delicia de esos labios. Como si fueran una especie de droga que su cuerpo necesitaba con urgencia y de la cual no podía prescindir ni con fuerza de voluntad.

Se besaron por un rato más hasta que la consciencia de que se hacía tarde hizo reaccionar a Alondra.

—Me tengo que ir —mencionó de mala gana—. ¿Hablamos en la noche?

Él asintió, y ella se fue.

Cuando llegó a su trabajo, sorprendentemente viva y sin multas (puesto que había conducido con la cabeza en otro lado que no era el camino), entró al edificio y caminó distraída hacia el elevador, no hizo falta mirar su reflejo en algún lado, sabía que tenía una sonrisa tonta adornándole el rostro.

No podía creer que ya tuviera una nueva relación con el “rival” y que además se sintiera feliz con ello. El corazón roto parecía haber recogido sus pedazos y empezado a armarlos como si de un rompecabezas se tratara, mitigando el antiguo dolor y sufrimiento dejando solo un leve recuerdo que desaparecía apenas se enfocaba en los besos compartidos con el hombre.

Estaba segura que ese día nada podría hacerle cambiar el humor, al menos hasta que sus ojos detectaron irremediabilmente a la persona que estaba a su lado.

—Hola, Alondra —saludó el hombre con esa típica sonrisa que embrujaba y todo el encanto que pareció rodearla durante el camino se esfumó.

—Diego, hola —musitó componiendo su mejor semblante. Definitivamente, su suerte no podía haber durado tanto.

Capítulo 10

Por extraño que pareciera, todo lo que alguna vez creyó sentir cuando lo volviera a ver no hizo acto de presencia.

Alondra imaginó que sentiría dolor, tristeza, desasosiego e incluso que escucharía a su corazón llorar en silencio. Pero no, lo único que sentía en ese preciso instante, mirando los azules ojos de Diego, era... incomodidad. Sí, solo eso, incomodidad.

Ella ya sabía que después de conocer a Gabriel lo que Diego le inspiraba era solo eso que ella quería o decía sentir. Su sentimiento de tristeza había disminuido en grandes cantidades hasta lograr desaparecer esa tarde, lo que le hacía pensar que quizás lo que sintió por él no era tan fuerte como lo imaginó en un principio, pues si se ponía a recordar, jamás había sentido con Diego ese embrujo que la rodeaba cuando estaba con Gabriel. Jamás había sentido que se perdía en sus ojos, y jamás había deseado con tanta firmeza que sus labios se rozaran. No podía asegurar que lo de Gabriel Mendoza fuera más profundo, pero sí diferente y prometía tener un buen final.

Ahora que lo veía, solo podía percibir la incomodidad que suponía para ambos esa situación. Estar a punto de casarse una y terminar casándose con otra no era una situación que pudiera catalogarse de común.

Observó a Diego que seguía teniendo ese aspecto que tanto lo caracterizaba. Su cabello era castaño y sus ojos azules siempre brillaban con su típico humor. No había muchas cosas que pusieran de mal humor a Diego Altamirano y solía ser de esas personas optimistas y graciosas que lograban sacar una sonrisa al más amargado.

—Qué gusto volver a verte —comentó él, incómodo. Sí, definitivamente era una situación incómoda.

—A mí también me da gusto. ¿Qué tal la luna de miel? —indagó buscando disipar la tensión, pero quizás no fue la mejor pregunta.

—Bien.

Lo correcto hubiera sido preguntar por Emma, pero ella seguía cayéndole mal y lo cierto era que no le interesaba en lo más mínimo como estuviera. Preguntarlo sería mucha hipocresía.

Por suerte, el ascensor se detuvo justo en ese momento en el piso de Alondra y esta salió rápidamente murmurando una disculpa. Las puertas se cerraron y ella respiró aliviada. No había ido tan mal. Puede que después de todo, hubiera exagerado las cosas.

Como siempre, lo primero que vio fue el rostro de Karen deseoso de información. Aunque Alondra no estaba segura de cuál, si la de Gabriel y ella, o sobre su posible reacción si volvía a ver a Diego.

Karen le ahorró la pregunta.

—¿Qué pasó con Gabriel Mendoza? ¿Decidiste algo?

Así pues Alondra descubrió que tenía más importancia para su amiga.

—Yo... he decidido darme una oportunidad —informó, y Karen arrugó ligeramente el entrecejo.

—Si el señor Altamirano se entera, no creo que le guste. Creo que más que competencia, el odio con Adrián Mendoza va por lo personal. Un asunto de mujeres, escuché decir en un principio.

Sí, Alondra también había escuchado esa historia entre tantos chismes de oficina. Se decía que Rafael Altamirano y Adrián Mendoza habían estudiado y se habían graduado juntos. Sus familias eran amigas y ellos también, pero por asuntos amorosos de los cuales desconocía motivos, ambos amigos terminaron enemistados.

—Ya veré qué sucede cuando pase —decidió—. Dejaré que las cosas fluyan —dijo haciéndole recordar a Karen su propio consejo.

Ella se encogió de hombros.

—Tú verás. Pero si te quedas sin trabajo, ¿qué harás? ¿Te irás a Ea?

Alondra consideró un momento el asunto y al final negó con la cabeza.

—Creo que buscaré trabajo en otro lado, o lo haré individual. No sé, decidiré en su momento...

—Me lo imaginé. Ahora...

—Me encontré con Diego en el ascensor —notificó adelantándose a la pregunta no formulada.

—Y...

—Nada —dijo como si todavía no se lo creyera—, no sentí nada. Incomodidad. Solo eso. Yo...

—Te enamoraste de Gabriel —sentenció su amiga mirándola con... ¿resignación?

—No creo poder afirmar tanto...

—Lo estás —aseguró ella—, aunque no lo admitas hasta dentro de varios meses cuando consideres que ha pasado el tiempo oportuno para que algo así suceda, pero lo cierto es que lo estás.

Alondra abrió la boca para replicar, pero la volvió a cerrar en parte porque sabía que Karen no cambiaría de opinión.

Pasaron un rato en silencio, afinaron unas cuantas cosas, y a la hora del almuerzo Karen le confesó.

—Me dijo que se iba a divorciar.

Alondra tardó al menos un minuto en entender a qué se refería.

—Y eso es bueno, ¿no?

—No lo sé —dijo su amiga algo desanimada—, sabes cómo son los hombres. Siempre dicen lo

mismo. Además, nada me asegura que aunque lo haga, quiera mantener una relación seria conmigo o no sé si yo quiera hacerlo. Lo conozco, lo conozco desde hace años. Carlo no es el mejor amigo de la fidelidad y yo no toleraría ningún engaño.

Alondra no sabía qué decir al respecto. Eso era cierto, era complicado conseguir que un hombre cambiase del todo.

—¿Quién me garantiza que se irá con otra cada vez que discutamos? ¿Quién me dice que aún no la ama a ella? ¿Quién me confirma que no es ella la que se quiere divorciar porque ya no lo aguanta?

Alondra se mordió el labio.

—Te diré lo mismo que me dijiste a mí. ¿Crees que vale la pena? Lo que sientes por él, ¿crees que valga el riesgo?

Karen lo sopesó un minuto y luego soltó un lamento.

—No tengo la menor idea. No sé si lo que siento por él es amor, cariño o solo amistad y me estoy liando sola. Nunca he estado enamorada, así que no sé cómo se siente. —Una sonrisa pícaro transformó su rostro—. ¿Me puedes describir lo que sientes por Gabriel? Quizás así me haga una idea.

Alondra blanqueó los ojos y siguió comiendo sin responderle. El día transcurrió sin ninguna novedad y, cuando llegó a su casa, lo primero que hizo fue llamar a su hermano.

—Hola, hermanito —saludó cuando la atendieron.

—¿En qué comisaría estás? ¿Y bajo qué cargos?

Alondra blanqueó los ojos. Las pocas ocasiones en que llamaba a su hermano, este solía bromear preguntando si se encontraba presa. Al parecer, tenía la firme convicción de que el carácter de esta tarde o temprano la llevaría a la cárcel.

—Si eres ridículo —espetó—. ¿No puedo llamar para saludar a mi hermano?

Danilo se quedó en silencio un momento.

—Nunca lo haces. ¿Qué quieres?

—Pero qué falta de educación —regañó—, mamá estaría decepcionada.

—Alondra, ahora no tengo tiempo, si quieres podemos hablar...

—Danilo. —Escuchó una voz femenina a lo lejos.

Oh, Dios.

—Así que estás con alguien y por eso no tienes tiempo de hablar con tu pobre hermana —comentó intentando que su tono sonara burlón y no delatara la preocupación que la invadió por lo conocida que se le hizo la voz.

—Sí —contestó sin remordimiento—, así que si me disculpas...

—Danilo —volvió a chillar la voz y su hermano soltó un gruñido.

—¿Puedes esperar un momento, Amanda? Estoy hablando con alguien.

Amanda. Alondra no necesitó más confirmación que esa y con una vaga despedida, cortó el teléfono.

Si no hubiese sido chismosa, se hubiera quedado con la duda en vez de encontrarse ahora con ese dilema moral. Ella había presenciado con sus propios ojos que esa mujer era una descarada, intentó seducir a Gabriel ya teniendo una relación con su hermano, y eso no hablaba bien de ella. Su hermano podía ser todo lo fastidioso que fuera, pero no se merecía una mujer como esa y ella no estaba segura de poder vivir con esa información en su poder. No obstante, tampoco podía intervenir abiertamente en la relación sin tener más pruebas que el testimonio de Gabriel, que por cierto, no sabía si quería dar.

Entre la espada y la pared, decidió llamar al único que podía decirle qué era lo mejor.

—Hola, hermanito —saludó cuando la atendieron—. ¿Tú no estás con una mujer que te impida hablar con tu querida hermana, cierto? —bromeó y al otro lado del teléfono se escuchó un sonido parecido a alguien que intentaba contener un gruñido.

—Alondra, ¿cómo estás?

Al menos él sí le preguntaba cómo estaba, se dijo con ironía. Tenía que ser Ángel con quien hablaba.

—Bien. ¿Y tú?

—Bien, gracias a Dios. ¿Necesitas algo?

—Un consejo.

Ángel se quedó un momento en silencio como si procesara sus palabras. Ella no era muy dada a pedir consejos, pero en ese momento lo necesitaba.

—Espero poder ayudarte.

—Danilo está saliendo con una mujer —informó.

—Y eso es malo por...

—No es malo... bueno, lo es porque la mujer es mala. Es la exnovia de mi novio.

—¿Ya conseguiste novio? ¿No fue hace apenas dos semanas que Diego se casó?

Ups. Tal vez debió haber obviado la parte en que Gabriel y ella se habían vuelto novios. Muchos considerarían que era un tiempo muy corto para una mujer que afirmaba hace dos semanas tener el corazón roto, pero vamos, la vida no estaba para vivirse lamentando. Además, su relación con Diego había terminado hace casi dos meses ya.

—Estamos comenzando —se defendió—, pero eso no importa. El hecho es que hoy lo fui a ver al trabajo y lo esperaba en su oficina cuando se me calló un arete. Estaba agachada buscándolo cuando los escuché entrar y... bueno... escuché la voz de una mujer, me dio curiosidad y...

—Te quedaste escuchando una conversación ajena —terminó su hermano por ella con un tono de reproche—. Alondra, eso no es...

—Correcto. Ya lo sé. No me regañes, yo digo que fue obra del destino. Dios quería que yo escuchara esa conversación y...

—No uses a Dios para justificar tus malos actos —interrumpió él, y ella soltó un gruñido exasperada.

—¿Me vas a dejar hablar? —Al ver que no decía nada, continuó—: En fin, fui testigo de cómo

coqueteaba abiertamente con Gabriel a la vez que pregonaba su relación con Danilo. ¿Puedes creerlo? Esa mujer es mala, Ángel, y yo no sé si meterme y contarle todo a Danilo o dejar que él lo descubra por sí mismo. No sé cuánto le gusta esa tipa, no sé si está dispuesto a creerle a ella o a mí. No sé qué hacer.

Ángel cayó un momento seguramente considerando la mejor forma de proceder.

—Pienso que si tienes esa información en tus manos deberías hacérsela saber. Si te cree o no, ya dependerá de él. En caso de que decida seguir con ella, él mismo tendrá que atenerse a las consecuencias futuras, pero Danilo no es tonto, Alondra, lo sabes. Es abogado, posiblemente te escuchará, y por sí mismo se encargará de buscar las pruebas que demuestren su culpabilidad o inocencia.

Alondra lo pensó un momento y asintió para sí misma.

—Eres un amor, Ángel. Por eso eres mi hermano favorito —sentenció y escuchó la risa de su hermano al otro lado.

—Solo hasta que alguno de esos dos te saque de la cárcel —dijo a modo de despedida y cortó el teléfono.

Ella frunció el ceño. ¿Por qué todos sus hermanos parecían creer que terminaría presa? La mala influencia era Karen, no ella.

Negando con la cabeza, se empezó a preparar un sándwich para mantenerse con vida.

Mientras se lo comía, revisó los mensajes que le habían llegado durante la conversación con sus hermanos. Varios eran de Karen que al parecer había necesitado una información urgente sobre algo, pero ya no y solo quedaban mensajes que decían: “Por qué tienes teléfono si vas a responder cada tres horas”. Otro era de su madre y otro, el que más le interesó, era de Gabriel que preguntaba cómo había sido su día.

Ya lo había hecho anteriormente, pero ahora todo parecía diferente. No podía creer que había aceptado una relación con él, jamás imaginó algo similar, pero sucedió. Ahora eran una pareja oficial y no tenía ni la menor idea de qué saldría de ese asunto, si algo duradero, u otra de sus relaciones fallidas. Aun así no estaba dispuesta a vivir con miedo y decidió dejar todo a manos del destino.

Le respondió y ambos se enzarzaron en una conversación que le sacó más de una sonrisa inconsciente. Le gustó que no fuera de esas personas que se deshacían con piropos cariñosos desde el primer día. Ella era una persona que pensaba que un “te amo” debería decirse cuando en verdad se sentía y no solo por decirlo.

Cuando le preguntó qué hacía, ella le dijo que estaba comiéndose un sándwich y el muy imbécil se había atrevido a burlarse diciendo: “¿Con queso y jamón?”. ¿Con qué otra cosa se comía un sándwich? Al menos podía darse por advertido desde el principio que no sabía cocinar; si tenían hijos, habría que contratar a alguien... ¡Un momento! ¿Hijos? ¿Por qué estaba pensando en hijos en el primer día de su relación? Ella no era así. Dios mío, esperaba no estar convirtiéndose en una de esas locas que se imaginaban el futuro entero apenas tenían novio; era romántica, no irreal.

Al final, había descubierto que el hombre tenía más sentido del humor por chat que en persona. Seguía sin ser muy expresivo, y su humor solía ser sarcástico, pero a Alondra le gustaba, le gustaba mucho todo lo referente a él; tanto, que se asustó. Casi no se conocían para afirmar amarlo con toda su alma, pero sí podía sentir algo fuerte crecer dentro de sí y eso le dio un poco de miedo, pues, a pesar de confiar en él, había algo en cómo se desarrollaron los hechos que no le terminaba de cuadrar. No obstante, no tenía por qué ser pesimista y decir que todo terminaría mal si llegaba a terminar enamorada. Quizás y solo quizás esta vez sí pudiera tener su final feliz.

Cuando se despidieron, después de asegurar que se verían al día siguiente para almorzar, Alondra se durmió con la imagen de él en su cabeza y una nueva esperanza creciendo dentro de sí.

Capítulo 11

—No sabía que ahora se pagaba por no hacer nada.

Alondra dejó de jugar con la regla T que hace poco había estado usando para un boceto y a mala se giró en su silla para enfrentar la insoportable cara de Emma que estaba parada en la puerta de la oficina. Su boca convertida en un rictus severo y sus brazos cruzados en posición defensiva, como si esperase un ataque en cualquier momento. A Alondra no le hubiera molestado mandarla al otro mundo, pero lamentablemente la quema de brujas había sido prohibida hace años.

Y hablando de brujas... como si le hubiese leído la mente, Karen dijo:

—Y yo no sabía que las brujas existían, pero ya ves, tengo una enfrente. —Emma se envaró ante el comentario y Karen sonrió—. ¿Nunca has pensado en quemarte ese lunar? —Señaló el horroroso lunar que Emma tenía en el lateral de la nariz.

Emma le lanzó una larga mirada llena de desdén antes de replicar.

—¿Todavía sigues aquí? Deberías optar mejor por seguir de loquera. He visto tus diseños, servirías a más gente.

Karen la miró con fingida compasión.

—Sé que hay mucha gente como tú que necesita ayuda, pero lamentablemente esa no podré ser yo. Si quieres, todavía tengo algunos amigos...

La mirada rabiosa de Emma consiguió que Karen sonriera.

—¿Eres bastante impertinente, no es así? El señor Mendoza debería ahorrarse ese tipo de empleados.

—¿Y comenzar despidiendo a su propia nuera? —añadió Alondra con una sonrisa inocente incapaz de contener.

El rostro furioso de Emma se traspasó a ella y la miró como quien mira a un asqueroso animal que lo importuna mucho y quiere asesinar. Alondra le sonrió, y Emma, como si de pronto le hubieran puesto un arma en frente, añadió con voz venenosa:

—Tú lo has dicho. Soy su nuera, la esposa de Diego. —Hizo énfasis en “esposa”. Alondra blanqueó los ojos y giró nuevamente su silla para observar el boceto que estaba haciendo e ignorar a Emma—. Jamás haría algo así. Sinceramente, no entiendo cómo todavía sigues aquí, debes ser muy masoquista, Alondra.

—¿Y quién dice que estoy sufriendo? —replicó la susodicha sintiéndose verdaderamente bien de no experimentar ese nudo en el estómago que creyó que experimentaría hace tiempo—. Mi único tormento es tener que verte la cara de bruja a diario. Agarró la base de la regla T y, con una sonrisa malvada, se giró girando a la vez la regla de un metro que casi golpea a Emma si esta, para su desgracia, no se hubiera apartado.

La rubia miró a Alondra que empuñaba la regla como un espada como los guerreros medievales y dio un paso atrás mirando a la morena como quien mira a un loco escapado del manicomio. Karen rio desde donde estaba Alondra y se enfrentó a Emma.

—¿Qué quieres? No creo que solo hayas venido a saludar, así que...

—Vine por los planos del centro comercial, necesito corregirlos.

Sin soltar la regla que parecía atemorizar a la rubia, Alondra le hizo una seña a Karen que sacó de un porta plano unos planos que le entregó a la mujer. Esta los tomó rápidamente y salió hecha una furia del lugar.

Las amigas se rieron y Alondra bajó la regla.

—No entiendo cómo siempre consigues sacar lo peor de mí —comentó, y Karen se encogió de hombros.

—La hubieras decapitado con la regla. Yo te hubiera ayudado a esconder el cuerpo.

Alondra rio y miró su regla T.

—Es de plástico. No puedes decapitar a alguien con ella.

—Al menos le hubieras sacado un ojo.

—No creo que mis hermanos accedieran a sacarme de la cárcel de hacerlo.

—Ellos sacarían hasta a un asesino en serie de la cárcel.

—No te pases —advirtió—, son abogados honestos. Solo defienden causas justas.

Karen la miró como si le acabara de decir una tontería.

—¿Existen?

Alondra la amenazó con la regla, pero al final ambas terminaron riendo.

A la hora del almuerzo, salió impaciente de Altamirano's como una niña a la que le espera afuera un regalo. No entendía el motivo de tal nerviosismo a su edad adulta, pero no podía evitarlo y quizás tampoco lo deseaba. Cuando vio el auto de Gabriel esperándola afuera, se sintió como una adolescente que iba a una cita romántica con su primer novio. Rio ante lo absurdo del pensamiento, y se apresuró a subirse al auto.

—No deberías esperarme justo al frente, me puedes meter en problemas —reprochó aunque la sonrisa aún no se había borrado de su rostro.

—¿Acaso quieres una relación secreta? —se burló él arrancando el auto.

—Quiero conservar mi trabajo.

Él no respondió y Alondra intentó no recordar sus diferencias en el pasado o empezaría a amargarse la existencia y liarse la cabeza.

El condujo en silencio hasta un restaurante de comida mexicana y estacionó el auto. Se sentaron

en una de las mesas y pidieron de comer.

—¿Qué tal la mañana? —le preguntó después de ordenar.

Inevitablemente hizo una mueca al recordar el encuentro con Emma.

—Ya no necesito respuesta. ¿Qué sucedió?

—Nada... —Lo evadió y al ver que él la miraba con esa expresión que decía “no te creo nada”, suspiró. Se lo diría, pero solo porque no quería iniciar una relación con mentiras—. Tuve un pequeño percance con Emma —admitió, aunque a él no pareció sorprenderle.

—¿Y por pequeño percance te refieres a...?

—La amenacé con una regla T —explicó y se ruborizó al recordar su actitud—, pero en mi defensa, se había puesto demasiado insoportable, más de lo normal, por supuesto.

Gabriel negó con la cabeza, esta vez verdaderamente sorprendido.

—¿Una regla T?

Ella asintió, y él prefirió no ahondar en el tema.

—No deberías seguir ahí si estás incómoda —dijo él imprimiendo en su voz un tono despreocupado. La conocía, y sabía que cada vez que sacaba ese tema se activaba en ella una desconfianza que no quería producir. Por suerte, ella no pareció notar nada raro en la pregunta.

—No pienso darle el gusto. El orgullo me lo exige.

—El orgullo a veces es un mal consejero.

Ella cambió su semblante y le dirigió una mirada burlona.

—¿Me lo dices tú? ¿Acaso puedes afirmar no ser una persona orgullosa?

—Precisamente por eso te lo digo, la experiencia.

Ella rio y en ese momento trajeron la comida. Un tema se le vino a la mente y, antes de que perdiera el valor, habló, pero no porque fuera chismosa, solo para confirmar que el bienestar de su hermano estaba en riesgo y no ir con el chisme de algo falso.

—Gabriel... —dijo para llamar su atención. Él levantó la vista y sus ojos grises la miraron esperando la pregunta. Se sentía un poco incómoda tratando el tema, pero era por el bien de su hermano—. La pelirroja que intentó seducirte en tu oficina... ¿Es tu ex?

Gabriel se tensó ante la mención de Amanda y estuvo a punto de preguntar cómo lo sabía hasta que se acordó que su ahora novia tenía la manía de escuchar conversaciones ajenas. Todavía no le perdonaba del todo que se haya inmiscuido de esa manera en su vida privada, pero la inocencia y arrepentimiento que había visto en sus ojos aquel día le impedían guardarle un verdadero rencor. Parecía que todas las cosas las hacía sin una verdadera mala intención de por medio, al contrario de otras que conocía, y eso le gustaba.

—Supongo que eso le quedó claro a cualquiera que hubiera escuchado la conversación —ironizó, y ella se sonrojó. Sintióse apenado por haberla hecho sentir mal, se apresuró a añadir —: Sí, es mi ex. ¿Por qué?

—Y... ¿Por qué terminaron? —indagó ignorando su pregunta.

Gabriel hizo una mueca como si recordar el asunto lo molestara. Dudó un momento antes de

decir:

—Incompatibilidad de caracteres.

—Te puso los cuernos. ¿No es así? —El hombre detuvo el tenedor con comida a medio camino, y ella, al ver que lo había tomado por sorpresa, asintió comprensiva—. No te avergüences, no eres ni el primero ni el único. Ya habíamos discutido lo valorada que está la lealtad en estos tiempos —masculló con cierta sorna, pero antes de que él pudiera formular una pregunta al respecto añadió—: El abogado con el que está saliendo es mi hermano. Lo investigué, su nueva novia se llama Amanda, y tenía la misma insoportable voz que la tipa de tu oficina.

Gabriel abrió ligeramente los ojos como única señal de sorpresa.

—No quiero que mi hermano salga con una zorra —continuó—, creo que lo pondré sobre aviso. Él sabrá qué hacer.

—Es una buena idea. Ninguna persona que pueda considerarse buena debería salir con ella.

El tono de desprecio en su voz le llamó la atención.

—¿La amaste? ¿La amas? —preguntó sin poderse contener. No sabía casi nada de los sentimientos de ese hombre y la curiosidad por conocerlo más la embargaba, además de una extraña necesidad de saber la respuesta a esa pregunta.

—No y no —respondió de forma tan segura, que Alondra sintió que un peso se le quitaba de encima. ¿Por qué?—. Fue más un golpe al orgullo. ¿Y tú? ¿Aún sientes algo por Diego? —contractó.

Ella se sorprendió por la pregunta y analizó sus sentimientos. A Diego lo había querido, lo había querido mucho, pero analizando bien las cosas, tal vez no fue del todo amor. Quizás ella quiso creer que era amor para sentir el cariño que Karen tanto afirmaba que necesitaba. Puede que se hubiera engañado a sí misma todo ese tiempo, pues si no, ¿por qué todo lo que sentía por él fue perdiendo fuerza en tan poco tiempo? ¿Por qué no le afectó en lo más mínimo volver a verlo?

—No, ya no lo amo. —O nunca lo hizo, quién sabe—. Solo le tengo un gran cariño y buenos recuerdos de él.

—Cuando mencionaste lo de la infidelidad... ¿Era mi impresión o había un deje personal en tu tono?

A Alondra no le dejaba de sorprender la capacidad del hombre para no hablar con tacto.

—¿Tú no te vas con rodeos, cierto? —Él se encogió de hombros y guardó silencio esperando una respuesta. Al ver que no la obtenía de inmediato, continuó:

—También te han puesto los cuernos, ¿no es así? —No era una pregunta, y Alondra asintió.

—Un novio de la universidad —confesó—, fue un duro golpe a mi orgullo y el causante de que guardara rencor por un buen tiempo.

—Para ser una mujer a la que le han roto el corazón más de una vez, tienes una visión muy optimista de la vida.

A él le agradaban las personas así, y solo por eso, ella le agradaba. Sintió un poco de remordimiento al recordar lo que pensaba hacer después de que consiguiera sus objetivos, y llegó

a la conclusión de que no había ningún motivo por el que no pudiera iniciar una relación verdadera con ella. Podía seguir con su plan, pero modificando un poco el final. Alondra le gustaba, no podía sacársela de la cabeza. ¿Por qué no seguir adelante? Sentía algo especial por ella, puede que al final todo saliera bien.

—Digamos que... no eran merecedores de mi cariño —dijo ella sonriendo ante la expresión de él.

Él se acercó un poco a ella hasta que sus rostros estuvieron por rozarse.

—Espero que yo sí lo sea.

Ella desvió la vista para luego volver a fijarla en él con coquetería.

—Solo el tiempo lo dirá.

Sin decir más, se dieron una serie de besos juguetones antes de decidir continuar el almuerzo. Ninguno de los dos conscientes de la mirada de satisfacción que tenía una mujer rubia sentada unas mesas atrás.

—Alondra, el señor Altamirano quiere verte —le notificaron apenas puso un pie en la empresa.

Esa información hizo que un mal presentimiento la recorriera de pies a cabeza mientras subía el ascensor. El señor Altamirano pocas veces pedía hablar directamente con sus empleados a menos que de un asunto grave se tratara. Algo dentro de sí se imaginaba de qué iba el asunto, pero prefería ser optimista.

Llegó al último piso donde se encontraba la oficina y notificó a la secretaria su presencia. Esta la hizo pasar con un ademán nervioso y Alondra entró.

Para su sorpresa, no solo se encontraba el señor Altamirano en el lugar, sino también Diego y la bruja con la que se había casado.

Rafael Altamirano, a sus cincuenta y tantos años, seguía siendo un hombre cuya presencia inspiraba respeto. Su constitución era fuerte y su semblante severo. No era de los que se teñía las canas porque afirmaba que demostraban experiencia y su sola presencia podía bastar para causar intimidación o admiración, según se viera.

Alondra lo conocía muy bien al señor Altamirano para saber que a pesar de esa indiferencia y frialdad que aparentaba, era un hombre muy bueno y paternalista. Lo demás era solo apariencia, aunque en ese momento su expresión nada agradable no podía definirse como fingida.

—Buenas tardes —saludó para aligerar la tensión que de pronto se había formado y parecía capaz de ser cortada solo por un cuchillo.

Diego estaba recostado en una de las esquinas de la oficina, y sus ojos, normalmente alegres y risueños, denotaban malestar y enojo, pero no enojo contra ella, pudo percatarse, sino contra Emma, que estaba a su lado y sonreía de una manera que la puso alerta.

El señor Altamirano le devolvió el saludo y le ofreció asiento, pero ella, incómoda ante tanta gente parada a su alrededor, aseguró estar bien. Entonces, el hombre, sin más preámbulos, agarró un teléfono móvil del escritorio, buscó algo en él, y se lo mostró.

Alondra se quedó de piedra al observar una foto de ella y Gabriel besándose en el restaurante

mexicano de hace poco, y no solo eso, sino que pudo darse cuenta por el rosado chillón del forro que el teléfono era de Emma.

“Maldita bruja”, pensó para sí y se obligó a tranquilizarse. Ella sabía que tarde o temprano llegaría ese momento.

—¿Tienes algo que decir en tu defensa? —preguntó el señor Altamirano con un tono suave y de súplica, casi esperando que ella dijera que todo era una confusión.

Ella era consciente que durante su noviazgo con Diego el señor Altamirano le había tomado mucho cariño, así como también sabía que el hombre la apreciaba más que a Emma. Por ende, y viendo bien la calidad de las fotos, ella bien podía haberse inventado un fotomontaje, o tal vez decir que la luz no dejaba distinguir bien la figura femenina y asegurar que no era ella. Podía haberse inventado sabrá Dios cuántas cosas más y sabía que el hombre le creería por el simple hecho de ser ella y que le tenía confianza, pero no lo haría, no lo haría porque ella no era así.

—No —respondió tranquilamente y escuchó a ambos hombres suspirar con decepción.

Ese no era un sentimiento con el que estuviese familiarizada, así que no le gustó nada percibirlo de ambas partes. Todo fue peor cuando detectó en el señor Altamirano un brillo de decisión.

—¿Tienes una relación con Gabriel Mendoza? —cuestionó como si quisiera estar segura.

—Sí.

—¿Desde hace cuánto?

—Desde ayer.

Que su relación tuviera tan poco tiempo no pareció aliviar en lo más mínimo el malestar del hombre, quien se dejó caer en su asiento como si un peso gigante le imposibilitase seguir de pie.

—Sabes la enemistad que tengo con Adrián Mendoza, sabes la enemistad que tienen nuestras compañías. Por ello, y sabiéndote una mujer inteligente, sé que comprenderás que no puedo tenerte aquí mientras estés con él. No desconfío de ti, niña, sabes que te tengo en alta estima y pongo mis manos al fuego por tu lealtad. No obstante, no confío en ellos ni en el poder que pueda tener su mala influencia. La decisión es simple: terminas con Gabriel Mendoza y conservas el trabajo, o sigues con él y te vas.

Alondra había temido bastante ese momento, pero no había pensado mucho en él. No había analizado cuál sería su respuesta ante la inminente pregunta, por ello, no pudo sorprenderse más cuando se escuchó respondiendo.

—No sabe cuánto le agradezco la oportunidad y los años que trabajé aquí, señor Mendoza, sabe que lo aprecio mucho y siempre tendré un buen recuerdo de usted y de mi evolución aquí.

A cualquiera que lo pusieran a elegir entre un trabajo seguro y una relación recién comenzada que no tenía la certeza de que terminaría bien, no hubiera pensado mucho antes de anteponer la estabilidad económica a la emocional. Sin embargo, ella se veía capaz de conseguir otro empleo, incluso su misma familia podía ayudarla, pero no se veía con las fuerzas suficientes para romper lo que recién comenzaba. No se veía abandonando así algo que prometía y que parecía ser más que una situación pasajera. Puede que no hubiera nada seguro, pero algo dentro de sí se negaba a

desprenderse de lo recién comenzado cuando había batallado demasiado interiormente para decidirse, cuando gracias a eso había descubierto que quizás nunca amó lo suficiente al hombre que afirmó amar. No podía, y se arriesgaría, aunque le costara el trabajo.

Rafael Altamirano mostró en su semblante la clara de decepción por su respuesta, pero no había reproche en sus ojos. Ella casi podía jurar que el hombre la entendía.

—Bien, en ese caso...

—Papá —intervino Diego por primera vez a pesar de la mirada de advertencia de la rubia a su lado—, creo que deberías pensar bien el asunto. Esta enemistad ha durado demasiado y...

—No, Diego —cortó tajante—, no ha durado ni durará demasiado. Adrián Mendoza es un ser despreciable con una piedra en lugar de corazón. Un ser sin escrúpulos que no le importa llevarse a la gente por delante para conseguir su objetivo, y si su hijo se parece un poco a él —miró a Alondra fijamente con la preocupación de un padre que teme por el futuro de sus vástagos—, temo decirte que debes tener cuidado, Alondra, o terminarás con el corazón irremediablemente roto. Terminarás lo que tenías pendiente y después te irás. Fue un placer haber compartido estos años contigo.

Capítulo 12

Alondra pudo haber dicho muchas cosas al respecto contra ese despido. Pudo haber alegado que no era legal despedir a alguien solo por mantener una relación amorosa con una persona, pudo haber amenazado con mandar a los abogados de su padre ahí, pero solo terminó asintiendo y preguntando qué pasaría con Karen. Después de que el señor Altamirano le asegurara que la pondría a practicar con alguien más, Alondra se marchó no pudiendo quitarse de la cabeza sus últimas palabras: “Terminarás irremediablemente con el corazón roto”.

Ella desconocía los motivos exactos de tanta apatía hacia Adrián Mendoza, al menos, no sabía más que todos en esa empresa, pero el odio impreso en la voz del hombre al hablar le había dejado claro que no fue precisamente una ofensa leve. El señor Altamirano no era de esas personas dadas a molestarse por cualquier minucia ni a guardar rencor por períodos prolongados de tiempo. Él era alguien bastante justo y correcto, aunque, en ese preciso instante, Alondra prefería pensar que el odio hacia el progenitor de su novio era demasiado fuerte para hacerlo razonar con claridad. No deseaba imaginar que Gabriel se pareciera un poco a ese hombre del que se hablaba tan mal, y por supuesto, no deseaba terminar nuevamente destrozada, sobre todo ahora, que todo parecía ir viento en popa en su vida amorosa y los sentimientos hacia Gabriel parecían ser más profundos de lo que alguna vez sintió.

Negándose a pensar negativo, Alondra llamó al ascensor para terminar de organizar los pendientes, entró en él y las puertas estaban por cerrarse cuando Diego lo impidió y se adentró también al reducido espacio. Antes de que pudiera procesar algo, las puertas se cerraron, pero en vez de marcar el número de piso que deseaba, le dio al botón para detener el ascensor.

—¿Qué haces? —le preguntó Alondra con un tono crispado.

Que se hubiera resignado a su destino no significaba que no sintiese rabia contra la bruja oxigenada que se había salido con la suya, y aunque Diego seguía inspirándole la misma simpatía de antaño, una parte de sí lo odiaba solo por ser el esposo de esa arpía, y su orgullo se resentía, y no porque lo amase, sino porque la rechazaron para quedarse con un bruja del siglo XXI.

—Tengo que hablar contigo. Lamento lo que hizo Emma, te juro que si lo hubiese sabido...

—¿Qué? ¿Lo hubieses evitado? ¿Le hubieses guardado ese secreto a tu propio padre, Diego?

Una de las cosas que admiraba de Diego era su nivel de lealtad hacia las personas que quería. Era de ese tipo de gente en la que se podía confiar y ella estaba segura de que de haberse dado el

caso en que Emma le hubiera mostrado primero las fotos a Diego en lugar de al señor Altamirano (cosa de lo más improbable, cabe destacar), el joven hubiera terminado envuelto en un dilema moral sobre a quién apoyar, como seguro estaba en ese momento.

—Yo... voy a hablar con él, creo poder hacerlo entender que...

Alondra sonrió y negó con la cabeza interrumpiéndolo.

—No será necesario que te pongas en esa situación. Estoy bien, de verdad.

Le dedicó su mejor sonrisa a ese hombre que una vez juró amar y que ahora demostraba ser un fiel amigo.

Diego suspiró.

—¿Por qué no piensas el asunto? Mi padre no te dará la espalda si cambias de opinión, solo debes...

—¿Acaso no tengo derecho a rehacer mi vida, Diego? —cuestionó ella consiguiendo que el hombre se apenara.

—No quise decir eso, lo sabes, solo que... ¿con Gabriel Mendoza?

—Es un hombre como cualquier otro.

—Es el hijo de Adrián Mendoza.

—¿Debo juzgarlo acaso por pecados ajenos, que dicho sea de paso, desconozco su nivel de gravedad? ¿Crees que sea algo justo, Diego? ¿Crees que deba catalogarlo de algo sin conocerlo realmente?

Diego no respondió. Él sabía que ella tenía razón.

—No quiero que te hagan daño —confesó—, eres una gran persona, Alondra.

Ella sonrió y enlazó sus brazos al cuello para darle un abrazo y un beso en la mejilla. Ahora que vivía esa situación, se dio cuenta de que consideraba al hombre como un hermano más, solo que menos insoportable que los de sangre.

—Estaré bien —musitó antes de marcar para abrir la puerta. Una vez él hubo salido, y las puertas se cerraban, dijo sin darle chance a replicar—: Mis saludos a la rubia oxigenada.

Karen no se tomó nada bien la noticia del despido de su amiga, y después de soltar un serie de improperios en voz alta, masculló:

—Debiste haberla decapitado, yo te hubiera ayudado con el cuerpo.

Alondra se limitó a convencerla de que todo estaría bien, y se puso a arreglar todo lo pendiente para poder marcharse de ahí lo más pronto posible.

Salió un poco más temprano de lo habitual y, sin pensarlo mucho, se dirigió hacia Ea Construcciones. El vigilante la dejó pasar con una sonrisa amable y ella fue directo a la que conocía como la oficina de Gabriel. Cuando llegó, la escena que vislumbró desde las ventanas la dejó paralizada un momento en su lugar. Una mujer de cabellera negra se enlazaba en el cuello de Gabriel y le daba un efusivo abrazo que duró al menos cinco segundos.

Incrédula ante la belleza de la mujer que percibió cuando al fin se separaron, Alondra abrió la puerta obviando la protesta de la secretaria que quiso detenerla y con el tono más afable que pudo

recolectar, saludó.

—Hola. ¿Interrumpo?

La pelinegra se giró hacia ella y la observó con curiosidad. Gabriel sonrió y se acercó a ella tomándole la mano para instarla a acercarse.

—Alondra, qué sorpresa. Para nada, llegas en un momento oportuno, mira, te presento a mi hermana. Samanta, ella es Alondra, mi novia. Alondra, ella es Samanta Mendoza.

Alondra se sintió algo tonta por haber sentido celos en un principio, pero intentó demostrar tranquilidad y saludó con amabilidad. Samanta parecía más o menos de su misma edad, y ahora que se fijaba bien, tenía cierto parecido con su hermano.

—Así que tú eres la famosa Alondra —comentó Samanta mirando de arriba abajo con una sonrisa en los labios, como si hubiese algo en ella que le complaciese—, me han hablado mucho de ti.

—¿En serio? —Miró con curiosidad a Gabriel que ahora miraba a su hermana con una expresión ligeramente extraña: el comentario no le hizo mucha gracia, por lo visto, y es que siendo como era, un hombre no dado a expresar abiertamente sus pensamientos, que alguien más lo hiciera por él tampoco parecía de su agrado.

Samanta, en cambio, que era notable poseedora de un afable carácter, ignoró la mirada de advertencia del hombre y le sonrió a Alondra.

—Oh, sí, y muchas cosas buenas he de decir, tantas, que empecé a creer que solo eras poseedora de virtudes, y no, no estoy exagerando, Gabriel, no me mires con esa cara. —Ambas observaron a Gabriel que tenía una expresión de molestia en el rostro—. ¿Me vas a decir que es mentira?

—Todavía no me has dicho a qué has venido —evadió este, y Samanta le guiñó un ojo a Alondra y gesticuló algo que sonó como “el que calla otorga”.

—A saludarte. ¿A qué si no? Llevo meses fuera del país y lo primero que quería hacer al regresar era ver a mi hermano favorito.

—Soy tu único hermano —recalcó él.

—Gracias a la divina providencia, no creo haber podido tolerar más.

—Suertuda. —Alondra rio—. Yo tengo cinco.

—¡Santo Dios! —La mujer se puso una mano en el pecho en expresión dramática—. Eso sí es un castigo. De pequeña apenas me lo aguantaba a él, crecer con cinco... —Hizo un cómico estremecimiento como si la sola idea de imaginarlo la horrorizada—. Es mejor no pensar en ello —se dijo.

Alondra sonrió y miró a la mujer, le agradaba.

—Creo que he interrumpido un reencuentro, lo mejor será que me vaya... —comenzó Alondra, pero las dos voces al unísono la detuvieron.

—Espera —dijeron ambos.

—No interrumpes nada, de hecho, me harías inmensamente feliz si no me dejas sola con él

mucho tiempo. Lo quiero y todo, pero ya sabes, si no te llevas mal con tu hermano...

—No es tu hermano —culminó Alondra, y la mujer asintió.

—Y a mí, me harías el enorme favor de hacer más soportable su visita —comentó Gabriel, y Samanta rio—. Es extraño verte por aquí. ¿Has salido más temprano?

Alondra dudó en si decirle o no los motivos de su salida temprano, pues no querría amargarle la visita de su hermana. Al final decidió posponerlo.

—Sí. No tenía nada que hacer —mintió y él la miro de forma inquisitiva, como si de alguna forma presintiese su mentira, pero ella se giró hacia Samanta para evadirlo—. ¿Dónde has estado?

Esa pregunta bastó para que Samanta se desviviera explicando todos y cada uno de sus días en los diferentes países que visitó durante sus vacaciones. Al parecer la joven, que resultó ser abogada, había pasado por una mala situación sentimental y decidió viajar para olvidar los males. Estuvieron un rato interrumpiendo el trabajo de Gabriel y hablando de las diferentes costumbres de los demás países, hasta que una visita un tanto desagradable los interrumpió.

—¿Quieren que les mande a pedir un té, un café? Quizás deseen un par de galletas y unos asientos más cómodos, después de todo, jamás imaginé que una oficina era para conversar sobre la vida.

Todos, sin excepción, se giraron para ver al hombre en la puerta. A pesar de no haberlo visto nunca, Alondra tuvo la certeza de que el gigante malhumorado que tenía frente a sí no era otro que Adrián Mendoza, y no solo por el increíble parecido que guardaba con su hijo, sino porque tenía la misma aura oscura que había descripto el señor Altamirano.

De presencia imponente, Adrián Mendoza lucía el digno aspecto de un hombre acostumbrado a que se hiciera su voluntad. Sus rasgos eran duros, sus ojos fríos y su boca se contraía en un severo rictus debajo de un profundo bigote canoso. A diferencia del señor Altamirano, este sí tenía de negro sus canas y tenía un interés especial en parecer pulcro, pues su ropa era perfecta y no portaba ni una arruga. Su cabello estaba perfectamente peinado hacia atrás y su bigote parejo.

Observó con disimulo cómo, por el rostro de los hermanos Mendoza, aparecía una expresión disimulada de fastidio.

—¿Tú qué haces aquí? —le espetó a Samanta—. ¿No tienes mejores cosas que hacer que venir a molestar a tu hermano? Si no quisiste estudiar arquitectura, lo mejor será que no pongas un pie aquí y vayas con tus libros a defender a un pobre inocente.

Sin parecer afectada por el insulto, Samanta, que había estado semisentada en el escritorio, se acomodó y después de darle un beso en la mejilla a Gabriel, se encaminó a la puerta.

—Si no tienes nada que hacer, Gabriel —lanzó una significativa mirada a Alondra—, iré más tarde a tu departamento. —Luego, miró a su padre y murmuró con semblante y voz que eran la viva representación de la indiferencia—. Qué gusto volver a verte, padre. —Dicho eso, se marchó.

—¿Y ella, quién es? —indagó Adrián Mendoza mirando a Alondra.

—Mi novia —respondió Gabriel cortante, mirando a su padre con ¿amenaza?—. ¿Querías algo?

—No seas grosero, Gabriel, al menos preséntamela. —Miró a Alondra con una extraña mirada que le hizo dar, por inercia, un paso atrás. Como si presintiera su desconfianza, Gabriel se interpuso entre ellos.

—Se llama Alondra. Alondra, él es mi padre.

—Mucho gusto —murmuró esta por educación, pero no hizo amago de acercarse para estrecharle la mano.

Adrián Mendoza tampoco hizo ningún intento por responder, la miró de una forma extraña y luego una sonrisa perversa se formó en su rostro.

—¿Alondra Saldivia, por casualidad?

Para pesar de Gabriel, esta asintió.

—Así que... saliendo con la competencia. Al menos espero que...

—Alondra, ¿podrías por favor dejarnos solos? —interrumpió con tono amable Gabriel, pero ella sabía que más que una petición, era una orden.

Tampoco dispuesta a quedarse mucho tiempo con ese insoportable hombre, ella musitó una disculpa y salió del lugar, al fin y al cabo, tenía que encontrarse con su hermano.

Cuando él estuvo seguro de que ella ya se había marchado, cuestionó:

—¿Qué haces aquí? —preguntó a su padre con voz cortante.

La relación entre su padre y él nunca había sido excepcionalmente buena. De hecho, ambos hermanos habían descubierto hace algunos años que su progenitor no era de aquellos dados a mostrar cariño a su familia, sino de esos que la veían como una obligación y pensaban que con solo aportar dinero, todo era feliz y contento. Gabriel nunca entendió cómo su madre, un alma tan contenta y vivaz como la misma Samanta, podía seguir atada a ese hombre que hasta ahora solo había demostrado frialdad, ni siquiera llegaba a concebir el motivo de su boda. De niño nunca había llegado a observar una muestra de cariño entre la pareja, ni siquiera una sonrisa amigable.

Con los años, había dejado de darle vueltas al asunto y se concentró en su vida. Adrián Mendoza quería que ambos hijos estudiaran carreras que les permitieran hacerse cargo del negocio, pero para su infinita desgracia, solo Gabriel había accedido, y solo porque una parte de él seguía siendo en ese momento el niño que deseaba llamar la atención del hombre que le dio la vida. No funcionó, claro estaba. Adrián Mendoza vio la decisión de Gabriel como si fuera su obligación y tomó la de Samanta por volverse abogada una ofensa. Para suerte de su hermana, su cerebro le permitió ganarse una beca y pudo estudiar sin mucho conflicto.

—Necesitaba que fueras a supervisar algo y tu secretaria no quiso pasarte la llamada porque estabas “ocupado” —respondió su padre con el mismo tono frío que lo caracterizaba. Miró el lugar por el que había desaparecido Alondra y una sonrisa algo aterradora se formó en sus labios —. Muy bonita la arquitecta, nunca imaginé que se podía combinar tan bien cerebro y belleza. — Volvió su vista hacia donde estaba Gabriel y habló con voz firme—: Tráela hacia acá.

Gabriel no se inmutó. No era la primera vez que le decía esas palabras, pero tampoco era el motivo principal por el que él hubiese querido llevar a cabo su plan. No, hace tiempo que el

ingeniero Mendoza sabía que nada de lo que hiciese complacería a su padre por completo. El motivo por el que había llevado a cabo ese descabellado plan era porque sabía que en verdad era ella lo que Ea necesitaba, y quizás, solo quizás también podía demostrarle a Amanda lo fácil que se la podía reemplazar. No obstante, ahora que se planteaba el asunto, no sabía si era la mejor idea. A estas alturas debía saber que la mujer era demasiado leal para acceder cambiarse así como así de trabajo, eso sin contar que no le gustaba nada la forma en que su padre la miró. Un instinto sobreprotector se instaló dentro de su pecho y la necesidad de mantenerla alejada de aquel hombre que sabía no era el más fiel de los esposos se volvió de pronto vital.

Con unas ganas de no hacerle ver la batalla ganada, respondió:

—¿Qué te hace pensar que puedo hacer eso? Es mi novia, pero no tengo poder sobre sus decisiones.

El rostro de Adrián Mendoza no cambió su expresión indiferente, al contrario, en sus ojos destelló un brillo de desafío que lo puso en alerta.

—Por Dios. ¿Me vas a decir que la hiciste tu novia solo porque te gustó? —No le dio tiempo a responder, pues siguió hablando—: No digas tonterías ni te dejes llevar por sentimentalismos tontos. Tráela aquí o...

—¿O qué? —insistió Gabriel al ver que el hombre callaba.

—O le digo los verdaderos motivos por los que aparentas quererla —amenazó.

En un gesto involuntario, el cuerpo de Gabriel se tensó echando por tierra cualquier posible argumento que pudiera negarle a su padre sus sentimientos. Adrián sonrió sabiéndose victorioso y salió del lugar dejándole las indicaciones de lo que tenía que hacer.

Gabriel no se movió de su sitio y maldijo unas cuantas veces a su progenitor, diciéndose que no se saldría con la suya.

Por muy irónico que resultase, ahora su objetivo había cambiado y era mantener a Alondra lejos de ese lugar. De nada le servía negar que ella le importara más de lo esperado e incluso puede que se estuviera enamorando. Si era así, no podría cargar en su conciencia el peso de haber jugado con sus sentimientos solo para llevarla ahí, aunque las cosas hubieran cambiado, aunque sus sentimientos no fueran los mismos.

Con una sonrisa sarcástica en la cara, se llamó a sí mismo iluso por haber siquiera pensado que ese juego le saldría bien. Carlo se lo advirtió, pero había tenido que suceder para darse cuenta de que, a veces, la vida actuaba de formas muy irónicas. Lo que sentía en ese momento por ella se había vuelto un sentimiento de tal magnitud que la mínima posibilidad de hacerle daño le hacía sentir como el peor de los canallas. Se había acostumbrado en poco tiempo a su sonrisa, al brillo pícaro de sus ojos, a su forma convencional de ver la vida, e incluso, podía aceptar sin ningún problema el hecho de que fuera una pésima cocinera. Se había acostumbrado a toda ella y el pensamiento que se alejara conseguía deprimirlo.

Analizó la situación en la que se encontraba y la amenaza de su padre. No dudaba de que el hombre fuera capaz de semejante bajeza, pero él no le daría oportunidad de salirse con la suya.

Haría que ella se enamorara de tal forma de él que le fuera imposible creer las palabras de un viejo resentido. De él dependería que Alondra Saldivia jamás se enterase de por qué comenzó todo ese asunto, y pronto, si tenían suerte, en unos años el asunto carecería de importancia.

Capítulo 13

Sentada en una de las mesas de la heladería, Alondra tomó una cucharada del helado de chocolate que se acababa de comprar y casi grita “Aleluya” cuando vio a su hermano caminar hacia ella.

Para ser abogado, Danilo Saldivia era bastante impuntual. Había quedado con él a las 6 en el parque y ya eran cerca de las seis y media. No es que fuera un retraso monumental, pero a ella no le gustaba la impuntualidad, y más cuando lo que tenían que hablar era algo importante.

Observó cómo se acercaba y detalló todos los detalles que hacían de su hermano un ser codiciado. Era apuesto, para qué negarlo. Su cabello era oscuro, pero no negro como el de ella, sino más bien castaño. Sus ojos eran marrones como los de su madre y su cuerpo demostraba un arduo trabajo en él. Vestía tan elegantemente como siempre y sus lacios cabellos estaban un tanto alborotados dándole un aspecto bastante contradictorio... ¡Un momento! ¿Alborotados? Con el ceño fruncido, achicó los ojos y solo cuando pudo verlo bien, soltó un gruñido de frustración.

—Pedí ver a Danilo, no a su copia —reprochó Alondra cuando él estuvo lo suficientemente cerca para escucharla.

Ricardo Saldivia ignoró el comentario cortante y se sentó en el puesto libre frente a sí. Tomó la otra cucharilla que por algún motivo habían puesto en su helado y le robó un poco a la vez que decía:

—Alondra, qué bueno verte.

Ella arrugó más el ceño y alejó su helado de su alcance. Su hermano hizo un puchero, pero luego sonrió.

—¿Y Danilo? —exigió saber.

Ricardo mostró una expresión de disculpa.

—No pudo venir —lo excusó—, me dijo que tenías un problema y me ha mandado a ayudarte. Mi especialidad son los casos de familia, pero... supongo puedo serte de ayuda. Así que, ¿en qué lío te metiste, Alondra?

Alondra suspiró. Había tenido que inventarse un problema para convencer a su hermano de que la viera ese mismo día y de nada había servido.

—En ninguno, lo que sucede es que... —Le dio un manotazo cuando vio que intentaba robarle más helado—. ¡Cómprate el tuyo! —exclamó—. Tienes más dinero que yo.

—No seas avara, hermana, dudo que te paguen tan mal para que no puedas brindarle un helado a tu hermano —se burló. De los gemelos, Danilo era el simpático de ambos. Solía tomar las cosas con mucho amor, aunque cualquiera que lo viera en un juzgado jamás lo creería, pues su cara se volvía granito y toda expresión se borraba de sus ojos.

—Me despidieron —informó sin emoción y volvió a alejar su helado. A la próxima pedía una barquilla en lugar de una tina—. Tengo que ahorrar dinero.

Ricardo abrió los ojos sorprendido.

—¿Te despidieron? ¿Por qué?

—Por iniciar una relación amorosa con el hijo de la competencia. —Alondra comió de su helado, o lo que quedaba de él.

Ricardo compuso una expresión pensativa.

—¿Estabas acaso pasando algún tipo de información? ¿Los traicionaste de alguna manera...?

—¡Claro que no! ¿Acaso no me conoces? —preguntó ofendida—. Además, comenzamos ayer —añadió.

Ricardo asintió y volvió a quedarse un momento en silencio.

—Sabes, mientras no se compruebe que perjudicas de alguna forma a Altamirano's, salir con el hijo de la competencia no debería considerarse una causa válida de despido...

Alondra le hizo una seña con la mano para que parara el discurso. Ella no estaba interesada en iniciar una disputa legal contra el señor Altamirano.

—Olvidalo. Estoy segura de que conseguiré algo.

—¿Te irás con ellos?

Ella sabía a qué se refería y negó con la cabeza. Sabía que existía la posibilidad de que la despidieran, pero jamás se imaginó irse a Ea en caso de que sucediera. Seguía siendo una cuestión de lealtad, y si Gabriel la apreciaba, la entendería. Además, después de conocer a Adrián Mendoza ese día, algo en ella le causó cierta repulsión hacia el lugar, como si su aura negativa contagiara cada metro que pisara y, por inercia, alejara a la gente.

—Umm... Tengo contactos. ¿Quieres que te ayude? ¿Deseas trabajar en una empresa? ¿De forma individual?

—Tal vez pruebe suerte sola. Si me ayudas, serás mi hermano favorito

Ricardo blanqueó los ojos y una sonrisa pícaro se formó en su rostro.

—Entonces... ¿Me darás de tu helado?

—No —negó y como si quisiera dejárselo claro, terminó lo poco que le quedaba.

Su hermano soltó una carcajada y la dejó sola un momento para irse a comprar su propio helado. Cuando regresó, traía dos barquillas, una doble de parchita y pie de limón para él, y otra sencilla de chocolate para ella. Alondra miró a su debilidad y luego a su hermano con idolatría.

—Te amo —declaró.

—No lo digas muy alto. —Ricardo miró a los dos lados como si quisiera asegurarse de que nadie los oyera—. La gente puede malinterpretar y creer que tengo muy mal gusto para elegir

pareja.

Si no hubiera sido un pecado imperdonable, Alondra le hubiera lanzado el helado encima por payaso. Así pues, lo dejó pasar.

—Entonces —continuó Ricardo—, si no estás en ningún problema legal, ni quieres se restituida en tu trabajo, ¿por qué querías ver a Danilo con tanta urgencia?

Alondra suspiró y dudó en si contárselo o no. Al ser gemelos, el lazo que unía a Ricardo y a Danilo era bastante grande, difícilmente había algo que uno no supiese del otro, y si había alguien capaz de hacerlo reconsiderar el asunto, ese era Ricardo.

—¿Conoces a la nueva novia de Danilo?

—¿Amanda? —Ricardo hizo una mueca de desagrado cuando Alondra asintió—. Me la presentó el otro día. Una mujer muy hermosa sin duda, pero un tanto...

—¿Mala?

—Sí... ¡No! Es decir... ¿por qué hablamos de ella? —terminó preguntando y Alondra le contó todo.

—Creo que solo está jugando con Danilo —culminó y a ese punto, el rostro de Ricardo había dejado a un lado todo rastro de afabilidad.

—¡Maldita bruja! ¿Estás segura de que estamos hablando de la misma mujer?

—¿Una pelirroja de ojos verdes y muchas pecas? —Ricardo suspiró y asintió—. Sí, es la misma.

—Ya que no ha venido hoy... ¿Podrías hacérselo saber tú? Con mucho tacto por supuesto, ya él se encargará de lo demás.

Ricardo asintió.

—Lo intentaré, pero no te garantizo que no pedirá tu testimonio más adelante. Parece verdaderamente interesado en la mujer, aunque a veces lo saca de quicio. En fin, ahora mismo iré a verlo. —Se levantó y tiró la servilleta que antes tenía en un contenedor cercano de basura—. ¿Trajiste tu moto o quieres que te lleve?

Alondra no respondió inmediatamente sino que revisó los mensajes de su celular. Había uno de Gabriel preguntándole si estaba en su casa. Ella le respondió que iba en camino y se giró hacia Ricardo.

—Traje mi moto. Adiós, hermanito —se despidió con un beso en la mejilla y se apresuró a buscar el medio que la llevaría a casa rápido.

Ricardo blanqueó los ojos ante el fastidioso apelativo, y se buscó su propio camino.

Cuando llegó a la casa, el auto de Gabriel estaba aparcado frente a la acera y él se encontraba recostado en la reja de entrada.

—¿Llevas mucho tiempo aquí? —le preguntó abriendo el pequeño portón y haciéndole una seña para que la siguiera.

Ambos entraron a la casa y Gabriel se dejó caer en uno de los sillones. Ella le ofreció algo de tomar, pero él se negó, entonces ella se limitó a sentarse a su lado.

—¿No ibas a ver a tu hermana hoy? —le preguntó.

Él le puso un brazo alrededor de sus hombros y la atrajo hacia sí. Pronto ella se encontró recostada en su pecho.

—Tal vez más tarde, vivimos en el mismo edificio —explicó—. Ahora... ¿Por qué mejor no me dices el motivo de que te presentaras en Ea tan temprano?

Alondra compuso una sonrisa amarga.

—Me despidieron.

En su favor, podía decir que lo había sorprendido. Gabriel abrió los ojos y la miró esperando algo más detallado, pero como no dijo más, habló:

—¿Fue porque te fui a buscar a la empresa?

Alondra supuso que Emma debió haberlos visto salir, así que sí, en teoría era su culpa, pero tarde o temprano pasaría.

—Fue por una bruja oxigenada a la que le caigo mal —espetó con desdén y recostó su cabeza en el hombro de Gabriel—, pero sucedería tarde o temprano, ella solo adelantó las cosas.

Gabriel no necesitó mucho para saber que esa bruja oxigenada era la esposa de Diego Altamirano. Hace unos días, hubiera visto ahí la oportunidad perfecta, pero en ese momento solo pensaba en ayudarla.

—Si quieres puedo ayudarte...

—Ricardo aseguró que podía ayudarme. Tiene contactos por todos lados.

—¿Ricardo?

—Mi hermano —aclaró ella y sonrió cuando vio que el semblante de él se relajaba—. El gemelo de Danilo.

—¿El otro abogado?

—Sí.

—Tienes muchos hermanos —se quejó el hombre intentando recordar los nombres de los demás.

—Para mi gusto sí. Danilo, Ricardo, Manuel, Ángel y Alejandro —dijo como si le leyese la mente—. En fin. Iba a hablar con Danilo hoy, pero como buen hermano me dejó plantada y mandó a Ricardo —ironizó—, aunque él prometió que trataría el tema.

Gabriel asintió y con la yema de los dedos acarició el espacio entre el cuello y el hombro que la camisa de ella dejaba al descubierto. Ella cerró los ojos unos segundos sumiéndose en las sensaciones antes de volverlos a abrir y clavarlos en esos ojos grises azulados que estaban fijos en los de ella.

—De todas formas, lamento lo de tu trabajo. Sé que le tenías bastante aprecio a Rafael Altamirano. Aunque creo que el hombre ha exagerado un poco.

Ella se encogió ligeramente de hombros y embozó una ligera sonrisa.

—Estoy segura de que todo será para bien.

Gabriel se quedó unos minutos en silencio, como si estuviese pensando en algo, aunque la

caricia de sus dedos sobre su cuello no cesó y eso le causó a Alondra una considerable disminución de su capacidad natural para prestar atención, tanta, que no escuchó lo que Gabriel le preguntó y tuvo que pedir que lo repitiera.

Él sonrió y volvió a decir:

—¿Quieres irte de viaje conmigo este fin de semana?

La lucidez volvió a ella con la rapidez de un rayo y la obligó a analizar la pregunta. ¿Un viaje con él el fin de semana?

—¿A dónde?

Él abrió la boca como para decirlo, pero al final pareció pensárselo mejor porque respondió:

—Es una sorpresa.

—Quiero saber. —Lloriqueó.

—Si lo sabes, dejará de ser una sorpresa.

—Soy muy curiosa —protestó—, no serás capaz de tenerme así hasta el viernes.

La cara de Gabriel demostraba lo mucho que le divertía su insistencia.

—La curiosidad mató al gato.

—No. Le salvó la vida.

—¿Cómo? —Intentó fruncir el ceño, pero solo le salió una sonrisa.

—Simple, si el ser humano no hubiera sido curioso por naturaleza, no estaríamos ahorita en donde estamos. Si las personas a lo largo de la vida no hubieran desarrollado una curiosidad por lo desconocido, posiblemente ahora no tendríamos remedios para casi todas y cada una de las enfermedades habidas y por haber, ya que nadie hubiera investigado más a fondo el funcionamiento del cuerpo humano. Si la gente no hubiera sido curiosa, no sabríamos por qué el cielo es azul, porque las estaciones cambian, jamás se hubieran hecho experimentos de todo tipo y posiblemente viviríamos en las cavernas aún. En otras palabras, gracias a la curiosidad y el ansia de aprender es que estamos en donde estamos ahora, y por ello, la curiosidad le salvó la vida al gato y tú tienes que decirme a dónde vamos.

Gabriel soltó una carcajada que retumbó en toda la casa mientras Alondra intentaba fingirse ofendida.

—¿Cómo planeas que viaje contigo sin saber a dónde? ¿Cómo sabré qué llevar?

—Ustedes se complican mucho la vida. Empaca ropa cómoda, confórmate con ello. —Dicho ello, y para que no hablara más, la besó por un largo rato.

Alondra le rodeó los brazos con los hombros y le respondió el beso con fervor.

—¿Quieres cenar? —le preguntó ella entre sus labios.

—¿Vas a cocinar tú? —se burló.

—Solo si quieres comer quemado. Pensaba pedir pizza.

—Pidamos pizza entonces.

Llamaron y la pizza llegó en exactamente una hora. Mientras comían, contaron anécdotas y rieron de cosas bobas. Ella le preguntó por su hermana y él le dijo que mejor se reuniría con ella

al día siguiente.

Estaban besándose cuando el timbre sonó rompiendo el ambiente de camaradería que se había empezado a formar. Alondra abrió la puerta y una Karen molesta entró en la casa.

—¡Es un maldito desgraciado! Ah, no puedo más, ya no puedo más. Me meteré a un convento. Sí, eso haré, pregúntale a Ángel si... —Se detuvo cuando se percató de que su amiga no se encontraba sola. Llevándose las manos a la boca, miró apenada a la pareja—. Dios. Qué inoportuna. Lo lamento mucho, yo... debí haber llamado antes. Lo siento. Me voy. —Hizo ademán de dirigirse a la puerta, pero Gabriel se paró y la detuvo.

—No será necesario, yo me voy. —Acercándose a Alondra, le dio un beso corto en la boca y le susurró al oído—: Avísame si aceptas, de ser así, nos vemos el viernes. —Dicho eso, se fue.

—Creo que he arruinado una posible noche de sexo —comentó Karen con culpabilidad—, lo lamento.

Alondra blanqueó los ojos y le ofreció una sonrisa conciliadora.

—Olvidalo. Mejor dime, ¿por qué te quieres volver monja?

Karen se olvidó de su inoportuna intervención y, dejándose caer dramáticamente en el sillón, empezó a contar su triste situación.

—Fui a verlo. Decidí ir a verlo y enfrentarlo. Sabía que su esposa ya no vivía con él, así que fui a verlo para decirle que aceptaba intentarlo y... ¿sabes con qué me encontré? ¡Con una maldita mujer medio desnuda en su departamento!

Alondra calló sin saber muy bien qué decir, pero no necesitó palabra pues su amiga siguió hablando.

—Se disculpó, me dijo que lo sentía, que pensó que podía cambiar, pero... que la fidelidad y estar atado no podía ser parte de su vida. —Soltó un bufido irónico—. Incluso me propuso que siguiéramos siendo amigos. Justo cuando reconocí que estaba enamorada, que siempre lo había estado a pesar de creerme su amiga.

—Oh, Karen...

Ella negó con la cabeza, no quería recibir lástima.

—Simplemente no era para mí —habló con la resignación de una mujer lastimada. No obstante, el dolor de sus ojos no se veía tan profundo como para afirmar que no se le pasaría después de un tiempo de duelo—. ¿Crees que haya alguien para mí, o le pido a Ángel que me recomiende un convento?

Alondra se echó a reír y le dio un abrazo a su amiga.

—Si llegas a decirlo eso a Ángel, te reprenderá por tomar asuntos sagrados tan a la ligera. Aparecerá alguien, ya verás.

—Espero que sea alguien como él —dijo señalado la puerta por donde había salido hace poco Gabriel—. Se ven felices, me alegro. Creo que después de todo el despido valió la pena, aunque aún quiero quemar a esa bruja.

—Ay, Karen.

Se quedaron hablando un poco más hasta que se hizo tarde y su amiga, sin muchas ganas de tomar un taxi a su casa, decidió quedarse a dormir.

—Lamento nuevamente tener que ser yo tu compañía esta noche —se burló y Alondra le lanzó un almohada.

Alondra le contó lo del misterioso viaje y Karen la reprendió por siquiera pensarlo. Casi obligada, la instó a enviar una respuesta afirmativa a Gabriel y así es como quedó confirmada su salida para el viernes hacia un lugar desconocido. Él solo le dijo que empacara ropa cómoda para todo el fin de semana y ella no pudo hacer más que pasar la semana con la ansiedad a mil, pero también con una extraña sonrisa en la boca pues presentía que algo bueno pasaría ahí.

Capítulo 14

La semana transcurrió en finiquitar todo lo que tenía pendiente con la empresa, despedirse de los amigos, y pensar por horas qué debería llevar para el misterioso viaje que había aceptado casi amenazada por Karen. No es que se arrepintiera ni nada por el estilo, pero para una persona nacida con el pecado de curiosidad excesiva, no era justo lo que ese hombre estaba haciendo. Había intentado sacarle respuestas, pero él solo parecía más interesado en ocultárselo y ella estaba segura de que disfrutaba de su congoja, así que, después de dos días, se dio por vencida.

Al día siguiente de su conversación con Ricardo, había recibido una llamada de Danilo para que le confirmara lo que le había contado al gemelo, pero de ahí no supo en dónde terminó todo ese asunto, pues después de escuchar su testimonio Danilo le cortó el teléfono sin decir ni un “Adiós” y no había vuelto a saber nada de él. Todavía no estaba segura de que involucrarse en el asunto hubiera sido la mejor idea, pero era su hermano, y no podía dejarlo pasar.

El viernes al fin llegó como salvación a su ansiedad y Alondra había empacado todo lo que creyó necesario. Era solo la noche de ese viernes, sábado y domingo, regresando el lunes que era feriado, pero, aun así, llenó una maleta de tamaño mediano, y es que al desconocer a dónde iría, empacó un poco de todo. No es que hubiera muchas opciones, ella suponía que debía ser a otro estado, a algún pueblo, ya que iban en carro, pero iba preparada para todo.

Gabriel fue a buscarla como a eso de las cuatro de la tarde del viernes y emprendieron el viaje hacia destino desconocido.

—¿Al menos me dirás las horas de viaje? —interrogó una vez se pusieron en camino.

Él simuló pensarlo y Alondra le dio un leve golpe en el brazo para que respondiera.

—Unas cinco o seis, llegaremos ya de noche y pararemos pronto a cenar.

Su mente se puso a trabajar y pensó a qué lugares se podía llegar entre cinco o seis horas de viaje en carro. Debió pasar un buen rato en silencio intentando recordar, o su expresión delataba sus intenciones, pero él soltó una carcajada.

—¿No te das por vencida? Espera un poco.

Ella hizo un puchero de niña pequeña, pero asintió y se limitó a observarlo por al menos quince minutos enteros.

No portaba el traje formal que siempre lo caracterizaba, al contrario, tenía puestos unos jeans y una franela negra bastante informal. Nuevamente, no pudo evitar sacar conjeturas de a dónde

irían...

—Ya deja de pensar en ello —reprendió él como si le leyera la mente—, pronto lo sabrás.

Ella suspiró derrotada y decidió mirar por la ventanilla.

Después de una hora en completo silencio, viendo las calles y las casas desvanecerse detrás de sí, Alondra se empezó a aburrir. Era de ese tipo de personas que necesitaba estar en acción constante o se inquietaba con facilidad.

Como si fuera capaz de percibir su intranquilidad, él la miró de soslayo antes de preguntar:

—¿Por qué prefieres las motos?

Alondra agradeció que sacara un tema de conversación y sopesó la respuesta un segundo, antes de encogerse de hombros.

—No lo sé. Supongo que porque son más rápidas y cómodas.

—Eres la primera mujer que conozco que se atreve a manejar una. A muchas les da pavor incluso montarse a una.

Ella formó en sus labios una sonrisa burlona.

—Y por eso es que la sociedad termina asociando ciertas actividades al género masculino y femenino. No soy ese tipo de mujeres y no veo por qué no pueda preferir una moto.

—No estoy diciendo que no puedas hacerlo, simplemente comento lo extraño que es el asunto. Mi hermana tuvo una vez un novio con moto y se negó en absoluto a subirse a una después de la primera vez. Decía que se sentía morir en cada curva y que se tuvo que encomendar a todos los santos que se conocía.

—A mí me gusta la adrenalina —aseguró—, quizás sea por eso que las prefiero.

Él le lanzó una ojeada para que ella pudiera distinguir su sonrisa de admiración.

—¿Eres de esa que se tiraría con paracaídas o haría algo peligroso solo por el simple placer de experimentar adrenalina?

—¿Por qué no? A veces el miedo te puede privar de cosas estupendas, entre ellas, la sensación de catarsis y relación cuando experimentas algo que está fuera de lo normal y te pone al límite de tu resistencia. Algún día me gustaría intentarlo, así como también me gustaría viajar, probar todas esas cosas nuevas que te son desconocidas. Conocer nuevas culturas, en fin, me gustaría vivir.

Gabriel guardó un momento de silencio antes de responder.

—¿No vives solo por el hecho de respirar?

Ella rio.

—Creo que eso podría definirse mejor como una acción instintiva, vivir es más una decisión.

Él volvió a mirarla, esta vez como si estuviese viendo a un extraño ejemplar digno de admiración.

—Eres grandiosa —declaró—, nunca había conocido a alguien como tú.

Poco acostumbrada a recibir halagos de ese tipo, Alondra sintió ruborizarse como una adolescente ante su primer cumplido. Miró a esos ojos grises azulados que ahora estaban fijos en la carretera y no por primera vez desde que lo conocía, sintió que algo la envolvía con solo

verlos. Le inspiraban una tranquilidad que recorría cada parte de su cuerpo y su ser parecía envolverse en un hechizo que le nublaba la razón.

—¿Nunca habías conocido a una mujer que no sabe cocinar, que prefiere las motos y que le guste la adrenalina? Lo supongo, no son las características que nos suelen achacar.

Él negó con la cabeza.

—Nunca había conocido a alguien que viera de esa forma la vida. La gente suele acostumbrarse a la monotonía. ¿Sabes? Tanto, que tienes que planificar algo para poder salir de ella porque llega un momento en el que te atrapa de tal forma que es difícil romperla. No es que pueda ser de otro modo, para sobrevivir normalmente hay que crear una organización y repetirla a diario, pero a veces... a veces es bueno cambiar de aires. Olvidarte un momento de todo y sacar planes improvisados para disfrutar.

—¿Como un viaje de fin de semana decidido de repente?

Él sonrió.

—Algo así.

Ella lo observó un momento sin que él se percatase de su escrutinio. Los vidrios del auto estaban abiertos dejando que la brisa entrase y jugase con los cortos mechones lacios que constituían su cabello. El sol, ya en su menos resplandor, utilizaba sus últimos vestigios de fuerza e iluminaba levemente un lado de su cara y parte de sus mechones azabaches se volvían azulados. Observando el rostro firme fijo en la carretera y la presencia imponente de cuerpo sobre el asiento, Alondra se lo imaginó, sin saber muy bien por qué, como aquellos guerreros medievales que luchaban y mataban al dragón por los favores de la doncella, y es que a pesar de no ser el tipo de mujeres que necesitasen protección, su sola presencia parecía dispuesta dársela, sin necesidad de palabras, ni de promesas verbales; ella veía en sus ojos toda aquella seguridad que siempre buscó. Él no era de esas personas que se deshacían en halagos, o se valían de alguna maña sucia para conseguir lo deseado, lo conseguía siendo simplemente él.

—Yo tampoco había conocido nunca a alguien como tú —confesó un rato después.

Vio cómo su ceño se fruncía ligeramente antes de sonreír.

—¿Como yo? ¿Un ser común?

—No, un ser capaz de expresar tanto sin decir nada —dijo, y se dio la vuelta para mirar por la ventanilla antes de ver la expresión de sorpresa de él; no le dio tiempo a replicar.

Alondra cerró los ojos y dejó que la brisa le acariciara la cara. Las horas pasaban y ya no sentía aburrimiento o intranquilidad alguna, ahora parecía bastarle con la música de la radio y el eco de sus propios pensamientos que divagaban sobre lo que sucedía en ese preciso momento, lo que él le inspiraba y lo que eso irremediabilmente terminaría desencadenando.

Ella no quería pensar, no quería imaginar un futuro ni conjeturar sobre lo que sucedería, solo deseaba disfrutar el presente y dejar que el destino se encargase de lo demás, pues al fin y al cabo, este hacía siempre lo que quería sin importar lo que uno se esforzase por hacer las cosas a su manera.

A eso de las siete se detuvieron a cenar en un restaurante de una ciudad cuyo nombre desconocía. Siguieron el camino y la luna ya brillaba en lo alto del cielo cuando la suave brisa que acariciaba su rostro empezó a volverse más fuerte y desprender un olor particular.

Alondra cerró los ojos e inhaló el nuevo ambiente, para luego abrirlos al comprender.

—La playa —susurró y se giró hacia Gabriel—, vamos a la playa.

Él sonrió y eso le bastó como confirmación.

—Debiste habérmelo dicho —reprochó—. ¿Y si no traigo traje de baño?

—Lo traes —aseguró él.

—¿Cómo lo sabes? —retó—. ¿Eres adivino?

—No, solo lo sé. ¿Me equivoco?

Alondra frunció los labios y después sonrió.

—Sí. Solo porque soy una mujer prevenida.

—Solo porque eres mujer y seguramente pensaste en todas y cada una de las posibilidades y por ello empacaste algo para todas ellas.

Ella no supo si debía tomarse eso como una ofensa o un halago, así que no respondió y sacó ligeramente la cabeza por la ventanilla para mirar mejor.

La brisa marina se hacía cada vez más fuerte y unas cuantas casas empezaron a aparecer frente a sí. Él tomó una desviación del camino original y ella pronto se encontró observando arena. Había varias casas, pero todas muy separadas entre sí, como si prefirieran la tranquilidad. Unos kilómetros más adelante, Gabriel se detuvo y ella, sin poder contenerse, se bajó inmediatamente del auto.

La fría arena se coló por sus delgadas zapatillas, pero no le prestó atención, pues su vista se encontraba demasiado maravillada por lo que tenía enfrente. En medio de la arena se alzaba una casa de playa de construcción moderna. De un solo piso, blanca y con gran parte de las puertas y ventanas de vidrio. Se sostenía sobre una base de la que sobresalía un barandal y en la parte de arriba había una terraza.

Subió las pocas escaleras y se pegó al barandal desde donde podía observar la playa a varios metros. Sintió los brazos de Gabriel envolverla por detrás y susurrarle al oído:

—¿Te gustó la sorpresa?

—Me encantó —respondió girándose para quedar envuelta en sus brazos—. ¿Es tuya?

Él asintió.

—Era de mi abuelo, pero murió hace casi un año y me la heredó. Sabía que amaba venir aquí.

—Creo que será un lindo fin de semana —comentó rozando sus labios con los suyos.

—No lo dudes —aseguró tomando posesión completa de sus labios.

El aire libre acarició ambos cuerpos unidos en un beso apasionado, y la luna, en su máximo esplendor, fue la única testigo de lo que sin necesidad de palabras aquello expresó.

Capítulo 15

—Espero fervientemente que no me vayas a quemar la cocina.

Alondra cerró la tapa de la cafetera después de comprobar que el café aún no estaba listo y lanzó una mirada que acusaba al hombre que entraba en ese momento en el pequeño lugar que representaba la cocina. Vestía unos bermudas a media pierna y una sencilla camiseta blanca que se pegaba a sus músculos. Ella, por su parte, había optado por un short y una camisa de tiros que solía usar para estar por su casa.

Después de besarse un rato la noche anterior bajo la luna, ambos habían ido a dormir para relajar los músculos agarrotados por el viaje.

Alondra había despertado primero y decidió prepararse su acostumbrado café matutino, pero no pensaba cocinar desayuno, no después de lo que él le acababa de decir.

—Si quieres asegurarte tú mismo, lo mejor será que el desayuno lo prepares tú —espetó rencorosa apagando el café—, a ver qué tan bien cocinas.

—Te aseguro que mejor que tú. ¿Qué quieres de desayunar? ¿Arepas? Creo que en realidad es lo único que podemos comer. No hay huevos para panquecas o para un omelette. No hay mucho en realidad, debo ir al pueblo a hacer mercado —comentó abriendo y cerrando estantes y confirmando lo que tenían—. Quizás debería ir ahora, ni siquiera hay leche para comer con este cereal —agarró una caja de cereal que se encontraba solitaria en los vacíos estantes y la observó— que, por cierto, está vencido. Sí, definitivamente necesito ir hacer mercado.

Alondra lo ayudó a analizar lo que faltaba y comprobó que tampoco había nada con qué rellenar las arepas, ni mantequilla.

—¿Está muy lejos el pueblo? —preguntó cuando escuchó a su estómago quejarse de hambre. Ella desayunaba inmediatamente después de levantarse porque era de las que amanecía con hambre.

—No, a unos cinco-diez minutos de acá en carro. Creo poder regresar en media hora. ¿Quieres acompañarme?

—Solo si me dejas primero tomarme mi café.

Él asintió sonriendo; ambos se tomaron el café antes de partir para el pueblo. Gabriel parecía saber exactamente qué necesitaban y eso le confirmó al hombre que sí sabía cocinar y que debía hacerlo bien, porque llegó incluso a comprar especias para dar gusto o sabor. Eso la alivió y le

agradó. ¿Un hombre que cocinaba? Jamás creyó tener la suerte de toparse con uno en su vida, y menos con dos si contaba a Diego.

Cuando regresaron, él le preparó un rico omelette con huevos y unas cuantas panquecas. Sí, no se había equivocado, cocinaba delicioso, o quizás solo cocinaba normal y como ella llevaba varios meses comiendo cosas de su propia cosecha cualquier cosa ahora le sabía a ambrosía. No pudo evitar un gemido de satisfacción y él se la quedó viendo con una sonrisa.

—¿En verdad cocinas tan mal? —preguntó curioso viendo divertido como engullía un trozo de panqueca.

Ella masticó y reconsideró la pregunta. Una vez hubo tragado, respondió.

—Apenas es comestible —admitió.

—¿Y sigues viva por...?

Ella se encogió de hombros.

—Algún milagro del destino que no quiere que abandone este mundo cruel —dramatizó, y luego con más seriedad, añadió—: Tuve por mucho tiempo alguien que me cocinaba, pero renunció —mencionó con cierto coraje— y no he conseguido a más nadie. —Y en ese momento tampoco es que tuviera cómo pagarle, lo que le recordó la necesidad de buscar empleo. Pero ya pensaría en ello luego, por ahora, disfrutaría de ese fin de semana que prometía ser interesante.

—Pobre de ti —se burló él al escuchar su tono—, esa mujer no debía tener alma si te dejó a merced de ti misma y tus pocos dones culinarios. Al menos debió esperar a que encontraras un reemplazo.

Eso mismo había pensado Alondra y se lo hubiera reprochado si no fuera porque los motivos eran de carácter mayor. La madre de la señora Carmen había enfermado y no le había quedado de otra.

—Fueron motivos mayores. Pero como ves, estoy viva. Lo que no comprendo es... ¿cómo un hombre como tú sabe cocinar?

—¿Qué quieres decir con “un hombre como tú”?

—Bien posicionado, arrogante, serio, de esos que no tiene necesidad. Jamás te imaginé con una sartén en la mano.

Terminado su desayuno, Gabriel colocó sus manos en la nuca y se recostó en el espaldar de la silla. Con una sonrisa y una ceja arqueada preguntó:

—¿Nunca habías visto a un hombre cocinar? ¿Eres de las que cree que solo las mujeres pueden hacerlo bien?

—¡Por supuesto que no! Lo hago horrible y soy mujer, ¿cierto? Y sí, he visto hombres cocinar —se abstuvo de mencionar que el otro era Diego para evitar confrontaciones. Ella ya no sentía por él más que un cariño y amistad, pero prefería no sacar a relucir el tema—. Solo que jamás te imaginé como uno de ellos. Pero me agrada eso, rompes con los prototipos de sociedad, esos que insinúan que solo la mujer debe hacerlo y el hombre trabajar. Es frustrante pensar que a pesar de haber evolucionado y que se nos permita una profesión, sigamos siendo nosotras las que nos

encargamos de la casa. Es doble trabajo.

—¿No has pensado que quizás es por el bien común? Los hombres somos más despreocupados en ciertos aspectos. Imagínalos llevando una casa. Las cosas tiradas, el piso sin barrer, la ropa sucia, y no es precisamente porque no nos guste agarrar una escoba, sino porque no lo consideramos necesario hacerlo tan seguido. Pero te apuesto lo que quieras a que si ustedes ven un desastre similar les da un ataque histérico.

Alondra frunció ligeramente el ceño consciente de que tenía razón. No era propensa a los ataques de histeria, pero le tenía aversión al desorden. Definitivamente si veía algo así no se pondría nada feliz.

—Está bien, ganas esa. Pero no me niegues que al menos podría cocinar de vez en cuando, y meter la ropa en la lavadora no debería suponer un esfuerzo magnánimo tampoco.

Él se despegó de la silla y se inclinó sobre el pequeño mesón de madera que adornaba el centro de la cocina para poder verla mejor a los ojos. Como siempre, ella no pudo ser capaz de hacer otra cosa que sostenerle la mirada y luchar contra su inevitable atracción para mantenerse cuerda. A veces se preguntaba cómo era posible que una simple mirada pudiera cautivar de esa forma. Cómo podía mantenerte presa e hipnotizarte de tal manera que no pudiera hacer más que quedarte observándola, como si pudieras descubrir algo dentro de ella. Decían que una mirada podía decir muchas cosas, pero para su desgracia, la de Gabriel era demasiado reservada y quizás era eso precisamente lo que atraía, la posibilidad de descifrar el misterio que ocultaba, de observar en su interior y desentrañar todos y cada uno de sus secretos, sus recuerdos, sus miedos y alegrías. Todo aquello que siempre se cuidaba de no mencionar en una conversación.

—Bien. Prometo cocinarte este fin de semana completo —dijo en un murmullo seductor, de esos en los que tenías que afinar los oídos para poder escucharlos y que te marcaban de tal manera que después el sentido auditivo se quedaba anhelando el sonido—, aunque creo que será más por mi bien que por el tuyo.

Ella sonrió y se inclinó también hacia él hasta que sus caras quedaron a un palmo de distancia.

—De todas formas, gracias, mi estómago y yo estaremos infinitamente agradecidos. —Robándole un corto beso en los labios, se alejó rápidamente y dijo—: Creo que me voy a cambiar. Muero por un paseo de playa.

Quince minutos después Alondra se había colocado un traje de baño azul y blanco de dos partes usando el mismo short que tenía para cubrirse mientras llegaban, tomó su cartera y sacó unos lentes de sol que se colocó antes de salir de la habitación. La pequeña casa contaba con dos habitaciones cuyas ventanas daban una maravillosa vista al mar, una sala donde predominaban una pequeña mesa y dos grandes sillones para varias personas, más la cocina y el mesón del centro que servía como comedor.

Salió con cartera en mano y se encontró con Gabriel en la sala. Se había quitado la camisa y dejado los bermudas, aunque Alondra supuso que también se había cambiado.

Sin ningún pudor o disimulo, el hombre examinó desde su abdomen hasta su pecho, pero ella,

lejos de sentirse incómoda, también se quedó observando ese torso de galán de telenovela. Literalmente debían de haberlo sacado de una historia y traído ahí, porque hasta ahora no había visto a alguien tan perfecto. Una reacción similar debió de haber causado ella en él, pues el hombre tardó bastante en despegar la vista de su cuerpo y mirarla a la cara con una sonrisa.

—Creo que no necesitas ese gimnasio que me pediste que te recomendara.

Dado que no era uno de esos hombres que soltaban un cumplido cada cinco minutos, Alondra se sintió verdaderamente satisfecha y su vanidad también. Él buscó unas sillas plegables que guardaba en un pequeño armario y después ambos salieron de la casa y empezaron a caminar con dirección a la playa. Ella sintió cómo la arena caliente traspasaba sus cholas y el aire le golpeaba la cara removiéndole el pelo e inundando sus fosas nasales con ese aroma a sal. Hacía años que no visitaba una playa y su tranquilidad la hacía sentirse bien.

Cuando encontraron un lugar más o menos alejado del resto, él acomodó las sillas y Alondra sacó de su cartera un protector solar. Al ser un fin de semana largo, había algunas personas disfrutando de la playa y el sol, pero la mayoría a varios metros de ellos, pues el lugar tampoco estaba abarrotado como lo hubiese estado si fuera tiempo de vacaciones y no período laboral.

Alondra se untó un poco en los brazos, los hombros y la cara, sabiendo que él no se perdía uno solo de sus movimientos. Con coquetería, se giró hacia él sonriéndole. Alzando el protector preguntó:

—¿Me ayudas con la espalda?

Los labios de Gabriel también formaron una sonrisa que distaba mucho de ser angelical como su nombre debía suponer, al contrario, era una sonrisa perversa que consiguió que un escalofrío de excitación le recorriera el cuerpo.

—Será un placer —respondió en un susurro cerca de su oído.

Tomó el protector de sus manos y untó un poco en las suyas. Alondra se dio la vuelta y dejó que posara sus cálidas palmas en su espalda. El hombre empezó a untar el protector haciendo con sus manos una suave presión, como si de un masaje se tratase. De pronto, el calor empezó a incrementarse y ella reconsideró que tan buena idea había sido pedirle ese favor. No obstante, no pensaba echarse para atrás, menos cuando, con lentitud, él empezó a bajar sus manos por su columna, esparciendo el producto de manera tan lenta y paciente que la hacía cada segundo más consciente de su contacto. Cuando llegó a la cintura y creyó que la dulce tortura de su tacto contra su piel se acabaría, Gabriel la sorprendió atrayéndola hacia sí hasta que su cuerpo quedó pegado de su duro torso.

En una sensual caricia, el hombre se colocó un poco más de protector en sus manos y empezó a untarlo con movimientos circulares por su abdomen. Cerró los ojos cuando sintió el calor que provocaba su tacto en su piel bajar directamente a su vientre y empezar a concentrarse ahí.

Ahogó un suspiro de placer y se obligó a concentrarse en la realidad y no perder el sentido, pero sentir su aliento en aquella parte sensible de su cuerpo no era de ayuda, así como tampoco lo fue la voz ronca con la que murmuró:

—¿Necesitas algo más?

Ella negó con la cabeza y forzó a sus pies a reaccionar y girarse hacia él. A pesar de que sus sentidos estaban sensibles, pudo enfocar bien su vista y alinear sus pensamientos para decir:

—¿Y tú? ¿Necesitas ayuda?

Él solo rio y le robó un corto beso antes de separarse y dejar ansiando más su contacto. Alondra tuvo que contener un gruñido de frustración y respirar hondo para volver a la normalidad. Sus ojos se posaron en las aguas cristalinas de la playa y de pronto se le antojó bastante echarse un baño, así pues, se quitó el short y empezó a caminar hacia la playa. Él la acompañó y Alondra se quedó un momento en la orilla, disfrutando del oleaje.

—¿Vienes? —preguntó cuando empezó a caminar para adentrarse al agua. Estaba tibia, perfecta.

Gabriel no respondió de inmediato, sino que se la quedó mirando un rato mientras se internaba en el agua. Había algo fascinante en la forma en que las olas chocaban contra su cuerpo y el agua acariciaba su sedosa piel por todos lados. Ella se zambulló y, cuando salió nuevamente a flote, echando la cabeza hacia atrás, con gotas de agua deslizándose por su rostro, se le antojó como una de esas ninfas dueñas del agua que eran capaces de hipnotizar con su belleza y voz a cualquier ingenuo pirata o marinero que surcara los mares. Ella no estaba cantando, y tampoco podía ser la venus personificada, pero él podía sentir con exactitud lo que sentían aquellos hombres que afirmaron ver a esas místicas criaturas. Se sentía embrujado, hipnotizado e incapaz de apartar la vista. Se sentía capaz de hacer cualquier cosa por ganar sus favores y fue cuando comprendió que ingenuamente había caído enamorado. Ya lo sospechaba, pero solo en ese instante, cuando se ponía a analizar detenidamente el asunto, tuvo la certeza.

Era algo nuevo y extraño. Había tenido varias relaciones anteriores, pero jamás afirmaría haberse enamorado o siquiera sentir algo similar a lo que experimentaba en ese momento. No era un hombre dado al romanticismo, pero tampoco de los que se tomaba la palabra “amor” a la ligera. Lo de antes fueron pruebas, experimentos, este era el verdadero y no tenía la menor idea de cómo manejar el asunto.

Absorto y sin voluntad, su cuerpo obedeció cuando ella le empezó a hacer señas para que se acercara. Definitivamente debía ser una hija perdida de esas criaturas mágicas, porque de otra forma no entendía ese deseo de seguirla y ponerse a sus órdenes. ¿Hasta ese punto llegaba el amor? ¿Tal era la magnitud del sentimiento que te hacía despojarte de tu voluntad para entregársela a otro?

Alondra observó cuando él se acercó y descubrió algo extraño en su mirada. Algo profundo, atrayente y contagioso porque una vez más se encontró presa en su persona.

Él la atrajo hacia sí y la besó con una intensidad que consiguió debilitarle las piernas y la obligó a sostenerse a él. Las suaves olas los golpeaban, pero no conseguían mover los cuerpos anclados en el lugar, que se besaban apasionadamente como dos amantes sobrevivientes de un naufragio y que se encontraron en la orilla para demostrarse su afecto.

Alondra no sabía con exactitud qué tenía de diferente ese beso de los demás, ya que no se sentía igual. Era más intenso, más profundo, como si sus labios intercambiaran palabras en su contacto que su mente no podía oír o analizar. Su roce parecía más exquisito que antes y ella se dijo que fuera lo que fuera que sucediera diferente, debía ser algo bueno, pues le era imposible pensar que hubiera algo malo en semejante marea de sentimientos exquisitos que la recorrían y que no se podían definir exactamente como deseo. Era algo más, algo especial, algo que definitivamente no podía ser malo. Solo esperaba que fuera duradero.

Capítulo 16

—No te ofreceré mi ayuda, pero sí me encantaría saber qué cocinas. Huele delicioso.

Gabriel giró levemente la cabeza para observar con los ojos llenos de picardía, y después volvió a concentrarse en lo que sea que estuviera preparando y no respondió dejándola con la duda.

—Mejor anda al cuarto a arreglarte y nos vemos en la terraza en dos horas. ¿Está bien? Es una sorpresa.

Alondra hizo un puchero y retomó el camino hacia la habitación. Esa día había comenzado de maravilla con el baño en la playa y prometía terminar de igual forma con esa “sorpresiva cena”. Curiosa como era, no le gustaban las sorpresas, pero en ese caso prefirió no insistir, solo porque lo conocía lo suficiente para saber que no le diría absolutamente nada.

Se dejó caer en la cama y observó por la ventana las olas romper contra el mar, recordando inevitablemente el beso que se dieron en medio de las olas. Calificándose como se calificaba una persona romántica, no podía decir que fuera un beso común, pero todavía no llegaba a encontrar una palabra, además de especial, que lo definiera en su totalidad. Se había sentido tan atraída, tan ligada a él con ese simple beso que empezaba a dudar de sus facultades mentales. Aquellas reconocidas mariposas en el estómago que se utilizan como metáfora para describir el amor se habían instado en todo su cuerpo. Cuando tuvieron que romperlo, el efecto aún pareció recorrer su cuerpo por varios minutos y ni varias zabullidas consiguieron sacárselo de encima.

Después de un rato en el mar, habían terminado dando un paseo por la arena y hablando de cosas triviales, pero ella no pudo quitarse de encima la sensación de que algo había cambiado. Quizás se debiera a que la mirada de él era diferente, o que después del beso se sintió diferente. No lo sabía, pero mucho se temía que se había enamorado.

¿Tenía algo de malo? Claro que no. No tenía nada de malo enamorarse, lo malo era el recelo que seguía sintiendo sobre el tema. Puede que su corazón, muchas veces roto, solo temiera sufrir de nuevo. Si era así, tendría que quitarse esa idea de la cabeza y empezar a ser feliz. No podía privarse de ello solo por el temor de nuevamente salir herida. Era absurdo. Además, esta vez, tenía la impresión de que cupido había acertado a la persona correcta.

Después de una hora entera dándole vueltas al asunto y deleitándose con una nueva posibilidad de ser feliz, Alondra tomó un baño y se empezó a arreglar para la cena.

Se colocó un sencillo vestido de flores que le llegaba poco más arriba de la rodilla, y se maquilló de forma sencilla. Sus rizos los recogió en una cola de caballo alta y salió del lugar con dirección a la terraza. No vio a Gabriel por ninguna parte, por lo que dedujo que ya estaba afuera. Salió de la casa y cruzó el barandal hasta que llegó a las escaleras que la conducirían a la terraza. Fue subiendo poco a poco generándose ella misma una expectativa y, cuando llegó, se quedó estática en su sitio.

Ni las mejores películas de romance pudieron haberla preparado para lo que sus ojos vieron a continuación, y si lo hicieron, sin duda jamás llegó a creer que le sucedería a ella, pues no podía dar crédito a lo que veía.

En medio de la terraza, amparado solo por la luz de la luna, se había colocado una pequeña mesa con un mantel blanco, pero eso no era lo sorprendente, lo sorprendente eran los pétalos de rosas que adornaban el mantel y las velas que se encontraban en el centro. A cada lado opuesto de la mesa había un plato rebosar de comida con dos copas llenas de vino. La botella estaba en el centro preparada por si se quería servir más.

Sintiéndose protagonista de una de las escenas que tanto le gustaba, empezó a avanzar a paso lento y sus ojos intentaron divisar al causante del gesto. Lo localizó cuando una música suave y romántica de Los Beatles empezó a sonar y lo vio ahí, vestido de traje como solía hacerlo y con una sonrisa que podía hacer que cualquiera se derritiera.

—¿Te gustó la sorpresa?

Ella abrió la boca para responder, pero de esta no pudo salir ni una palabra coherente, así que solo asintió pensando que, de todas formas, la respuesta era obvia. ¿A quién no podía gustarle algo así? Se debía carecer de todo vestigio de romance y poseer un corazón tan frío como el hielo.

—Es maravilloso —le dijo en un susurro cuando pudo articular palabra, ya sentada en la silla y observando lo que tenía frente a sí.

La cena estaba conformada por una merluza al horno con camarones, una ensalada de aguacate y gambas, y una tortilla de vegetales; y todo, todo se veía absolutamente delicioso.

—Gracias por esto —susurró y se hubiera parado a besarlo si su estómago no le hubiese reclamado probar esas delicias.

—Me conformo con el placer de ver la satisfacción en tu rostro.

—Te estás volviendo muy romántico —se burló.

—Lo que logras.

Sin saber por qué, Alondra se ruborizó como una colegiala y tomó un poco de la merluza para probarla. Sus papilas gustativas gritaron de placer ante la deliciosa mezcla de sabores y sus ojos se cerraron para degustarlo mejor.

—Qué delicia —musitó cuando tragó—. No me respondiste esta mañana. ¿Dónde aprendiste a cocinar?

Él terminó de masticar la ensalada y respondió:

—Mi mamá desarrolló una afición para que sus hijos aprendieran a cocinar. Decía que era algo

que hombre o mujer debía saber en cualquier caso. —Se encogió de hombros—. Y tú, ¿por qué no aprendiste?

Alondra compuso una mueca resignada.

—Nunca me llamó la atención, así que nunca le presté atención a mi madre. Cuando intenté hacerlo, descubrí que quemaba todo. Soy como el rey Midas, pero en vez de convertir todo en oro lo convierto en cenizas.

Él soltó tal carcajada que se atragantó con lo que estaba masticando. Tuvo que tomar vino para poder recuperarse.

—Me compadezco de tus pobres futuros hijos.

—No te preocupes, les conseguiré un padre que sepa cocinar, o una empleada que lo haga bien.

—El padre sería buena idea —sugirió con una mirada extrañamente significativa—, por si la cocinera se va de improvisto.

Ella le devolvió la mirada.

—Tienes toda la razón.

Cenaron un rato más en silencio y bebieron sorbos ocasionales de vino. La música seguía sonando dándole al ambiente un aura de complicidad, y la luna, como máxima soberana de la noche, era la única que los acompañaba y observaba sus significativas miradas desde su privilegiado puesto.

La comida se acabó y él la sorprendió con un delicioso quesillo para pasar el sabor. El vino de las copas se acabó y lo volvieron a llenar, necesitados de algo que pusiera su cuerpo en sintonía con el ambiente.

—Te propongo un brindis —habló él de repente—. Brindemos por la felicidad absoluta y por nosotros, porque esto que acaba de comenzar sea duradero y no efímero. Porque podamos formar algo donde el pasado no cuente y el futuro no importe, solo el presente y lo sentido en el momento.

Él alzó la copa y Alondra tardó un momento en reaccionar y alzar la suya. Las palabras la calaron hondo y la tomaron desprevenida, a la vez que le hicieron formar un mar de esperanzas con respecto a lo que se avecinaba. ¿Significaba eso que él también estaba dispuesto a iniciar algo serio? ¿Que estaba dispuesto a intentarlo?

Alzó la copa dubitativa y la chocó con la suya, sintiendo que, con el gesto, acababa de firmar algo irreversible.

Bebieron al mismo tiempo de sus copas sin apartar sus miradas y solo cuando el líquido se acabó, uno de los dos se atrevió a hablar.

—¿Bailamos? —sugirió él cuando empezó a sonar *Entra en mi vida* de Sin banderas.

Ella asintió por inercia y se levantó, tomando su mano. Colocando sus brazos en su cuello, y él las suyas en su cintura, pegaron sus cuerpos y empezaron a moverse al compás de la música.

—Nunca nadie había hecho un detalle tan bonito como este —le comentó mientras la música los envolvía, haciendo de sus cuerpos pesados, consiguiendo que estos buscaran apoyo en el otro.

—Entonces nadie te valoró lo suficiente. Creo que cualquier persona que lo hiciera se

desviviría por hacerte sentir especial —le susurró él a su oído pegándola un poco más hacia él.

Alondra se quedó un minuto en silencio analizando las palabras. Se le hacía difícil creer que el hombre que le estaba diciendo palabras tan bonitas era el mismo hombre serio y reservado que conocía. Cerró un momento los ojos dejando que sus oídos hicieran eco de sus palabras y disfrutándolas hasta que terminaron de desaparecer. Entonces lo abrió y le regaló una sonrisa.

—Solo con esas palabras me haces sentir especial, creo que siempre has conseguido que me sienta especial a tu lado —confesó en un susurro alzando la cabeza para no perderse la magnificencia de su mirada.

—Es un alivio saberlo, porque tú causas en mí el mismo efecto.

Ella no respondió, se perdió en su mirada y en su voz sensual. Sintió de forma más profunda su presencia y supo que no había duda, se había enamorado.

*Estos días
a tu lado me enseñaron que en verdad
no hay tiempo determinado
para comenzar a amar.
Siento algo
tan profundo que no tiene explicación.
No hay razón ni lógica en mi corazón.*

Siguió sonando la música mientras la pareja se movía al compás de ella. Disfrutando de su compañía, de la presencia del otro y del placer de juntar sus cuerpos en la danza.

—Gabriel... —musitó incapaz de quedarse callada—, ¿te parecería muy absurdo si te digo que me he enamorado de ti?

Gabriel se quedó en silencio haciéndole temer haberse apresurado, pero esa no era su intención, sino saborear con victoria, alegría y satisfacción el hecho de saberse correspondido.

—No —respondió él—, no me parece absurdo porque me pasa exactamente lo mismo.

Sin darse oportunidad de decir más, unieron sus labios en un tierno beso que reafirmaba todas y cada una de las palabras dichas, y sellaba las promesas hechas en forma silenciosa. Desapareció la distancia que había entre ellos y sus cuerpos se rozaron en su totalidad, deleitándose en su calor y en el sabor del otro. Las manos de él empezaron a vagar por la espalda de ella como esa mañana, pero esta vez de forma más tierna y sensual. Ella bajó sus palmas para palparle el pecho buscando alguna forma de quitar las prendas de encima para tocar su calor y él empezó a hacer lo mismo. Casi sin darse cuenta, habían entrado en la casa y empezaron a dirigirse a la habitación. No estaban seguros de a cuál de las dos llegaron, pero eso no importó. Las prendas empezaron a desaparecer en algún punto del camino y las caricias se volvieron más atrevidas y audaces.

Se besaban como si no hubiera mañana. Como si fuera menester hacerlo ahora y consumir sus sentimientos porque después no podrían. Se amaron y se entregaron como pocas personas lo hacen, haciendo honor a la promesa de no pensar ni en el pasado ni en el futuro, porque nunca se sabía lo cruel o afortunado que este podía ser.

Capítulo 17

Todavía no podía creerlo.

Sentada en el sofá de su casa el martes por la mañana, Alondra, en lugar de estar buscando trabajo como debería hacer, estaba pensando en ese maravilloso fin de semana con Gabriel y las consecuencias de este. Aún no podía creer haber encontrado tan pronto una pareja que despertara sentimientos tan profundos después de lo de Diego. De hecho, le parecía tan inverosímil que se le tornaba un poco irreal. Ella habría jurado y perjurado frente a un juzgado hacía un mes estar enamorada de Diego, pero, en ese momento, solo le parecía un pasado lejano, algo a lo que le dio más importancia que la que en realidad tenía, cosa que la hizo comprender que aquello no fue más que la ilusión del amor perfecto, pero en realidad no lo era, ahora ¿sería lo de Gabriel algo similar? ¿O esta vez sí se trataba de algo más profundo?

Las personas solían decir que el verdadero amor solo se encuentra una sola vez en la vida y lo demás no son más que ensayos, y en ese instante creía que sí era verdad. Sentía que en esta ocasión todo iba tomando un matiz más serio que sus antiguas relaciones, y es que tenía que admitir que nunca antes había experimentado algo semejante. Nunca antes se había sentido tan especial con alguien. Nunca antes le había importado de tal forma nadie, pero sobre todo, nunca antes se había alegrado tanto al escuchar un “te amo” de la boca de alguien como ese día de la cena.

Él sábado fue, sin duda, un día que recordaría en su memoria por toda la eternidad y el domingo tampoco fue para menos. Habían jugado un rato en la playa y en la noche habían cenado otra exquisitez de Gabriel, pero fue especial porque ya no sentía necesidad de ocultar lo que sentía y saberse enamorada hacía de su compañía más grata que antes.

Incapaz de contenerse, llamó el día anterior a su amiga para contarle lo ocurrido el fin de semana, y esta, como lo supuso, le deseó sus mejores deseos. Lo bueno de Karen era eso, podía desearte lo mejor si te veía feliz, pero también era capaz de ayudarte a esconder un cuerpo si alguien te hacía daño. Era una buena amiga.

De Danilo y su situación aún no había sabido nada, pero ella ya había hecho lo que tenía que hacer y no pensaba meterse más de lo necesario. Ya se enteraría del final cuando se tuviera que enterar. O tal vez se quedara eternamente con la duda, pero no importaba.

Dejando la flojera, decidió cambiarse para ir a ver a Gabriel a la hora de salida. No pensaba

interrumpirlo más a mitad de trabajo, pero habían quedado en ir a cenar a algún lado después del trabajo, y para no hacerlo pasar por su casa, mejor iba ella allí y de ahí salían juntos. Total, no tenía más nada que hacer, recordó con ironía.

Se colocó una blusa azul holgada manga tres cuartos y un pantalón blanco con unas sandalias azules. Se maquilló un poco, arregló su cabello y salió. Eran alrededor de las seis de la tarde y el sol estaba bajando de intensidad. Hacía un frío agradable como preludeo de la temporada de invierno y como llevaría su moto para no tener que dejarla allí, se fue caminando, al fin y al cabo, la empresa quedaba a tres cuadras de su urbanización.

Caminó a paso tranquilo por la calles dejando que el aire frío le acariciara el rostro y lamentando no haber llevado una chaqueta, ya que empezó a sentir frío, pero no se detuvo y siguió. Mientras más se acercaba, más empezaba a llenarla un extraño presentimiento. Los vellos se le erizaron, y aunque le hubiera gustado pensar que era por el frío, la verdad es que ella lo sintió como preludeo de algo que no le gustaría.

Nunca se consideró a sí misma como una persona supersticiosa, pero era demasiado extraño lo que la empezaba a embargar a medida que daba un paso hacia adelante. Sus pasos comenzaron a hacerse más lentos porque sentía los pies pesados y casi podía escuchar una voz en su cabeza que le gritaba: “No vayas”. Pero era absurdo, ¿no es así? ¿Por qué motivo no habría de ir?

Negando con la cabeza para quitarse esa absurda idea de la mente, Alondra siguió su camino hasta que sus pies se detuvieron en la puerta de Ea. El vigilante, tan amable como siempre, le abrió el portón y ella entró. La mayoría de las personas empezaban a salir por haber cumplido su horario laboral y tuvo que esperar un buen rato hasta que los ascensores se vaciasen. Cuando por fin pudo subir, se dirigió a la oficina donde esperaba encontrar a Gabriel. Su secretaria ya se había marchado, así que nadie le dijo si podía entrar o no, por lo que se tomó el atrevimiento de tomar el pomo de la puerta. Estaba a punto de abrirla cuando escuchó adentro una voz que le desagradó bastante.

—¿Cómo que no lo vas a hacer? —gritó furioso Adrián Mendoza.

Alondra se acercó un poco a la ventana solo para confirmar que era él. Hizo una mueca. No entraría mientras él estuviera ahí, el hombre le había caído bastante mal en un principio y no pensaba siquiera dirigirle un saludo. Lo mejor sería esperar afuera, pero como era bastante metiche, o curiosa que sonaba mejor, se quedó en la ventana y observó cómo el semblante de Gabriel daba un brusco cambio convirtiendo esos dos ojos que tanto la atraían en dos rendijas llenas de desafío.

—Escuchaste perfectamente bien.

Adrián Mendoza dio un duro golpe en el escritorio que hizo que ella se sobresaltara. A su alrededor, la gente seguía caminando hacia los ascensores para irse, pero ella no les prestó atención, tampoco le importó que alguno la pudiera cachar espiando, su mente y su vista solo estaban fijos en la escena delante de sí que parecía volverse cada vez más interesante.

—¡Esto es una estupidez! —bramó el hombre cada vez más fuera de sí—. ¿Es que acaso no

tienes suficiente poder de persuasión? ¿No puedes con una niña?

Alondra no estaba entendiendo mucho, así que fijó su vista nuevamente en Gabriel esperando que algo en su semblante le hiciera saber qué sucedía; pero solo pudo percibir una pequeña tensión en sus hombros que demostraba su pérdida de paciencia.

—Te lo dije la última vez, mi intención no es...

—¡Claro que lo es! No hizo falta que lo admitieras —rugió el hombre—. Enamoraste a Alondra Saldivia para traerla hacia acá y eso es precisamente lo que vas a hacer. Déjate de tontería y sentimentalismo, estás muy viejo para eso. Hazlo o...

Los oídos de Alondra dejaron de escuchar. Una fuerte opresión que se instaló en su pecho empezó a consumirla y todo su cuerpo pareció convulsionar por dentro. Miró a Gabriel esperando una negación inmediata, pero solo pudo atisbar un brillo de culpabilidad en sus ojos que hizo que la respiración empezara a fallarle.

Como si sintiera el peso de su dolor, los ojos de Gabriel se desviaron a la ventana y la descubrió. Ella se alejó inmediatamente, pero no sin antes escucharlo maldecir y verlo levantarse. No le importó, salió corriendo del lugar y aprovechó que alguien ya había llamado al ascensor para entrar justo antes de que las puertas se cerraran. Escuchó el eco de otra maldición, pero sus oídos solo eran capaces de captar con claridad el sonido de su corazón latiendo a toda prisa, bombeando sangre y haciendo un esfuerzo sobrehumano para mantener la calma. No podía echarse a llorar, no iba a echarse a llorar ahí.

El ascensor se detuvo en la plata baja y ella salió rápidamente de ahí. Al principio sus pasos solo eran rápidos, pero con los segundos literalmente estaba corriendo hacia la salida. Escuchó que la llamaban, pero no hizo caso, sabía quién era y era la última persona con quien deseaba hablar. Salió del edificio y se detuvo un momento en la acera, intentando normalizarse, intentando mantener la calma, pero el trabajo se le hacía cada vez más difícil. Sus ojos se empezaron a llenar irremediamente de lágrimas a la vez que el cerebro se volvía consciente de la traición. ¡La había utilizado! Nunca significó nada. Todo era mentira. Solamente había sido una pieza más en el tablero que él dominaba.

—Alondra. —Escuchó que le gritaba y giró.

Él estaba cerca, estaba parado en el marco de la puerta principal, a unos metros suyo. Ella dio un paso hacia atrás como si quisiera tomar toda la distancia posible por mínima que fuera y, cuando vio que iba hacia donde ella estaba, se giró dispuesta a parar un taxi.

Tal vez fueron azares del destino, o la suerte que había decidido concederle una tregua, pero un auto se detuvo frente a ella y la cara de Diego se dejó ver por la ventanilla.

El semblante del castaño se tiñó de preocupación al ver su estado y preguntó:

—¿Estás bien?

—Sácame de aquí —fue lo único que pudo susurrar cuando confirmó que el hombre iba solo y no con su irritable esposa.

Gabriel la volvió a llamar despertando también la atención de Diego, pero Alondra se apresuró

a entrar en el carro cuando confirmó que él quitaba el seguro de las puertas. Se abrochó el cinturón y se giró hacia Diego.

—Avanza —suplicó al ver que Gabriel casi ya estaba en la acera. La mirada de Diego se cruzó solo un momento con la de Gabriel antes de poner el asunto en marcha.

Alondra solo pudo ver alejarse a la figura que la había engañado, sintiendo cómo ese corazón que tanto había costado reconstruir era demolido nuevamente en mil pedazos, y mucho se temía que, esta vez, sería irreparable.

—¿A dónde quieres que te lleve?

—A donde sea, menos a casa, no por ahora.

Sabía que ese sería posiblemente el primer lugar donde él la buscaría y no tenía ni un poco de ganas de enfrentarlo, no al menos hasta que su sentido común se antepusiera a todo sentimentalismo y tratar el asunto sin mostrar debilidad.

Diego la llevó a la misma heladería donde había comido con Ricardo el otro día y ambos tomaron asiento en una de las mesas. Él le preguntó de qué quería su helado, pero Alondra le respondió que no deseaba nada. No creía que comer helado fuera suficiente para mitigar su dolor, al menos sin derramar unas cuantas lágrimas en el proceso; lo mejor sería comerlo en su casa tranquila.

—Debes estar verdaderamente mal si estás negando un helado —intentó bromear él, pero el semblante de Alondra solo empeoró, por lo que añadió con un tono suave—: Mi padre tenía razón. ¿No es así? Resultó igual de canalla que su padre. Te ha roto el corazón.

Alondra no respondió. Sintió nuevamente esa horrible opresión en el pecho como si alguien estuviera agarrando su corazón y apretándoselo hasta hacerlo lagrimear. Tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para no llorar y aparentar tranquilidad. Primero muerta antes de demostrar dolor ahí, en un lugar público donde cualquiera podía verla y cuestionarse el motivo de su pena.

—No quiero hablar de eso.

Diego asintió comprensivo y no la presionó. Estuvieron varios minutos en tenso silencio, mientras ella trataba por todos los medios posibles de hacer que su mente dejara de especular y reprocharse su estupidez. Porque había sido una estúpida, había sido una verdadera estúpida en creer que él la quería cuando siempre sintió desconfianza por sus motivos. Había sido una estúpida al dejar de lado todos sus recelos solo por la esperanza de sentirse nuevamente querida. Ahí tenía las consecuencias. Después de todo, la curiosidad sí mató al gato.

Con pocas ganas de seguir torturándose y demostrarle a Diego lo mucho que estaba sufriendo, Alondra le regaló una débil sonrisa y preguntó:

—¿Y la bru... Emma? ¿Dónde está? Es extraño que no fuera contigo.

—Ella... fue a cenar con sus padres —respondió evasivo.

Ella prefirió no preguntar por qué no fue él también.

—¿No le importará que estés aquí conmigo? —se burló.

—Ya lo creo que sí, pero no creo que va a opinar nada sobre el tema —respondió algo cortante. Dándose cuenta del tono usado, se ruborizó un poco y evadió su mirada.

Alondra observó su semblante incómodo y se abstuvo de hacer cualquier comentario. Si él no era imprudente, ella tampoco lo sería. No obstante, Diego pareció leer la curiosidad y sospecha en su mirada porque soltó un suspiro cansado, y como si considerase que ya no importaba si lo confesaba o no, le dijo:

—Las cosas no van nada bien y... y creo que nos vamos a divorciar.

Capítulo 18

Alondra no supo cómo reaccionar ante esa declaración. En otro tiempo, dos semanas más o menos atrás, esas palabras hubieran provocado una fugaz esperanza en su corazón, pero en ese momento... no hacían nada. Lo único que tenía su órgano vital era el peso de la traición y el engaño. La certeza de que todos los momentos que ella creyó especiales no fueron más que planes meticulosamente hechos para conseguir un objetivo. ¿Por qué no pudo haber seguido con el corazón roto por culpa de Diego? De haber sido así, en aquel instante hubiera estado feliz y no triste por sabría Dios cuánto tiempo.

—¿Estás seguro? —preguntó con suavidad diciendo las palabras que jamás creyó decir—. Llevan juntos solo tres semanas, estoy segura de que todo tiene solución.

Diego negó con la cabeza y miró la mesa, donde sus dedos hacían figuras nerviosas.

—Es más complicado que eso. Creo que no debí casarme, yo... no importa. No te pienso agobiar con esos temas. ¿Quieres regresar a trabajar a Altamirano's? Te aseguro que mi padre no te dará la espalda. Todavía no tienen sustituto.

Alondra negó con la cabeza. No se veía con el suficiente valor para verle la cara al señor Altamirano y decirle que tenía razón. No al menos por un tiempo.

—No será necesario.

—No te juzgará —aseguró Diego como si le leyera la mente—, ninguno lo hará.

Ella lo sabía, pero aun así no podía.

—No.

—Piénsalo al menos —insistió Diego—, por favor.

Ante el tono que delataba toda la preocupación que sentía por ella, Alondra solo asintió. Se quedaron hablando por unos minutos más de cosas triviales y temas seguros hasta que se sintió con el valor de pedirle a él que la llevara al apartamento de Karen. Se quedaría a dormir ahí esa noche, no tenía ganas de regresar a la soledad de su casa, donde cada rincón además le recordaría un momento compartido.

Una vez en el apartamento, Alondra se permitió desahogarse y contarlo todo. Su amiga, que el día anterior se había mostrado tan dispuesta a desearles felicidad, en ese momento planeaba la manera más dolorosa de morir.

—Es un imbécil —declaró con rotundidad sacando helado de su nevera y cogiendo dos

cucharas—, todos los hombres lo son.

Colocó el helado en la mesita frente al sofá y le entregó una cuchara a Alondra. Esta la aceptó encantada y ambas empezaron a devorar el helado.

—No todos los hombres —aseguró Alondra—, solo los que me tocan a mí.

Karen negó con la cabeza.

—Todos —declaró con cierta melancolía—, no hay excepción.

—Diego...

—Diego es un estúpido —afirmó— y demasiado débil para saber tomar una buena decisión.

—Karen...

—Nada. Ninguno vale la pena, ninguno cumple las expectativas deseadas de una mujer. Ni siquiera nuestros padres son completamente perfectos. Vámonos a un convento. Dios no nos abandonará.

En otro momento, Alondra la hubiera reprendido por seguir con el tema, pero solo se permitió embozar una sonrisa sabiendo que su amiga solo quería animarla.

—¿Estarías dispuesta a hacer un voto de castidad solo porque todos los hombres son unos imbéciles? —provocó.

Karen permaneció un momento en silencio para luego terminar negando con la cabeza.

—Tienes razón, es demasiado precio a pagar.

Comieron helado en silencio y su amiga puso una película de comedia para aligerar la tensión. Alondra se atrevió a revisar el teléfono que hasta entonces tenía en silencio y se dio cuenta de la cantidad de llamadas perdidas que tenía de Gabriel, también muchos Whatsapp y mensajes que decía lo mismo.

“Tenemos hablar”.

“No es lo que parece”.

“Necesitas escucharme”.

Pero ella no los respondió, al contrario, bloqueó el número para que no la volviera a molestar. “No es lo que parece”. ¿Entonces qué era? No lo negó, cuando su padre se lo echó en cara no lo negó, al contrario, vio la culpabilidad en su mirada. Puede que estuviera arrepentido, pero la intención inicial no se la podía perdonar. La había usado. Se había aprovechado de su vulnerabilidad. Puede que incluso todas esas palabras bonitas y los gestos no fueran más que una treta para engatusarla. Alondra no encontraba ningún motivo válido para justificar eso. Jugar con los sentimientos de una persona era para sí un pecado imperdonable, y él acababa de incurrir en él.

Guardó nuevamente el teléfono y se giró hacia Karen, que la veía con cierta lástima y compresión en la cara. Su amiga le puso una mano cariñosa en el hombro y de pronto su cara se iluminó con una idea.

—¡Vayámonos de viaje! —declaró—. No hay nada mejor para las penas que un viaje.

—Te has vuelto loca —dijo—, ni siquiera tienes vacaciones.

—Este fin de semana. Nos vamos el viernes temprano y regresamos el domingo en la mañana. Al menos nos distraeremos.

—¿Y a dónde se supone que iríamos?

Una sonrisa traviesa se formó en los labios de Karen.

—Al mejor lugar para llorar las penas. ¡Las vegas!

Y su amiga había terminado de perder el juicio.

—¿Las vegas? ¿Qué te hace pensar que quiero ir a Las Vegas? Y en el caso de que aceptara gastar el dinero que no tengo en un viaje tan lejos, ¿por qué a las vegas? ¿Por qué no Disney?

Karen la miró como si la loca fuera ella.

—Porque en Disney llorarías tus penas al ver en cada esquina al príncipe azul que no encontrarás, en Las Vegas las olvidarás con alcohol y juego. Al menos por un rato. Además, mi hermano se ganó en una rifa un viaje hacia allá. Iba a ir con su esposa, pero esta quedó embarazada y es un embarazo de riesgo. Por ello, hoy me lo ha regalado a mí. ¡Es una señal del destino! ¡Tenemos que ir! ¡Está todo pagado! Los boletos y dos noches en uno de los mejores hoteles. Lo único que correría por nuestra cuenta es la diversión, pero será un gasto menor. Vamos, Alondra. Te sentará bien. Nos sentará bien.

Alondra empezó a negar con la cabeza, pero un ápice de rebeldía se coló en su mente callando a su sentido común y haciéndose preguntar. ¿Por qué no? Mejor que ahogar sus penas en helado todo el fin de semana y llorar sola, podía disfrutar de unas horas de locura con su amiga. Era una oportunidad única y quizás toda la actividad la hiciera olvidarse de Gabriel.

—Está bien —accedió.

Karen celebró y, después de un rato, se fueron a dormir. ¿Qué podía salir mal?

Gabriel se empezaba a desesperar. Alondra no le atendía, lo había bloqueado, y por lo visto, esa noche no llegaría a su casa. Llevaba fuera de esta al menos tres horas hasta que se convenció de que no iría. Solo esperaba que se hubiera ido a casa de Karen y no con el imbécil ese de Diego Altamirano.

Negó con la cabeza ante el pensamiento, ella no era de ese tipo de personas. Debía estar con Karen, pero eso no era importante, sino lo que haría. ¿Cómo se suponía que la convencería de que él en verdad la amaba? ¿De que ese plan hace días que se había ido al traste?

Recordar su expresión de dolor había hecho que algo oprimiera su pecho por haber sido el causante. Maldijo una y mil veces el momento en que se le ocurrió esa idea y se reprochó lo imbécil que había sido. No entendía cómo creyó que ella le perdonaría algo así tan fácil solo por estar enamorada, pero era su esperanza la que lo creyó. Él quiso pensar que el asunto carecería de importancia cuando en realidad no era así. Tenía que buscar la manera de conseguir su perdón.

Regresó a su casa cabizbajo y recibió con mal humor la llamada de su padre. Él era la última persona con la que quería hablar en ese momento, pero sabía que no lo dejaría en paz hasta que lo atendiese, así que contestó.

—¿Qué quieres? —Su tono de voz era tan cortante, que en caso de poder usarlo como filo

provocaría una herida mortal.

—Necesito que hagas un viaje—respondió el hombre impassible al otro lado del teléfono.

—¿A dónde? ¿Para qué?

—A Las Vegas. Quiero que vayas con Lucía y le expongan juntos el proyecto al dueño de uno de los casinos que está interesado en poner uno aquí. Quiero que lo convenzas y hagas que quiera firmar con nosotros.

Lucía era una de las arquitectas de la empresa. Tenía varios años de experiencia y era muy buena.

—¿A Las Vegas? —dijo con poco humor—. ¿No puede venir él aquí? Es su negocio.

—No seas tonto, está demasiado ocupado y necesitamos que firme con nosotros. Van a ir a ahí y le mostrarán el proyecto, y si te da la gana, te quedas a llorar por lo de tu novia —dijo el hombre en tono burlón que hizo que Gabriel apretara con más fuerza el teléfono—. Les conseguí boletos para el viernes en la noche. Hablarán con él el sábado temprano y se regresarán el domingo al mediodía, lo que te deja la noche del sábado para disfrutar. Adiós.

Su padre cortó y Gabriel soltó un gruñido. Si había un día en que podía ir a atosigar a Alondra en su casa todo el día hasta que mandara a ponerle una orden de restricción, ese era el fin de semana, pero tendría que posponerlo. No podía dejar el bien de la empresa por sus errores. Pero no se daría por vencido, por Dios que no lo haría. No después de descubrir su amor hacia ella, no después de saber que ella también lo amaba. La recuperaría, la recuperaría como que se llamaba Gabriel Mendoza.

Las Vegas era, sin lugar a dudas, el lugar para que el ser humano dejara salir ese lado pervertido y depravado que todos tenían. Para que las ambiciones llegaran hasta puntos inimaginables y el cuerpo diera de todo de sí hasta llegar al límite de su resistencia.

Cuando Alondra y Karen llegaron allí, aproximadamente era medio día. Se registraron en el hotel y subieron a la pequeña suit que contaba con dos habitaciones.

En los días que pasaron antes de viaje, Gabriel había ido a verla por las noches, pero ella se negó a abrirle. No salió de la casa al menos que supiera que él no andaba cerca y evitó todo contacto con su persona.

En aquel momento, en la suit del hotel, se podía sentir a salvo.

Karen y ella decidieron tomar un almuerzo ligero y, cuando empezó a caer la noche, se arreglaron para dar un paseo por las famosas Vegas.

Alondra no estaba muy segura de qué esperaba hacer en casinos y bares de mala muerte, pero poco le importaba. Se colocó un vestido morado ajustado al cuerpo y se maquilló de forma llamativa, usando unos tacos que posiblemente impedirían que se parara al día siguiente, se dejó el cabello suelto y junto con Karen empezaron a recorrer la famosa ciudad del pecado.

Primero decidieron cenar en uno de los restaurantes, y luego se fueron a tomar unas cuantas copas a una discoteca. Alondra disfrutaba bailando, pero a pesar de tener unas cuantas copas de alcohol encima, y de que varios se le insinuaron, no fue más allá de eso. Quizás por la experiencia

de la última vez, o simplemente porque su corazón seguía demasiado resentido y no era precisamente fiel creyente de eso que decía “un clavo saca a otro clavo”. Karen, por su parte, sí parecía estarse divirtiendo a las mil maravillas y al traste se fue su promesa de volverse a emborrachar en su vida. De Alondra dependió llevarla sana y salva al hotel en horas de la madrugada.

El día siguiente, sábado, decidieron dar un paseo de día por la ciudad y disfrutar de los entretenimientos y atracciones que esta ofrecía. Se montaron en el gran cañón, almorzaron en algunos otros restaurantes y, en la noche, a Karen se le dio por ir a un casino a pesar de las protestas de Alondra.

—Estoy segura de que mi tarjeta ya está resintiéndose bastante este viaje —protestó Alondra parada frente a la puerta de uno de los casinos más populares. Ese día se había colocado un vestido rojo de acuerdo al ambiente—. No creo que un casino sea la mejor idea.

—No seas aguafiestas —protestó Karen. El dinero se recupera, la vida no. —Dicho eso, la arrastró dentro.

La suerte no las abandonó del todo, es decir, perdieron más o menos lo equivalente a lo que gastaron, así que posiblemente esa noche no se iría a llorar a casa. Alondra observó a las personas jugar con fervor y fue entonces cuando comprendió por qué el juego causaba adicción. Que hubiera una mínima posibilidad de ganar era suficiente incentivo para que las personas apostaran y apostaran hasta no tener más. Parada frente a la ruleta en la que Karen esperaba un resultado, y con una copa de licor en la mano, Alondra observó a los presentes con cierta curiosidad.

De pronto, un escalofrío la recorrió y sus ojos se desviaron hacia una figura masculina recostada en una de las columnas. Su piel palideció e hizo amago de girarse para irse antes de que él la viera, pero fue inútil, como si sintiera el peso de su mirada, él se giró y sus miradas se chocaron. Toda la fuerza que Alondra parecía haber acumulado durante esos últimos días desapareció con un solo contacto de ojos, y es que a pesar de la traición, el hombre seguía teniendo ese poder de hacerla perder el sentido común y la razón.

Los ojos de Gabriel destilaban sorpresa y alegría a la vez. Empezó a acercarse lentamente, como si quisiese asegurarse de que era ella, pero luego sus pasos se volvieron más seguros y Alondra se giró hacia Karen para pedirle que se fuera. La mala suerte, que al parecer eligió el momento más inoportuno para hacer acto de presencia, hizo que su amiga ya no estuviera donde hace unos momentos. Pensó en regresar sola, pero luego recordó que ella tenía las llaves y no pudo hacer más que buscarla, haciendo lo posible por perderse entre la gente y que él no la encontrara, cosa algo difícil, pues estaba mareada y el alcohol le dificultaba la tarea.

No lo podía creer. Gabriel aún no estaba seguro de no haber visto una alucinación. Para olvidarse de la mala situación amorosa que había desencadenado, se había tomado unos cuantos tragos además esa noche, por lo que no estaba seguro si la imagen que había visto era la de Alondra Saldivia o solo un producto de su mente obsesionada con ella. Empezó a buscar a la

mujer que hace poco estaba parada frente a la ruleta, pero no la encontró de inmediato, esta se había perdido entre la gente, y que su mente no estuviera en el mejor estado, no era de ayuda. No obstante, quizás por cosas del destino, su mirada la halló por casualidad cuando iba saliendo del casino y se apresuró al seguirla.

Alondra entró a la discoteca que quedaba al lado del casino donde esperaba encontrar a Karen. No atendía el teléfono y dudaba que lo hiciera, pero en caso de no hallarla, siempre podía quedarse ahí en lugar del casino donde Gabriel Mendoza podía hallarla con facilidad. Pidió al bartender un trago con el fin de tranquilizar sus agitados nervios. No debería tomar más, lo sabía, pero su cuerpo exigía a gritos algo que pudiera tranquilizar la agitación causada por el hombre.

No lo podía creer. No podía creer que estuviera ahí. ¿Sería cierto o estaría alucinando? Si era así, esperaba que unas cuantas copas más pudieran sacárselo de la cabeza.

En otra ocasión, no hubiera recurrido al alcohol como medio de olvido, ya que tenía perfectamente claro que los problemas regresarían al día siguiente con una horrible resaca, pero ese día no le importó. Tomó hasta que no fue capaz de pensar con claridad, pero aun así seguía la imagen de él en su mente, como si esta fuera reacia a dejarla ahí. No tardó en llegar a la conclusión de que no podría sacarlo de ahí por más que quisiera, así como tampoco podría sacarlo de su corazón.

Observó a la gente alrededor que bailaba con la alegría de alguien que no tiene penas en la vida y pesó en unirse a ellos, pero luego descartó la idea. Con todas las vueltas que le daba la cabeza, dudaba apenas permanecer de pie. Se quedaría ahí un rato sentada y luego intentaría encontrar a esa loca que tenía por amiga y que la había dejado sola.

Tan concentrada estaba en hacer que su cabeza dejara de dar vueltas, que sus sentidos no la alertaron de su presencia hasta que lo tuvo frente a sí.

—Alondra —musitó y ella se envaró como un resorte al verlo.

El nombre no poseía su mejor aspecto, es decir, llevaba traje de noche, pero su cabello estaba despeinado como quien ha pasado mucho la mano por él y en su semblante había una extraña melancolía. En sus cinco sentidos, hubiera podido saber qué significaba, pero en ese momento no pudo hacer más que dejar fluir la rabia y el dolor que la embargaban.

—Tú... —dijo arrastrado las palabras—, no puedes estar aquí. No. —Se puso las manos en la cabeza como si así pudiera detener el mareo y a la vez desaparecerlo a él—. No puedes estar aquí.

—Alondra... tengo que decirte algo. —Gabriel también arrastraba las palabras, por lo que su estado no debía ser mejor que el suyo—. Alondra, yo te amo.

Ella negó con la cabeza, una parte todavía cuerda en su cerebro negándose a creerle.

—No es cierto —reprochó—, me utilizaste.

—No, yo... —Él dio un vacilante paso hacia ella quien se levantó de la silla para buscar alejarse.

—¡Sí, me utilizaste! —afirmó sintiendo cómo las lágrimas empezaban a llenar sus ojos—. Yo sí

te amaba y tú me utilizaste.

Gabriel negó con la cabeza y aprovechó su imposibilidad de huir para tomarla de los brazos y retenerla.

—Te amo. En verdad te amo.

Alondra lo miró a los ojos. Las lágrimas ya no se esforzaban por permanecer libres y rodaban por su mejilla corriendo el rímel y quitando su maquillaje. Su cara era una mezcla rara entre dolor y amor.

—¿Por qué me engañaste de esa forma entonces?

—Por imbécil —aseguró él.

—¿Me amas? ¿Seguro? —preguntó en un susurro esperanzado.

—Sí.

—Yo también.

Y sin ponerse a pensar en lo mucho que se arrepentiría mañana, lo besó.

Un fuerte dolor de cabeza fue lo primero que sintió Alondra cuando despertó. Instintivamente se llevó las manos a las sienes para intentar detenerlo, pero fue todo en vano. Por eso es que no se tomaba.

Entreabrió los ojos con cuidado para que la luz del día no la dejara ciega y empezó a incorporarse lentamente en la cama para que sus agarrotados músculos se estirasen y fijó su vista enfrente. Fue entonces cuando se percató de que esa no era su habitación y que estaba desnuda.

Con desesperación, empezó a mirar a los lados solo para encontrarse con el cuerpo de un hombre al lado suyo. Dicen que acostarse con desconocidos es lo peor que una persona puede hacer, pero en ese preciso instante Alondra hubiera preferido un desconocido a la persona que tenía a su lado.

Gabriel Mendoza debía estar bastante acurrucado en los brazos de Morfeo porque su respiración era regular y sus facciones estaban relajadas.

Horrorizada, se levantó de la cama como si hubiera puesto una víbora en esta y empezó a buscar su ropa y colocársela como pudo. Si ella no se acordaba de esa noche, él posiblemente tampoco, por lo que solo tenía que escapar antes de que despertada. Terminó de ponerse el vestido y encontró sus tacones tirados a unos metros. Iba a recogerlos para ponérselos afuera cuando un papel a su lado le llamó la atención. Incapaz de poder contenerse, lo tomó en sus manos y leyó las primeras palabras mientras su piel se volvía cada vez de un tono más pálido. Sus malestares desaparecieron como por arte de magia y sus ojos solo podían estar centrados en las palabras en negrita.

“Certificado de matrimonio”.

Capítulo 19

Eso tenía que ser una broma.

¡Eso tenía que ser una maldita broma!

Alondra releyó con más calma todo lo que decía la hoja y casi muere cuando al final vio plasmada su firma en el certificado. Algo temblorosa, pero su firma en fin.

Un jadeo salió de su boca provocando que el cuerpo que descansaba plácidamente en la cama empezara a moverse.

Ella pensó en huir con los papeles, y hacer como que nada había pasado, pero no estaba segura de la validez de ese documento o si habría más por otro lado que él pudiera descubrir, por ellos, y en contra de todo lo que le dictaba su sentido de supervivencia, se quedó esperando a que él despertara.

Gabriel abrió los ojos y lo primero que pudo enfocar cuando su vista se adaptó fue a la figura de Alondra frente a sí. Por un momento creyó que seguía alucinando, pero pronto se dio cuenta de que no. No tenía ni la menor idea de lo que había pasado esa noche, pero no había que ser un genio para descubrirlo.

Abrió la boca para decir algo, pero ella lo interrumpió.

—No creas que esto cambió algo, ni que hablaremos del tema ahora, necesito que me digas si esto es una mala broma. —Le tendió el certificado y él lo leyó.

Que mostrara la misma reacción sorpresiva que ella le confirmó que ninguno de los dos sabía cómo había llegado a esa situación.

—Esto no puede ser —se lamentó—. ¡Esto no puede ser!

Gabriel se incorporó poco a poco en la cama sin decir palabras. Presentía que ese no era el mejor momento para tratar todas las preguntas que se le venían a la mente o analizar la situación, no al menos cuando tenía una mujer frente a sí al borde de un ataque de histeria.

—Necesitamos saber si esto es legal. ¿Quién casa a dos personas que no están en su cinco sentidos? Eso, sin lugar a dudas, no puede ser legal.

Alondra se empezó a pasear de un lado a otro y él solo atinó a seguirla con la mirada. Tal vez no era el mejor momento para pensar en el asunto, pero Gabriel se dijo que se veía muy bonita a pesar de estar toda despeinada y con la ropa arrugada. Saber que había pasado la noche con ella y que no se acordaba, lo frustraba bastante, así como se exasperaba por no poder recordar nada de

la noche anterior. Solo se acordaba de cuando la encontró en la discoteca, pero lo que dijeron o hicieron después le era desconocido. Debieron haber quedado bien para que ella, en su infinito enojo, se haya ido con él, pero estaba claro que esa tregua fue solo porque no estaba en sus cinco sentidos, ya que ahora no parecía muy amigable ni predispuesta a volver con él. Aunque claro, puede que fuera debido a que acababa de descubrir que se había casado con un ser que, se suponía, debía despreciar.

—Necesitamos un abogado. Sí, alguien que nos asesore y... —Se giró hacia él y preguntó con voz tímida—. Dime que tu hermana es abogada de familia.

—¿Estás hablado en serio? —preguntó él—. Tú eres la que tiene un padre con medio bufete de abogados a su disposición y quieres que llame a mi hermana.

Alondra tuvo la decencia de mostrarse avergonzada.

—No creo que haya mucha diferencia, además, la tuya se vería simpática, los míos me darán el sermón de mi vida y posiblemente se lo cuenten a papá.

Gabriel gruñó y se levantó para buscar su teléfono. Aunque no era la primera vez que lo había visto desnudo, Alondra prefirió girar para no caer en la tentación que su cuerpo representaba. No podía permitirse, ni por un minuto, una sola debilidad que la hiciera considerarse su posición, si lo veía, recordaría inevitablemente cada detalle de aquella maravillosa noche en donde ilusamente creyó que sería feliz toda la vida.

—¡Coño! —Escuchó que mascullaba, pero no se giró hasta que estuvo segura de que se había puesto el pantalón—. Al parecer perdí mi teléfono.

Alondra soltó un lamento.

—Al menos dime que te sabes el número.

Él negó con la cabeza.

Si ella se supiera de memoria el número de los suyos, lo reprendería por no saberlo. A mala gana, tomó la pequeña cartera que estaba en el piso y sacó su teléfono. Respiró unos segundos antes de buscar el número de Ricardo y marcarlo. Lo puso en altavoz para que ambos escucharan.

Él teléfono repicó al menos tres veces antes de ser atendido por la voz grave de su hermano.

—Richi —saludó con falso entusiasmo—. ¿Cómo estás?

—Dios mío, el lío debe ser grave —murmuró el hombre al otro lado del teléfono—. ¿Qué sucedió?

Bien, tal vez no fue buena idea haberlo llamado Richi, pero esa era su forma inconsciente de llamarlo cuando quería predisponerlo de su lado.

—Solo necesito un consejo... si por casualidad alguien viajara a Las Vegas, se emborrachará y terminara casado. ¿Cómo se deshacen del matrimonio rápidamente?

—Por favor, dime que estás hablando de Karen —dijo su hermano con un tono ¿esperanzado?

¿Karen? Ella ni siquiera sabía dónde estaban Karen. Ni siquiera tenía llamadas perdidas suyas, por lo que no debía estar muy preocupada. Vaya amiga, primero la dejaba sola y hacía que se metiese en sabrá Dios cuántos líos, y ahora, ni se preocupaba por ella.

—¿Hay o no hay forma de salir de ello rápido?

Se escuchó algo como una maldición y luego el tono incrédulo de Ricardo.

—¿Me estás diciendo que te casaste con un desconocido en Las Vegas?

—Bueno, no es precisamente un desconocido y... ¿me vas a ayudar?

Ricardo soltó algo parecido a un suspiro.

—Primero dime, el certificado de matrimonio, ¿lo apostillaste?

Alondra lo revisó y vio unos cuantos sellos en la hoja, pero no estaba segura, así que buscó por el piso algún papel hasta que lo encontró tirado. Cuando leyó lo que decía, casi se echó a llorar.

—Sí.

—Ay, Alondra.

—¿Cómo que “Ay, Alondra”? No puedes decirme que esto es legal.

—Si lo apostillaste, es legal para casi todos los países menos España.

Ella soltó un lamento.

—Bien, solo te queda divorciarte. Entre abogados y la tasa, el proceso te debe salir aproximadamente en 650 dólares. Si es de mutuo acuerdo, en máximo tres días estarás divorciada.

¿650 dólares? Eso era mucho dinero, sobre todo teniendo en cuenta que tendría que comprar un nuevo pasaje de avión y pagar al menos tres días más su estancia en ese hotel. No tenía dinero suficiente para eso. Sus tarjetas casi habían llegado al límite.

—Dime que tú tienes esa cantidad de dinero.

Gabriel pensó un momento en el asunto, demasiado, en realidad. Cuando al fin respondió, lo que dijo no fue del agrado de Alondra.

—Por ahora no.

Ella maldijo, demasiado preocupada para ponerse a analizar que como ingeniero tan reconocido no cargaba con 650 dólares en su cuenta.

—Imposible, no tengo el dinero.

—Mandé a hacer una compra hace poco, temo que no tengo para prestarte ahora, quizás papá...

—¡No! No se lo digas a papá, debe haber otra forma. Una anulación, algo. ¿Cómo puede ser legal que dos personas que no están en sus cinco sentidos se casen?

—En Las Vegas casi todo es legal —respondió él cortante—. Veamos. Las causas de anulación son las siguientes. Te casaste con tu padre o con tu hermano, que no es el caso. ¿Te casaste con un menor de edad por casualidad?

—No.

—¿La persona con la que te casaste tiene alguna discapacidad mental o física? ¿Ten engañó de alguna manera para que te casaras con él?

—No.

—¿Estabas consciente de que te estabas casando cuando lo hiciste?

—¡Estaba borracha! Claro que no.

—Estar borracha no es suficiente para alegar “falta de entendimiento”, tienes que probar que no

sabías que te estabas casando. Normalmente se tiene que estar drogada o tener algún retraso mental. Si dijiste: “Sí, lo acepto como esposo”, sabías que te estabas casando.

Alondra empezó a lloriquear.

—¿Entonces...?

—¿Cuándo te regresas?

—Hoy a las dos. Debo estar llegando caída la noche.

—Bien, al menos tu futuro esposo es de aquí.

—Sí.

—Gracias al cielo. Por lo menos no te casaste con un chino. Los quiero mañana a primera hora en la oficina. —Dicho eso, cortó.

Alondra suspiró y miró a Gabriel. Este se había terminado de cambiar y ahora la miraba inquisitiva.

—Ya escuchaste —dijo cortante—, mañana en Saldivia, Pérez y asociados.

Sin dedicarle una sola mirada más, tomó sus tacos y empezó a caminar hacia la salida. Estaba por llegar a la puerta cuando él la detuvo sosteniéndola por el brazo.

—Alondra, tenemos que hablar.

—Ahora no.

—Alondra, te aseguro que...

—Tengo que buscar a Karen —afirmó zafándose—. Adiós. —Dicho eso, se escabulló y corrió para que él no pudiera alcanzarla.

—Déjame ver si entendí. ¿Me estás diciendo que apostaste mil dólares con un desconocido y si perdías, pasabas una noche con él?

Karen asintió. En otra circunstancia, Alondra la hubiera reprendido, pero después de en la que se metió ella, no tenía potestad de hacerlo.

—Dime por favor que ganaste. —Si era así, le podía prestar el dinero del divorcio.

—No —dijo Karen sonriendo, la noche debió ser buena—, perdí.

—Ya... y te acostaste con un desconocido —concluyó.

Karen amplió su sonrisa, dejó de meter cosas en la pequeña maleta y soltó una risita como si hubiera algo gracioso en el asunto.

—Tampoco. El hombre al parecer tenía una versión diferente a pasar una noche con alguien. Me llevó a un restaurante y luego se tomó una copa conmigo en un bar. Luego fuimos a su cuarto, pero solo hablamos hasta el amanecer, nada más. ¿No es genial? Me he encontrado con un caballero en este mundo cruel.

—¿Estás segura que no era impotente, y no quiso pasar vergüenza?

—Aguafiestas —reprochó Karen—, ese hombre era más guapo que el pecado, sería sacrilegio que no pudiera. Prefiero pensar que era todo un caballero. Es de nuestro país, me ha dado su número para que sigamos en contacto. —Aplaudió como una niña chiquita—. Pero ya basta de hablar de mí, ¿tú dónde estabas?

A mala gana, Alondra le contó el desafortunado suceso y se podía decir en favor de Karen que mantuvo una expresión inescrutable durante todo el relato. Después, hizo unos cuantos comentarios sobre su mala suerte, pero utilizando el sentido de la prudencia como pocas veces, no dijo más nada y se fueron al aeropuerto. Si Gabriel Mendoza iba en ese vuelo, prefirió no indagarlo.

Al día siguiente, se encontró con él justo en la puerta de Saldivia, Pérez y asociados. No le dirigió ni una sola palabra de saludo y solo le indicó el camino para la oficina de su hermano. Saludó a la secretaria con una sonrisa y abrió la puerta del despacho de este. Ricardo Saldivia los observó entrar con un semblante completamente serio y miró a Gabriel analizando la clase de persona con la que su hermana había tenido la locura de casarse.

—Ricardo Saldivia —saludó con su mano.

—Gabriel Mendoza —correspondió Gabriel estrechándole la mano.

Ricardo reconoció el nombre y la miró de forma inquisitiva. Alondra cerró un momento los ojos y, cuando los abrió, lo miró con advertencia.

—No digas nada.

—Pero él no es...

—Era —corrigió—, terminamos antes y yo no quiero seguir casada con él.

Ricardo, que parecía encontrar algo divertido en el asunto, soltó una carcajada que debió resonar en todo el despacho de abogados.

—¿De qué te ríes?! —reprochó su hermana molesta. Se sentó a mala gana en una de las sillas y le indicó a Gabriel que hiciera lo mismo.

—Mantuviste una relación de menos de una semana con este hombre, perdiste tu trabajo por él, y ahora has terminado casada con él. Tienes que admitir que tiene cierta gracia.

—No, no la tiene.

Ricardo la ignoró y miró a Gabriel con una sonrisa afable.

—Bienvenido a la familia, cuñado. —Gabriel no supo qué responder y Ricardo se volvió hacia Alondra—. ¿Estás segura de que te quieres divorciar? No me hagas perder mi tiempo para luego decidir que regresarás con él y te casarás.

—Estoy segura. No pensamos regresar.

Gabriel le dirigió una mirada rara, cargada de millones de sensaciones que eran imposibles de descifrar.

—Alondra...

—¿Verdad? —insistió, y Gabriel no respondió.

—No confío en la capacidad de decisiones de una mujer —dijo Ricardo—, son muy cambiantes. Un día piensan una cosa y otro día otra. ¿No lo crees, Danilo? —Descorrió una cortina que se encontraba en la pared de su derecha y el rostro de Danilo Saldivia, exactamente igual al de Ricardo, se asomó desde la oficina vecina.

—Ni que lo digas.

Alondra observó a su otro hermano y notó que había cierta amargura en su rostro, no hacia ella, claro, pero sí había algo que le molestaba y no podía superar. Se preguntó si sería por el asunto de Amanda.

—Hola, cuñado —saludó Danilo a Gabriel y Alondra blanqueó los ojos—. Sinceramente, Alondra, jamás te imaginé en una situación así. Siempre creí que terminarías en una comisaría por algún otro delito menor.

Danilo Saldivia no poseía el carácter afable y risueño de su hermano, el suyo más bien era sarcástico. Sin embargo, podía ser bastante agradable cuando se lo proponía, pero por razones que creía conocer, no estaba en su mejor momento.

—Al menos no se casó con un hippy o alguien con alguna manía rara, o mataría a papá de un infarto —añadió antes de cerrar la cortina de su propia oficina y volver a su trabajo.

—Bien, si divorciarte es lo que quieres, puedo tramitar un divorcio exprés sin mucha dificultad. Creo que en un mes...

—Solo hay un problema —habló Gabriel captando la atención y dirigiéndole a Alondra una mirada que causó un escalofríos—. No me quiero divorciar.

Y con eso, Alondra terminó de perder la poca cordura que le quedaba.

Capítulo 20

—No estás hablando en serio —dijo Alondra conteniéndose para no zarandearlo y obligarlo a decir que se divorciarían.

Esperaba fervientemente que el hombre no estuviera hablando en serio. Por su salud física no debía de hablar en serio. ¿Que no se quería divorciar? ¿Qué pretendía con eso? ¿Molestarla más? ¿Imponerle su presencia? Eso era lo que menos necesitaba en ese momento. En ese preciso instante, lo que quería era no volverlo a ver nunca más, porque cada vez que lo miraba, cada vez que lo tenía cerca, su corazón herido amenazaba con desmoronarse más y no tenía completo control de sus sentimientos. Ni siquiera podía comprender cómo pudieron terminar el sábado en la cama y casados. ¿Es que acaso estaba tan borracha para olvidar todo el dolor y perdonarlo así de fácil? Debía de estarlo, o quizás su cerebro se fue a dormir mientras su corazón actuaba por lo que hubiera deseado. Pero eso no importaba ahora, lo que importaba era que el hombre le firmara los malditos papeles y la dejara en paz.

Lo miró con una clara advertencia, pero Gabriel no se inmutó. Colocó sus manos en el respaldo de la silla y se recostó en el con todo el aspecto de alguien plenamente feliz. Alondra solo quiso golpearlo. ¿Sería muy extraño si de repente se quedaba viuda?

—Estoy hablando en serio. No me quiero divorciar. Si quieres hacerlo, no tendrás mi consentimiento.

Al contrario de lo que uno debería esperar de un hermano, Ricardo Saldivia se echó a reír, divirtiéndose por las continuas desgracias de su hermana. Alondra no se decidía quién merecía un buen golpe primero.

—¡Ricardo! —gritó para llamar su atención, pero este siguió riendo por un buen rato, hasta casi quedar sin aire.

—Lo siento —musitó cuando pudo parar, pero era obvio que no lo sentía en lo absoluto—, estás en un serio problema, Alondra. Si él no quiere firmar, el proceso se dilatará más, y sinceramente tengo mucho trabajo para añadir un divorcio sin mutuo acuerdo. Tendríamos que presentar una causa válida y...

—¡Nos casamos borrachos en Las Vegas! —gritó al borde de la exasperación—. ¿Qué causa más válida que no estar en tus cinco sentidos? Además, no hay hijos ni bienes en común. ¿Qué tan difícil puede ser?

—De todas formas sería un largo proceso y... —Se detuvo cuando alguien entró en la oficina sin tocar.

—Ricardo, tengo algo importante que decirte, descubrí que... —Se detuvo al percatarse de la presencia de Alondra. Manuel frunció ligeramente el ceño, pero ese fue el único gesto que delató la sorpresa que le causaba verla ahí—. Hola, Alondra. ¿Cómo estás? ¿Podrías salir? Tengo algo que hablar con Ricardo.

Alondra se envaró en pose defensiva ante la descortesía de su hermano. Manuel Saldivia no se caracterizaba precisamente por su sutileza y su aspecto tampoco daba a entender semejante virtud. Con los cabellos tan negros como el azabache, en un corte poco más debajo de las orejas, y unos ojos azul zafiro, tenía una apariencia algo exótica, que sumada a su metro ochenta de estatura y su cuerpo fornido, le daban toda la apariencia de un salvaje vestido de forma civilizada.

—No. Estoy tratando un asunto importante y...

—Y lo que yo tengo que decir también es importante —justificó Manuel con su típico tono autoritario y se dirigió a su hermano—: Ricardo...

—¿Ni siquiera vas a preguntar quién la acompaña? —interrumpió Ricardo señalando a Gabriel.

Manuel le lanzó una corta mirada y luego se volvió hacia Ricardo, expresando en su semblante lo poco que le interesaba saberlo.

—¿Su novio? —dedujo sin emoción—. Ahora, necesito...

—Su esposo. Tu cuñado. Se casó en Las Vegas —volvió a interrumpir el gemelo con humor consiguiendo una mirada fulminante de Alondra. ¿Para qué se necesitaban lo enemigos si se tenía a la familia?

—¿Su esposo? —preguntó con un tono algo dudoso. Había pocas cosas que sorprendían en verdad a Manuel Saldivia, y esa, sin duda, no fue una de ellas porque se encogió de hombros—. Felicidades. Avísenme dónde quieren que les mande el regalo. Ahora, Ricardo. ¿Quieres escucharme? ¡En verdad tengo algo importante que decirte!

Y ese era Manuel Saldivia.

Ricardo Saldivia, acostumbrado a que su hermano menor no se tomara las cosas con igual diversión que él, borró su expresión alegre y se giró hacia Alondra.

—Te dije la verdad. No tengo tiempo para ocuparme de un divorcio en este momento. Habla con otros de los de la firma, o con papá, quizás te ayude.

—Ni loca se lo diré a papá. Conseguiré otro abogado. Gracias por nada. —Se levantó y salió de la oficina hecha una furia. Pensó en preguntarle a Danilo si él la sacaría de la cárcel en caso de cometer un asesinato, pero se abstuvo porque su hermano estaba con un cliente.

Gabriel se despidió de Ricardo con un saludo cortés y este se lo devolvió. Al parecer, Ricardo Saldivia tenía la plena certeza de que el asunto no era tan grave como parecía y todo terminaría bien al final. Claro que él desconocía los verdaderos motivos del rompimiento de la pareja, si no, puede que sí hubiera ayudado a su hermana.

El ingeniero alcanzó a Alondra cuando iba por recepción, y ella, al percatarse de su presencia,

se giró a encararlo. Una decisión sensata hubiera sido esperar a estar afuera y lejos de oídos indiscretos, pero la rabia que bullía en su interior era tal, que el sentido común pidió permiso y se retiró.

—Tú no me puedes hacer esto —reprochó—, no puedes hacerlo.

—Creo que ya lo estoy haciendo —respondió él tranquilamente.

—¡No! ¡Maldita sea! ¡No puedes! ¿Por qué lo haces? ¿Qué ganas con esto?

—Más tiempo a tu lado. Más tiempo para convencerte de que todo ha sido un malentendido. Alondra, estoy intento hablar contigo desde hace tiempo y no quieres escucharme...

—¿Crees que estar casados cambiará algo? ¿Piensas acaso que me iré a vivir contigo? —preguntó sarcástica—. No será así. Conseguiré un abogado. Tú conseguirás otro y nos divorciaremos quieras o no. Mientras, te evitaré en la medida de lo posible. —Se giró para irse, pero él la detuvo por el brazo.

—¿Puedes siquiera escucharme? ¿Puedes esperar la explicación antes de juzgarme?

—¿Acaso piensas negar que me utilizaste? ¿Que tus motivos para acercarte a mí fueron diferentes a los que escuché? —cuestionó dolida. Sentía cómo cada segundo ahí agotaba su fuerza de voluntad para mantenerse estable. Las lágrimas amenazaban con desbordarse por sus ojos y retenerlas suponía usar las fuerzas de la que empezaba a carecer.

Gabriel suspiró y miró un momento hacia abajo avergonzado. No supuso que sería fácil, pero tampoco que sería tan condenadamente doloroso. Tenerla ahí tan cerca y no recibir nada más que desprecio y dolor; era como si le estuviera clavando dagas en el corazón. Cada palabra despectiva era una daga más que se clavaba abriendo la herida y produciéndole dolor.

—No, no lo niego, y pido disculpas por ello. Tampoco te diré que hubo algo que justificara mi forma de actuar, solo puedo decir que...

—No tienes que decir más nada —cortó y se liberó de su brazo. Al ver que empezaban a llamar la atención de los que esperaban ahí ser recibidos, Alondra moderó el tono de su voz—. Firma los papeles, es lo único que te pido.

—No lo haré.

—¡Por el amor a Cristo! Vas a firmar esos papeles o...

—Alondra, cariño. ¿A qué debo el placer de tenerte por acá?

El dueño de la voz le habló desde varios metros atrás y Alondra casi tuvo ganas de echarse a llorar. Miró a Gabriel casi suplicante y musitó antes de girarse:

—Vete ya.

Pero él no le hizo caso, y se giró con ella para observar al hombre que le había hablado con tanto amor impreso en la voz a su esposa. Sonrió un poco, si ella supiera que se refería a ella así, lo mataba.

Observó al hombre con curiosidad y no necesitó presentaciones para saber que se trataba del señor Saldivia, el padre de Alondra. El hombre era una persona alta, de contextura robusta y presencia un tanto intimidante. Sus cabellos estaban todos canos, pero no tenía ni bigote ni barba.

Ernesto Saldivia le regaló a su hija una amplia sonrisa y la abrazó. A Gabriel no le parecía el tipo de hombres dado a muestras afectuosas, pero ya que su mirada delataba el gran amor que le profesaba a la que debía ser la niña de sus ojos, no le extrañó en lo absoluto. Sabía que ella era capaz de hacer que cualquier hombre cayera a sus pies.

—Papi... —correspondió ella con un tono casi imperceptible de lamento.

—Qué gusto verte. ¿A qué has venido? ¿Quién es el caballero? —preguntó observando a Gabriel.

Alondra tuvo que contener las ganas de lanzarle una mirada cortante a su “esposo” e iba a responder con una mentira cuando él se le adelantó.

—Soy su novio. El ingeniero Gabriel Mendoza. Un gusto conocerlo, señor Saldivia.

Ernesto le estrechó la mano y lo examinó como un padre examina al pretendiente de su hija predilecta. Mientras, Alondra planeaba la mejor forma de perpetrar un asesinato sin ser descubierta. ¿Podía matarlo y hacerlo parecer como un suicidio?

Le lanzó una mirada que esperaba describiera todo lo que sentía, pero él solo le sonrió consciente de su molestia. ¿Y así planeaba que lo perdonara? ¿Cuando seguía jugando con su vida de esa forma? Se giró hacia su padre dispuesta a desmentir al hombre usando algo excusa de que era una broma, o algo así, pero este se le adelantó.

—Qué alegría que hayas decidido a olvidar a ese imbécil de Diego. Si estás aquí, supongo que venías a presentármelo, por lo que debe ser una relación seria.

“Ay, no. Ay, no”, pensaba Alondra.

—Papá, él y yo...

—Ahora no tengo mucho tiempo, de hecho, vine a pedir que me cancelaran unas cuantas citas porque estoy lleno de trabajo. Pero podrías llevarlo esta noche a cenar. Tu madre estará encantada. ¿Qué le parece joven? ¿Está de acuerdo? ¿A las ocho le parece bien?

—Estaré encantado.

—¡Maravilloso! —exclamó Ernesto y se fue a hablar con la recepcionista, metros más allá, antes de que Alondra pudiera decir palabra.

Molesta, se giró hacia Gabriel para obligarlo a terminar con esa farsa, pero el hombre ya se dirigía a la salida.

—Nos vemos en la noche —gritó saliendo del lugar y Alondra decidió que debería bañarse con algo que le quitara la mala suerte.

Una vez en su casa, Alondra reconsideró el asunto y pensó si debía decir o no la verdad, y al final, decidió que sería mejor seguir el juego por un rato, al menos hasta que convenciera al hombre de finalizar con ese absurdo. No soportaría tener que contar la verdad y que su familia le tuviera de nuevo lástima y compasión. “A la pobre Alondra le rompieron de nuevo el corazón”. Debía mantener silencio..

¡Maldito fuera Gabriel Mendoza por imponerle su presencia! Pero estaba muy equivocado si creía que cambiaría de opinión solo por tolerarlo. Cenarían esa noche, sí, pero no se verían más

después. A mala gana, se cambió para la cena, pero le mandó un mensaje a Karen para que la acompañara. Necesitaba alguien que tuviera la certeza de que no la atacaría.

Gabriel pasó a buscarla a las siete, y Alondra contuvo una sonrisa cuando él frunció el ceño al percatarse de la presencia de su amiga. Karen le dirigió una fría sonrisa y, para alivio de Alondra, se sentó adelante.

No hablaron en todo el camino y, cuando el auto se detuvo frente a la gran casa Saldivia, Alondra se bajó casi de inmediato.

La casa no era una gran mansión, pero sí lo suficientemente amplia para albergar a seis hijos y cierto personal. Era de dos pisos y bastante comfortable. Como Alondra había perdido esa llave desde hace tiempo, tocaron la puerta y su madre los recibió con una sonrisa. A mala gana, le presentó a Gabriel forzando una sonrisa, y su madre, siempre atenta, los invitó a pasar y sentarse en la sala mientras estaba lista la cena.

Para su sorpresa, en la sala estaban sentados los gemelos y Manuel. Hablaban entre sí, pero no parecían muy animados. Cuando entraron, los presentes les dirigieron una mirada de reproche.

—Temo que tu nuevo novio ha causado tanta conmoción que mamá consideró necesario que todos estuviéramos presentes —explicó Danilo con fastidio.

—No le dijeron del... —Lanzó una mirada a la puerta de la sala para confirmar que su madre no estaba cerca.

—No —respondió Ricardo—, decidimos no tentar a la suerte y causarle un infarto al viejo gruñón.

—Aunque para ello tengamos que soportar una agradable cena familiar —añadió Manuel con su característico sarcasmo.

—Oh, vamos, tampoco es que tuvieran cosas más importantes que hacer. Al menos cenaran como personas decentes por una noche y no como animales en una jungla en su departamento.

Los hombres le dirigieron una mirada fulminante a Karen por el comentario.

—Tú qué sabes —protestó Ricardo.

—¿Por qué la trajiste? —reprochó Danilo a Alondra lanzándole una mirada a Karen—. ¿Quieres aumentar nuestro tormento?

Karen tuvo la tentación de lanzarle uno de los cojines, pero se sentó tranquilamente en uno de los sillones, y mantuvo la compostura.

Para siempre afirmar lo guapos que eran, se llevaban terriblemente mal...o bien, dependiendo de cómo se viera. Karen había crecido con ella, sus padres eran vecinos, así que literalmente los hermanos Saldivia la habían acogido como una más, y eso significaba tratarla como se trata a una hermana: ¡horrible!

—Buenas noches, familia. ¡Dios! Tanto tiempo sin verlos.

Todos los presentes, sin excepción, se giraron para mirar con asombro al apuesto hombre blanco de cabellos negros que los miraba con sus ojos negros llenos de picardía. Alejandro Saldivia entró en la sala con paso resuelto y seguro, y sonrió mostrando esos hoyuelos en las

mejillas que hacían que cualquier mujer en su sano juicio suspirara ante su presencia.

—Dichosos los ojos que te ven —dijo Alondra dándole un abrazo a su hermano menor—. ¿A qué debemos el milagro de tu presencia?

El pequeño de los Saldivia lo correspondió y, alzándola, dio una vuelta completa con ella.

—Hermanita. Yo también me alegro de verte. Sobre por qué estoy aquí... madre me ha obligado. —Todos los demás asintieron en conformidad—. Karen, querida amiga...

—No se te ocurra levantarme —advirtió la castaña aferrándose al sofá como si este la protegiera de su hermano—. Sabes que me mareo con facilidad.

Alejandro suspiró decepcionado.

—¿Papá sabe de tu presencia esta noche? —preguntó Alondra.

Alejandro hizo una mueca.

—No lo creo, pero ya me lo imagino. —Su sonrisa se borró, y con la facilidad que solo un afamado acto puede conseguir, su semblante se transformó en uno severo y su voz se convirtió en una perfecta imitación de la de su progenitor—. “¿Qué hace este payaso en mi casa? Este es un lugar decente, no un vulgar escenario que...”.

—¡Alejandro Saldivia! ¿Qué clase de falta de respeto a tu padre es esa?

Para suerte del menor de los hermanos, la voz era la de Renata y no la de Ernesto. Alejandro le dirigió su mejor sonrisa.

—Perdona, mami, solo bromeaba.

Renata le dirigió una mirada suspicaz, y luego negó con la cabeza en rendición.

—¿Qué va a pensar el señor Mendoza?

Como si recién se diera cuenta de su presencia, Alejandro se giró hacia él y le sonrió.

—Alejandro Saldivia, mucho gusto. —Tendió su mano y le dirigió una mirada de fingida desaprobación a Alondra—. Estás perdiendo tu educación, hermana, ni siquiera me habías presentado al cuñado.

Al escuchar la palabra cuñado, Alondra se crispó, pero Gabriel solo se limitó a sonreír.

—Gabriel Mendoza —respondió este estrechando su mano.

—Renata... —Se escuchó la voz de Ernesto desde lo lejos. Su padre debía estar acercándose—. La cocinera ha dicho que la cena está lista y... —La figura del hombre se asomó al marco de la puerta y miró con el ceño fruncido al menor de los Saldivia—. ¿Qué hace este payaso en mi casa?

Si el asunto no hubiera sido serio, los hermanos hubieran reído. Alejandro blanqueó imperceptiblemente los ojos y le murmuró a Alondra cerca del oído.

—No entiendo por qué los hijos no pueden faltar el respeto a los padres cuando los padres sí le pueden faltar el respeto a los hijos. ¿No se supone que este se gana?

Alondra solo atinó a asentir. La relación entre su padre y Alejandro nunca llegó a ser buena desde que este último decidió dedicar su vida a las novelas, películas y teatros. Ni que el joven con solo veintitrés años fuera un reconocido actor al que los medios vivían persiguiendo había

aplacado esa enemistad que se formó entre ambos. Alondra suponía que su orgulloso padre jamás admitiría que Alejandro había triunfado, y a este le molestaba que el hombre siguiera creyéndolo indigno, aunque lo disfrazara con su buen humor y su sonrisa.

—¿Has invitado a Ángel? —interrogó Alondra sabiendo que su sensato hermano era el único capaz de disminuir las puntas que se lanzaban padre e hijo.

—Lo hice —respondió Renata—, pero me informó que estaba ocupado.

—Yo te dije lo mismo —protestó Alejandro.

—Y yo —dijeron los gemelos al unísono.

—Yo también —se unió Manuel.

—Sí, solo que a Ángel es al único que puedo creerle.

Renata les dirigió a todos esa mirada que indicaba que no deseaba que la contradijeran, y los hermanos Saldivia se obligaron a callar. Satisfecha, sonrió y habló:

—Bien, vamos a cenar.

Todos empezaron a seguirla, pero Alondra se quedó un poco rezagada hasta que Karen llegó a su lado.

—Ve el lado bueno —le dijo su amiga mientras caminaban—, si Ángel no está acá para detener las pullas entre tu padre y tu hermano, puede que Gabriel decida al final darte el divorcio por voluntad propia.

Alondra desearía que las cosas fueran tan fáciles. Caminaron hasta el comedor y se dijo que esa noche prometía ser interesante.

Capítulo 21

—Dinos, Alondra, ¿Cuándo y dónde se conocieron?

Alondra hizo un esfuerzo monumental por contener la mueca ante el inevitable inicio de las preguntas obvias. Hasta ahora, había cenado en santa paz (si no contaban las puyas entre su padre y Alejandro) y, para su mala suerte, Gabriel parecía caerle de maravilla a su familia, incluso a sus insoportables hermanos. Eso no era bueno si después del divorcio debía fingir una ruptura por algún motivo x.

—Fue hace un tiempo, Karen nos presentó.

La susodicha paró de beber el refresco para sonreír y asentir en apoyo. Ya que decir cómo se conocieron significaría también explicar los desagradables motivos, así que Alondra optó por una opción más sencilla y dar la excusa más conocida: “me lo presentó una amiga”.

—Espero que sepa tratarla, si no, recuerde que somos abogados —bromeó su padre, y Gabriel sonrió.

Alondra pensó que debería haber hecho que lo denunciaran por daños y prejuicios. Jugar de esa manera con los sentimientos de alguien no debería ser legal.

—Le aseguro que amo a su hija con todo mi corazón —confesó él mirando Alondra con intensidad. Ella apretó el cuchillo intentando contener la marea de esperanza que desencadenó esa declaración—. Si le llego a hacer daño, estoy seguro que la vida se encargará de hacérmelo pagar, porque semejante ser no merece sufrir. Rogaría cada día su perdón hasta obtenerlo.

Ella cerró los ojos un segundo, en el que el comedor se quedó en silencio por las palabras de hombre. Él no podía estar haciéndole eso. ¿Por qué con unas solas palabras hacía que su corazón brincara de alegría a pesar de que su cerebro exigía mantener su posición? Su orgullo herido gritaba por no dejar entrever ni una sola de las emociones que eso le causó y fue por eso que pudo mantener el semblante inexpresivo, aunque le costó un esfuerzo monumental, ya que todo su cuerpo había entrado en tensión que exigía ser liberada de una u otra manera.

—Si me llegas a hacer daño —habló Alondra intentando imprimir un tono de humor en su voz para disimular la verdad oculta—, yo no sufriría mucho tiempo porque no valdrías la pena. Te olvidaría.

—¿Aunque estuviera muy arrepentido? ¿No serías capaz de perdonar a alguien que te ama con locura y se arrepiente de un pecado que hizo de forma inconsciente, sin valorar las consecuencias?

¿No serías capaz de perdonar a un pobre hombre que mendiga amor y llora por dentro al saberse culpable de tu sufrimiento?

La mano con la que sostenía el cuchillo empezó a temblar y su temple se debilitó. Respiró hondo, y no supo cómo consiguió hablar.

—Creo que dependería del pecado. Sin duda no sería capaz de perdonar un engaño, o a alguien capaz de jugar con los sentimientos de una persona por razones meramente egoístas. ¿Por qué estar con alguien que no respeta los valores básicos? ¿Que no le interesa nadie más que él? ¿Puedo creer acaso que una persona así es capaz de querer a alguien más?

Los músculos de Gabriel también se tensaron y la tensión que reinó la cena podía cortarse con el filo de una navaja. Karen, la única que sabía la verdad, bajó la vista incómoda, mientras sus hermanos, al menos los que conocían su matrimonio, se miraban con el ceño ligeramente fruncido. Sospechaban algo, eso era seguro, pero Alondra esperaba que fuera algo muy lejano a la realidad. No soportaría más condolencias, no en ese momento donde cada fibra de su ser exigía liberación y amenazaba con desmoronarse.

Miró a los ojos de Gabriel y los sentimientos expresados en estos amenazaban con acabar con su resistencia. ¿Por qué tenía que lucir arrepentido? ¿Por qué no podía parecer indiferente?

Sentía que estaba a punto de explotar cuando Karen dijo:

—Ale, tienes que llevarme a una de las grabaciones, capaz consigo a un guapo actor que se enamore perdidamente de mí.

Alejandro blanqueó los ojos y los gemelos Saldivia rieron.

—¿De ti? Tendría que estar ciego —dijo Ricardo.

—O padecer de problemas mentales —opinó Danilo.

Ambos se ganaron una mirada fulminante de la castaña y Alondra pudo volver a respirar con normalidad, al menos hasta que su madre, que parecía haber sido completamente ajena a las indirectas que se dedicaron los “enamorados”, habló.

—Me alegra que al menos alguien en esta familia este dispuesta a llevar una relación formal. No como ciertas personas que parecen creer que su madre es eterna. A este paso moriré antes de conocer a los nietos.

Al escuchar la palabra “nietos” Alondra dio un respingo. Debió imaginarse que su madre se formó toda una película en la cabeza, y ella lamentaba en un futuro tener que romperle las ilusiones. Temía que para los “nietos” había un largo camino.

—Bueno, yo iba a consolidar una relación esta noche, pero una cena familiar me obligó a dejar a aquella adorable dama plantada —comentó Ricardo con cierta ironía. Alondra supuso que su definición de “consolidar una relación” no era la misma que tenía su madre.

Renata, sabedora de que le estaban reprochando, lo ignoró y se giró a los otros.

—Estoy perfectamente bien así —habló Manuel antes de que la progenitora dijera una palabra.

—Danilo, esa novia tuya...

—Creo que me quedaré soltero un buen tiempo —se adelantó antes de que terminara la frase.

Bien, al parecer la relación había acabado, y no muy bien.

—Alejandro, esa linda chica con la que te vi en la televisión...

—Mamá —interrumpió él—, a mí me pueden ver con una mujer que ellos no conocen y me emparejan, así sea mi madre, tía, prima o hermana. No confíes por ello.

Renata hizo un gesto refunfuñado y, luego, con una sonrisa se giró a Karen.

—Yo me meteré a un convento —informó su amiga con tal veracidad que todos en la mesa abrieran los ojos incrédulos—. Siento que el amor no es para mí y... —Se detuvo un momento para revisar su teléfono que vibró, y algo debió ver en él, porque cuando levantó la vista, esta tenía un brillo especial—. No, esperen, no me meteré a un convento. No todavía, creo que me daré otra oportunidad.

—¡Ay, Karen! —exclamaron casi todos al unísono y la susodicha solo sonrió.

La cena transcurrió después de eso normal. Cuando Gabriel las llevó de vuelta, no pareció agradecerle que Karen se quedara a dormir con ella. Alondra ya había supuesto que él dejaría primero a su amiga en su departamento, para poder quedarse a solas con ella, así que le pidió ese último favor a su amiga que no mostró ningún inconveniente en complacerla.

Gabriel regresó a su departamento con una mezcla de frustración y alegría. Frustración, porque Alondra se negaba a dirigirle la palabra y hacía lo posible para evitarlo. Además de que no parecía tener ninguna intención de perdonarlo. Pero, por otro lado, se sentía alegre, porque tenía el apoyo de la familia de ella y había conseguido posponer los planes de divorcio. Solo era cuestión de tiempo para conseguir que lo perdonara. Y lo lograría, aún no tenía la menor idea de cómo, pero lo lograría. No permitiría que semejante persona se escapara de sus manos por un acto estúpido pensado en un momento cuando no estaba en su mejor situación.

Tenía que pensar en algo, y debía hacerlo rápido.

Su teléfono sonó y Gabriel se percató de que era su hermana. No había dejado de llamarlo desde que le mandó un mensaje hace rato informándole de su matrimonio y preguntándole cuánto tiempo podía posponer el divorcio si se negaba a firmarlo. Por supuesto, no le había respondido eso último y se había limitado a bombardear con preguntas sobre su inesperada boda en Las Vegas. Él solo le pidió que mantuviera el asunto en secreto por un tiempo.

Sabedor de que no lo dejaría en paz hasta que matara toda su curiosidad, Gabriel le atendió el teléfono dispuesto a acabar rápido con el asunto y ponerse a pensar en un plan de reconciliación.

—¿Qué tal todo, Samanta? ¿Cómo estás?

Él esperó a que ella dijera algo como: “No tengo noticias tan interesantes como la tuya”; o que comenzara directamente con las preguntas, pero no inició la conversación diciendo:

—Lo siento.

Gabriel frunció un poco el ceño.

—¿Por qué? —preguntó con cautela.

—Bien, cuando te llamaba y no me atendías, digamos que mascullé algo sobre “los hermanos que se casan inesperadamente y luego no quieren dar detalles”.

—Y... —la instó a seguir al ver que ella no decía más.

—Y... estaba en casa de mamá y sin querer ella me escuchó.

Gabriel soltó un lamento y se puso una mano en la frente.

—Entonces...

—Entonces me obligó a explicárselo. Te juro que intenté tergiversar la historia, en serio lo intenté, pero no me creyó y al final terminé confesándole la verdad.

—Samanta, me estás diciendo que tú, una abogada acostumbrada a decir argumentos y hacer que estos suenen lo más creíbles que se pueda, ¿te dejaste vencer por una dulce mujer?

—Es de mamá de quien hablamos —argumentó ella—, eso basta para exonerarme de toda culpa.

Gabriel gruñó.

—Hay algo más.

—¿Qué?

—No estaba segura si mencionarle que ella se quería divorciar y tú no, así que omití esa parte y ahora quiere conocer a tu esposa. Dijo que te llamaría más tarde para preguntarte, pero he conseguido entretenerla para avisarte...

—Ay, Samanta. No pienso llevar a Alondra a cenar. Primero, no va aceptar. Segundo, estará mi padre ahí.

—Pero mamá está muy ilusionada. Tanto, que creo que puede perdonarte las circunstancias del matrimonio. ¿Le cuento entonces la verdad? Sea cual sea, porque todavía la desconozco.

El tono irónico de la última frase no le pasó desapercibido a Gabriel, quien tenía muy pocas ganas de explicarle la situación en la que se encontraba tanto a ella, como a su madre. No solo porque recibiría un gran reproche de Samanta, sino porque su madre se sentiría decepcionada y eso era lo último que necesitaba en ese momento. Por otro lado, tampoco le gustaría que su padre se enterara del lazo que ahora lo unía con Alondra, pero difícilmente podía pedir a su madre que se lo ocultara. Le sorprendería que no lo supiera ya.

Suspirando, le contestó a Samanta:

—Intentaré convencerla.

—Estoy seguro de que lo harás, pero primero, que tal si me dices cómo...

Gabriel colgó el teléfono antes de que empezara con las preguntas y marcó el número de Alondra. Tarde recordó que ella lo había bloqueado, así que marcó desde el teléfono fijo de la casa.

—Aló. —Escuchó que respondían al otro lado del teléfono.

—Alondra, soy yo... no cuelgues —pidió al ver que ella soltaba un gruñido.

—¿Recapacitaste y vas a firmar los papeles?

Gabriel iba a formular una negativa, pero se lo pensó dos veces. Si le decía inmediatamente que no, ella le colgaría el teléfono antes de que pudiera terminar la frase.

—Primero necesito un favor.

Engañarla nuevamente no suponía una opción muy sensata, pero necesitaba saber que reconsideraría la idea.

—¿Qué quieres?

—Que vengas a cenar mañana en la noche con mi familia. Samanta se ha ido de la lengua y le dijo a mi madre lo de nuestro matrimonio. Quiere conocerte.

—¿Por qué no le dices la verdad? No quiero engañar a un pobre señora.

—¿Por qué no le dijiste tú la verdad a tu familia? No hubiera sido difícil desmentirme, sin embargo, me seguiste el juego.

Ella guardó silencio por un rato en el que Gabriel esperó impaciente una respuesta. Por ridículo que sonase, se encontraba un poco nervioso ante su respuesta.

—Mis motivos era justificados.

—Bien, entonces los míos también. ¿Aceptas? Una cena por otra.

—Está bien. Todo sea por el bendito divorcio.

Ella colgó y Gabriel se alegró de no haber dado su promesa de que firmaría esos papeles. No lo podía acusar de mentiroso si se seguía negando.

Poco después recibió la llamada de su madre y cuadraron todo. Le envió la información a Alondra y decidió descansar. El día siguiente prometía ser largo.

Alondra miró en su celular la información prometida y suspiró. No quería volver a verlo. No lo deseaba después de las palabras que le dijo esa noche en la cena, frente a sus padres. Por un momento, por un pequeño momento las había creído, había tenido la certeza de que la amaba, pero ahora ya no estaba segura; después de todo, firmaría los papeles a cambio de una cena. Debería estar feliz, pronto el hombre no representaría nada en su vida, pero su corazón seguía lamentándose como un necio, no tanto por la separación, sino por el hecho del reciente engaño y la seguridad de que no se olvidaría tan fácil como desearía.

Pero tenía que hacerlo, tenía que olvidarlo la amara o no. ¿Cómo podía perdonar a alguien que fue capaz de jugar así con sus sentimientos? ¿Que aprovechó un momento vulnerable para acercarse y todo con fines puramente egoístas? No, no podía. No debía. Lo mejor sería ir a esa cena, y pronto, acabar con todo ese asunto.

Capítulo 22

—Linda casa —comentó Alondra sin emoción una vez el carro se detuvo en su destino.

Alondra no podía describir el lugar que sus ojos detallaban precisamente como “lindo” aunque tampoco estaba segura de que se pudiera llamar “casa”, ya que tenía las proporciones justas para ser una mansión. No era fea, más bien extravagante, pero supuso que “linda” podría simplificarlo bien. Tenía la apariencia de aquellas mansiones antiguas donde la aristocracia de todos los países solían dejar ver su fortuna y prestigio, aunque con ciertos toques modernos. Columnas corintias adornaban la entrada y una escalera en semicírculo proporcionaba la entrada a esta. Grandes ventanales debían ser la fuente de luz durante el día, pero de noche brillaban dándole una apariencia bastante exótica.

—Mi padre tiene afán por el lujo y la extravagancia. Poco parece importarle lo muy susceptible que eso lo hace a un secuestro.

—Debe haberle costado años reunir para construir este lugar.

El gran lugar quedaba afueras de la ciudad, donde había suficiente terreno que se ajustara a las proporciones de la casa. Tenía un cercado eléctrico como medida de seguridad, y Alondra creyó ver a unos cuantos hombres vigilando. No era para menos. Debió sospechar que se encontraría con algo fuera de lo común cuando el viaje duró más de lo deseado. Había luchado por mantenerse en silencio durante todo ese tiempo, a pesar de los notables intentos de él por iniciar una conversación y tratar aquel tema en específico. Sabía que si se dejaba llevar, había altas probabilidades de que terminara agarrándole simpatía de nuevo, y eso era algo que no podía permitirse. Su orgullo se negaba a mostrarse débil y su corazón estaba reacio a volver a sufrir. Una de las razones por las que no se perdonaba una infidelidad era por la incapacidad que había después para volver a confiar, y aunque él no la había engañado exactamente de esa forma, sí había habido un engaño y la pérdida de fe era la misma.

Antes de que se ofreciera a ayudarla a bajar, ella lo hizo por sí misma y lo esperó para entrar. El lugar era bonito, sí, pero la intimidaba de una forma que no sabía explicar. Quizás era porque sabía que se encontraría ahí con la desagradable presencia de Adrián Mendoza, o puede que solo se debiera a la opulencia del lugar.

La puerta les fue abierta por una joven muchacha que, supuso, trabajaba ahí, y se adentraron a través de un vestíbulo que los llevó hasta una sala donde una mujer de sonrisa afable los esperaba.

—Gabriel, qué bueno que hayan podido venir. Tenía muchas ganas de conocer a tu esposa. —El tono acusador en su voz no le pasó desapercibido a Alondra. La mujer no debía estar contenta de no haber sido invitada a la boda. Si Alondra estuviera en su lugar, tampoco lo estaría, pero podría perdonarlo si le explicaban que la boda ni siquiera estuvo planeada, pensó con ironía.

Gabriel también notó el reproche en su voz y formó una de esas encantadoras sonrisas que servían para reducir cualquier regaño.

—Mamá, te presento a Alondra Saldivia. Alondra, ella es mi madre, Carlota.

—Mucho gusto, señora.

La mujer estrechó su mano y luego la saludó con un beso en la mejilla. A diferencia de Adrián Mendoza, Carlota inspiraba confianza y simpatía. Era de ese tipo de personas que caían bien apenas sonreían porque su aura destilaba solo alegría y optimismo. No podía comprender cómo estaba casada con aquel hombre tan desagradable.

—Supongo que no pecaré de impertinente si pido los detalles de este apresurado matrimonio.

—Yo creo que sí lo harás, mamá. Ya conoces a Gabriel, un libro cerrado.

Samanta apareció salvando el momento, pero el tono en el que dijo la frase dejaba claro su resentimiento por también desconocer la historia.

—¿Nos quedaremos parados aquí? —intervino Gabriel.

—Oh, no. La cena ya está lista, si lo desean. Tu padre debe estar esperándonos. Se sorprendió tanto cuando se lo dije como yo. Nos has dejado incrédulos.

La mujer los guio a un elegante comedor donde estaba dispuesta una mesa rectangular para seis personas. Adrián Mendoza se encontraba sentado en la cabecera, tan impecable y pulcro como la última vez que ella tuvo la desgracia de verlo. Sus ojos negros la examinaron con un brillo que no le gustó nada, y solo por instinto, se pegó a Gabriel. Solo porque era el menor de dos males.

La cena transcurrió de forma tranquila, al menos es la definición básica de la palabra. Se podía percibir cierta tensión entre los presentes, y solo la agradable conversación de Carlota y Samanta lograba aligerarla. El padre de Gabriel no era muy conversador y la miraba de una forma que conseguía ponerle la piel de gallina. Cada vez que lo encontraba mirándola, un mal presentimiento atravesaba su espina dorsal, y observó que Gabriel también apretaba el cuchillo con demasiada fuerza para conseguir poner sus nudillos blancos.

—Aún no puedo creer que mi hijo se haya casado contigo en secreto —le comentó el señor Mendoza cuando, una vez terminada la cena, se sentaron en la sala a conversar. Gabriel se había sentado a su lado, pero su madre y él habían acompañado a Samanta a la salida, por lo que la habían dejado sola unos minutos con el hombre.

—Sorpresas que da la vida —respondió tratando de no sonar irónica.

—Escuché que ya no trabajas en Altamirano's.

Escuchar el empleo al que había renunciado por “amor” la puso de mal humor. Ella lo había jugado todo por él para luego enterarse de que no era más que parte de un plan finamente trazado que estaba saliendo a la perfección.

—Así es, pensé que quizás debería trabajar por mi cuenta.

—¿Cómo? ¿Te has casado con Gabriel y no te ha ofrecido trabajo? Qué descortés de su parte.

—Solo le dejé claro que no quiero aceptarlo. Es una cuestión de lealtad hacia el señor Altamirano. Sería muy cruel ir a ofrecer la experiencia a su competencia.

—¿Y no le debes lealtad a tu esposo? —insistió el hombre.

—¿A qué quiere llegar? —lo encaró.

En el rostro del señor Mendoza apareció una sonrisa maliciosa.

—Sabes por qué Gabriel se acercó a ti. —No era una pregunta, él estaba ahí cuando ella se enteró.

—Sí.

—¿Y te has casado con él aun sabiéndolo?

—Eso parece. —Nuevamente intentó no mostrarse irónica. Le gustaba ver al hombre desconcertado por el hecho de que ella se hubiera casado con su hijo aun sabiendo los motivos. Tenía la impresión de que era de ese tipo de personas no acostumbradas a que las cosas se hicieran fuera de su ojo supervisor.

—¿Por qué?

Ella se encogió de hombros.

—¿Por lo que se casa todo el mundo? ¿Importa acaso?

El hombre negó con la cabeza, pero no en respuesta a sus preguntas, sino en gesto de incompreensión.

—Eres una tonta —declaró.

Alondra se tensó y lo miró mal. Así que ya habían terminado con las sutilezas.

—¿Por qué? ¿Por haberme casado con su hijo o por no quererme ir a su empresa?

—Por los dos motivos. Aunque me inclino más hacia el hecho de haberte casado con él. No entiendo qué le has visto.

La que no entendía era Alondra. ¿Cómo un padre hablaba así de su propio hijo? ¿Dónde estaba el cariño que se supone debería tenerle un padre a su descendencia?

—Por lo que veo, no le tiene mucho aprecio a su hijo, señor Mendoza.

—No más del que él me tiene a mí —replicó el viejo—, si algún día te cansas de él, yo podría ofrecerte más.

Todos los sentidos de Alondra se quedaron en shock al menos cinco segundos enteros, antes de que su sentido común reaccionara y la instara a levantarse. Le dirigió una sonrisa fría y, dirigiéndose a la puerta, respondió:

—No se haga muchas esperanzas, señor Mendoza, para eso debería haber perdido la cordura y todo rastro de buen gusto.

Salió sin darle tiempo a replicar.

En medio del camino a la puerta, se encontró a Gabriel y a su madre que regresaban.

—Lamento la tardanza, a Samanta no le quería prender el carro y...

—Me quiero ir —interrumpió—, no me siento bien.

Él asintió extrañado y se despidió de la señora Carlota con todo el temple que fue capaz de mantener. Una vez en el carro, se dedicó a mirar por la ventanilla, evadiendo la mirada del hombre que conducía.

—¿Qué sucedió? —preguntó Gabriel al ver que ella no decía nada.

Alondra no respondió de inmediato, dudosa de si decir o no el incidente ocurrido. Sabía que cualquier mentira que saliera de su boca sería inmediatamente detectada por él, aunque tampoco tenía ninguna obligación de decirle la verdad. Aun así respondió:

—El señor Altamirano tenía razón, Adrián Mendoza es un ser despreciable. Lástima que no supe aceptar un consejo cuando me fue dado en buena voluntad.

El cuerpo de Gabriel se tensó.

—¿Qué te hizo?

—De hacer, nada.

—Alondra...

—Lo que me dijo no importa. Solo lamento no haber escuchado un consejo que pudo haberme ahorrado muchos dolores.

Gabriel no necesitaba preguntar a qué se refería. Supuso que el viejo Rafael Altamirano le había advertido que no se acercara a él. Gabriel conocía parte de la historia que había causado una enemistad entre los dos hombres, aunque admitía que Rafael Altamirano tenía todos los motivos para odiar a Adrián Mendoza, también pensaba que ese asunto ya había durado demasiado. El rencor estaba carcomiendo de tal manera a Rafael que ya no lo dejaba pensar con claridad. Despedir a una de sus mejores arquitectas solo por mantener una relación con el hijo de su enemigo demostraba el alto grado de rencor no curado, que le envenenaba el alma y lo carcomía por dentro. Gabriel lamentaba que semejante hombre terminara sumido en las sombras por pecados pasados, y también lamentaba que su padre fuera el culpable.

Sobre su padre, no sabía qué le había dicho a Alondra, pero la idea que se estaba haciendo no le agradaba en lo absoluto. Las manos se crisparon en el volante y se prometió que le pondría punto y final a ese asunto.

—Sabes, no comprendo cómo tu madre... —Se calló al darse cuenta de que iba a hacer una pregunta bastante imprudente, pero Gabriel no pareció ofendido.

—¿Sigue con él? —adivinó.

Ella asintió.

—Yo tampoco, ni Samanta lo comprende. Supongo que tiene esa absurda idea de que lo puede cambiar, o de que no es tan malo como lo pintan. Es algo en lo que no podemos intervenir más de lo que hemos hecho. La hemos intentado convencer, pero ella asegura amarlo. ¿Quién somos nosotros para ir en contra de sus ilusiones? Mientras la veamos física y mentalmente estable, creo que no podemos hacer nada.

No hablaron más durante el resto del viaje y Gabriel se detuvo frente a la casa de ella.

—Hablaré con Ricardo para tramitar lo del divorcio —informó ella—. ¿Podrías quitar el seguro?

Gabriel desvió la vista cuando dijo:

—No voy a firmar los papeles.

El rostro de Alondra entró en tensión y sus ojos brillaron con rabia.

—Me lo prometiste. ¿Acaso tampoco tienes palabra? Debí de haberlo esperado de alguien como tú —espetó furiosa. Él no le podía estar haciendo esto.

Gabriel la miró sin inmutarse.

—Si recuerdas bien, sabrás que en realidad jamás te lo llegué a prometer.

Alondra cerró los ojos y respiró hondo. Tenía ganas de zarandearlo hasta que admitiera que todo esto era un absurdo que estaban postergando, pero contuvo sus impulsos asesinos. En su currículum no quedaría bien una demanda por asesinato.

—¿Por qué? ¿Qué no te das cuenta de que esto se acabó? ¿De que no hay nada que puedas hacer al respecto? ¿Por qué seguir insistiendo?

—¿Estás segura de que no hay nada? Alondra, cometí un error, lo sé. Admito haber actuado mal, pero ¿no te parece suficiente castigo haberme enamorado de ti y ahora estar a punto de perderte? ¿No crees que ya es demasiada la tortura al saber que te he dañado y no me dejas remediarlo?

—¿Me amas? —ironizó—. ¿O es otra mentira para llevarme a la maldita empresa?

—¡Eso ya no me importa! —Él le tomó las manos y, aunque ella quiso apartarlas, no la dejó—. Tú me amas —aseguró—, olvídale todo. Olvidemos el pasado.

—Olvidar es una palabra muy sencilla de decir, pero muy difícil de poner en práctica. ¿Qué no te das cuenta de que no puedo confiar en ti de la misma manera?

—¿Qué quieres que haga? —preguntó desesperado—. ¿Qué quieres que haga para que me perdones? Y lo haré. Te bajaré la luna si es necesario, pero por favor, Alondra.

Alondra cerró los ojos para evitar que las lágrimas empezaran a bajar sin control por sus mejillas. Cada palabra de él era un golpe contra sus barreras. Un cincel que acababa poco a poco con el muro de piedra que el dolor levantó para proteger su corazón. ¿Por qué? ¿Por qué tenía que ser tan condenadamente sincero? ¿Por qué su corazón no podía dejar de quererlo y deseaba perdonar a quien le hizo mal? ¿Era eso lo que impulsaba a las personas a perdonar una infidelidad, un amor incontrolable y una necesidad de estar con el ser querido a pesar de todo? Alondra empezaba a temer que si lo perdonaba, terminaría perdonándole todo y convirtiéndose en una de esas personas que tanto detestaba.

—Te amo —habló él en un susurro, pero las palabras sonaron fuertes y claras en los oídos de ella—. Te amo y sé que tú también a mí. Dame la oportunidad. Sé que el error fue imperdonable, sé que no tiene justificación el plan inicial. ¿Pero no cuenta que haya caído perdidamente enamorado de ti en menos de dos semanas?

Ella sollozó y zafó sus manos del agarre. Giró la cabeza para que él no pudiera verla, y

controló su voz al decir.

—Quita el seguro, por favor.

—Alondra...

—El seguro.

—Al menos piénsalo —pidió—, piensa si vale la pena sufrir por algo que tiene solución. Piensa que ya me he castigado bastante yo mismo en todos estos días. Piensa que te amo y estoy dispuesto a todo por hacerte feliz.

Quitó el seguro del coche y ella abrió inmediatamente la puerta. Él también se bajó, pero no la siguió, solo la observó rebuscar en su bolso las llaves. Cuando se disponía a abrir el portón, un carro se estacionó atrás del de Gabriel. Ambos se giraron y, cuando el dueño se bajó, Gabriel no pudo evitar fruncir el ceño y apretar los puños. Era Diego.

Capítulo 23

—¿Qué haces aquí? —cuestionó Gabriel observando con mala cara al recién llegado.

Diego Altamirano pasó su vista alternativamente de ella a él, pero al final se detuvo en ella.

—Vine a verte —le dijo a Alondra—. Necesitaba hablar contigo.

—¿A las diez de la noche? —preguntó ella incrédula.

En ese momento de lo que menos tenía ganas era de conversar con Diego.

—Pensé que podríamos ir a algún lado, no sé. —Lanzó una mirada furtiva a Gabriel antes de dirigirse nuevamente a Alondra—. ¿Regresaron?

—No —respondió ella.

—En teoría sí —contradijo Gabriel, y con una sonrisa que le advirtió a ella que no le iba a gustar lo que se diría a continuación, informó—: Nos casamos.

La cara de Diego era digna de ser dibujada en un retrato y Gabriel estaba seguro de que vendería millones. Ojos abiertos, labios separados, y la más clara incredulidad tiñendo sus facciones. Una gran satisfacción se instaló dentro de sí ante la sorpresa del hombre y solo contuvo las ganas de sonreír porque Alondra lo taladraba con la mirada.

—¿Es una broma?

La pregunta iba dirigida a Alondra, pero esta, todavía batallando con la rabia, no respondió de inmediato y le dio la oportunidad a él de responder.

—No. Si quieres le muestro una copia del certificado de matrimonio.

Diego optó por ignorarlo y esperar a que Alondra hablara.

—No, no es una broma —confirmó ella a mala gana volviendo a fulminar con la mirada a Gabriel, quien se permitió dejar que una media sonrisa se formara en su rostro.

—Pe-pero ¿có...?

—Nos casamos en Las Vegas, pero estamos en proceso de divorcio.

—¿Las Vegas? —El hombre estaba cada vez más incrédulo.

—Sí, hombre, Las Vegas. Nos casamos ahí, y no, no estamos en proceso de divorcio.

—Lo estamos —afirmó Alondra con un tono que demostraba su exasperación.

—No, no lo estamos —insistió él, a pesar de ser consciente de que la morena estaba planeando ya su muerte.

—No entiendo —habló Diego interrumpiendo la disputa.

—No hay mucho que entender —dijo ella—, nos casamos cuando no estábamos en nuestros cinco sentidos y ahora nos vamos a divorciar.

—Eso está por verse.

Diego se mantuvo unos segundos en silencio, intentando procesar toda información dicha. Luego, negó ligeramente con la cabeza como si quisiera despejarse y fijó su vista en Alondra.

—¿No te quiere dar el divorcio?

Alondra no respondió, pero su cara de fastidio debía de ser suficiente respuesta. Gabriel se recostó con postura relajada en su carro y observó cómo se desarrollaba la escena.

Diego se dirigió a él con un semblante molesto. Gabriel se limitó a darle con indiferencia.

—¿No te bastó con romperle el corazón sino que ahora también quieres mantenerla atada a ti? ¿Qué clase de persona eres?

—Te aseguro que no menos que tú —contraatacó—. ¿O se te olvida que tú lo hiciste primero? ¿Acaso ya no recuerdas que te casaste con otra cuando tenías a alguien que se desvivía por ti?

—Eso es diferente —se defendió.

—¿En qué sentido? El resultado fue el mismo —replicó—. Además, ¿no sigues casado? ¿Qué haces aquí?

Diego apretó los puños y Gabriel le sostuvo la mirada dispuesto a presentar batalla.

—Yo cometí un error —admitió.

—Yo también.

—¡Tú no te la mereces!

—¡Mucho menos tú!

—¡Basta los dos! —exclamó Alondra cansada de que hablaran como si ella no estuviera presente—. ¡Váyanse de mi casa! ¡Ambos!

—Alondra... —intentó hablar Diego, pero ella lo cortó.

—Lárguense los dos o llamo a la policía.

Lanzándose una mirada de desprecio mutuo, los hombres montaron sus respectivos carros y se fueron.

Cansada, entró en su casa y decidió alejar todo pensamiento de su mente. Se desvistió, se colocó un pijama, y se fue a dormir dejando que su mente reposara para poder enfrentar las cosas al día siguiente.

Cuando se levantó al día siguiente, se vistió y decidió llamar a su hermano para ver si le había conseguido algún trabajo e intentar convencerlo de que iniciara los trámites de divorcio. Ricardo tenía la plena certeza de que solo perdería el tiempo y aseguró que pronto se reconciliaría, así que no quería iniciar un proceso donde una de las partes no estaba de acuerdo y todo llevaría demasiado tiempo. Alondra estuvo tentada de confesarle la verdad, pero nuevamente ese odio a la lástima que le tendrían la detuvo. En el peor de los casos, necesitaría trabajo para conseguirse otro abogado.

Ricardo le habló de un amigo suyo que buscaba arquitectos para su empresa, y de otros a los

que les gustaría ver uno de sus proyectos, pero Alondra ya no estaba convencida de nada. Se encontraba desaminada, con pocos ánimos de hacer algo, y si no fuera porque no podía vivir de lamentos, no hubiera salido de la casa. Así pues, como no le quedó otra, se arregló y decidió ver esa empresa que le habían recomendado.

Acababa de terminar de arreglarse cuando tocaron la puerta. Ella se acercó y miró por el ojo de la puerta para identificar al visitante, y casi suelta un gruñido cuando se dio cuenta de que se trataba de Diego. Por supuesto, el hombre no le caía ni la mitad de mal de lo que le caía Gabriel Mendoza en ese momento, pero seguía sin ganas de enzarzarse en una discusión.

Aun así, le abrió la puerta y forzó una sonrisa.

—Diego, ¿cómo estás? Iba de salida. ¿Necesitas algo?

—Solo un momento. No te quitaré mucho tiempo, lo prometo.

Debido al cierto cariño fraternal que aún sentía por él, Alondra decidió dejarlo pasar. A pesar de todo, Diego no era una mala persona. Quizás un poco inmadura, pero no mala. A diferencia de Gabriel, no hacía las cosas para conseguir beneficio propio. Lo de él era más bien de forma inconsciente.

—Tú dirás. —Ella señaló un sofá y él se sentó.

Al principio no dijo nada. Observó la casa en donde ya había estado, pero que parecía tener algo nuevo que captaba su interés.

—Fui un tonto —confesó.

Como único gesto, Alondra abrió ligeramente los ojos para demostrar su sorpresa. No entendía a qué venía eso.

—Al casarme con Emma, fui un tonto —explicó él.

Alondra no dijo nada. Se sentó en un sillón frente al suyo y esperó a que siguiera hablando.

—Ya te comenté que me quería divorciar.

—¿Entonces no tiene solución? ¿Qué te hizo?

—Nada. Simplemente creo que estaba demasiado cegado. Yo la amé, en verdad lo hice, pero ella no es la persona buena que creí que era.

“¿Y ahora se viene a dar cuenta?”, pensó con ironía, pero se abstuvo de hacer el comentario.

—Me divorciaré —afirmó— y reharé mi vida.

Alondra sospechó a dónde quería llegar, y se dijo que lo mejor sería cortar de raíz cualquier intento de reconciliación. Primero, porque ya no lo quería, y segundo, tenía el orgullo demasiado herido para además aceptar ser plato de segunda mesa. No, señor.

—Estoy segura de que encontrarás a alguien adecuado para ti.

—Pero ese alguien no serás tú —se adelantó él y sus labios formaron una media sonrisa—. Debí haberlo supuesto. ¿Ahora lo amas a él, cierto?

No fue necesario que ella respondiera, el brillo de dolor en sus ojos era confirmación para cualquiera.

—Una lástima que ninguno de los dos haya sido merecedor de tu amor. ¿Qué fue lo que te hizo?

¿Tan grave es que no merece perdón?

Alondra desvió la vista y no respondió. No pensaba contárselo. Diego era un buen amigo, pero no pensaba contárselo, al menos no todo.

—¿Te engañó? —intentó adivinar al ver que ella se mantenía en silencio.

—Sí, pero no de la forma que piensas.

Él arrugó el entrecejo.

—Supongo que no me lo vas a contar. No hay problema. Me gustaría verte feliz, Alondra. El hombre me pareció anoche bastante interesado. ¿Estás segura que su pecado no tiene una mínima posibilidad de perdón?

—Siento... siento que si lo perdono, seré capaz de perdonarle cualquier cosa. Temo perder ese orgullo propio del que siempre me he enorgullecido y tengo miedo de volver a creer en sus palabras y que estas sean falsas —confesó ella con voz ahogada.

—Pero si no lo haces, tal vez te lamentarás toda la vida y pensarás qué habría pasado si lo hubieras hecho. ¿Te acuerdas de lo que me dijiste cuando rompimos la relación? ¿Cuando no podía perdonarle a Emma la última escena de celos que causó nuestro rompimiento?

—Diego, eso no va...

—Me dijiste que me condenaría a una infelicidad perpetua —continuó como si ella no hubiera hablado— y que toda la vida me preguntaría qué habría sido si hubiera actuado diferente, si me hubiera dado otra oportunidad.

—De todas formas, te vas a divorciar, ya ves lo bien que te fue con mi consejo —dijo sarcástica.

—Ese no es el punto —reprochó él—. El punto es que toda la vida te lo vas a preguntar, Alondra. Además, creo que todos sabían cómo era Emma menos yo. El hombre, muy a mi pesar, se ve buena gente.

—Me parece demasiado irónica toda esta situación —comentó.

—La vida juega de manera perversa sus cartas. —Diego se levantó y empezó a caminar hacia la entrada—. Recuerda que aún puedo convencer a mi padre de que te regrese el trabajo.

Ella rio.

—Me corrió cuando era la novia del enemigo, no me imagino si se entera de que me casé.

Diego también sonrió.

—No lo juzgues tan duramente. Tiene sus motivos... ¿Nunca te enteraste de la historia?

Alondra negó con la cabeza.

—Seré feliz si me la cuentas.

—Tengo solo la versión de mi padre. ¿Quieres escuchar cómo tu suegro queda como el villano?

—No me sorprendería.

—Bien. Lo sucedido fue lo siguiente. —Diego se recostó en la puerta cerrada y empezó a hablar—. Mi padre y Adrián Mendoza estudiaron juntos, se graduaron juntos y, junto con la ayuda de sus padres, formaron una empresa. Trabajaron bien durante al menos unos cinco años, hasta que

llegó una nueva arquitecta a la empresa. Mi padre dijo que era una de las mujeres más bonitas que hubiera visto jamás, y ambos socios cayeron rendidos a sus pies. Al contrario de lo que puedas pensar, no era una mala persona, así que eligió a mi padre por encima de Adrián Mendoza, cosa que no tomó bien, ya que era un hombre acostumbrado a ganar. En venganza, o quizás porque quería obtener más poder, comenzó a robarle a mi padre hasta el punto de dejar la empresa en la ruina. Mi padre se había dado cuenta de que algo iba mal, pero no se percató de todo hasta que era demasiado tarde. Adrián encargaba materiales de mala calidad, contrataba a trabajadores no aptos para los puestos, en fin. La empresa no solo cayó en la ruina, sino que su reputación también se vino abajo. Se tuvo que enfrentar a varias demandas legales, reponer daños; lo que alguna vez estuvo en lo alto, se vino abajo. Cuando mi papá supo todo, se enfrentó a Adrián Mendoza, y este le respondió con cinismo diciendo que solo había tomado lo que merecía. Llámalo karma, pero en realidad los dos perdieron, ya que al estar los dos como dueños de la empresa, los dos tuvieron que pagar deudas y daños ocasionados, a pesar de los múltiples intentos del otro por achacar la culpa al contrario. Después de eso ambos debieron empezar de nuevo y así fue como terminó formándose Ea y Altamirano's, aunque mi padre jamás pudo perdonarle a Adrián el haberle traicionado, y Adrián jamás pudo perdonarle a mi padre haberse quedado con la única mujer que posiblemente amó.

—¿Y esa mujer es...?

—Mi mamá —respondió él con una sonrisa—. Al menos parte de la historia quedó bien, pero para un hombre que valora la lealtad, la traición y el engaño de su amigo no fue nada agradable. Hasta el día de hoy, no se lo ha podido perdonar.

—Tampoco es bueno guardar eternamente rencor.

Al ver que él sonreía, Alondra se maldijo por no haber pensado bien la frase. Le había dado un arma, y él no dudó en utilizarla.

—¿Verdad que no, Alondra? Deberías seguir de vez en cuando tus propios consejos. Hasta pronto.

Abrió la puerta y Alondra lo acompañó hasta la salida. Cuando volvió a entrar, la entrevista de trabajo había quedado olvidada y sus ganas de salir también.

Qué fácil era dar consejos cuando no le toca a una ponerlos en práctica, pensó con ironía y suspiró. ¿Tendría razón? ¿Debería olvidar ese asunto y comenzar de nuevo? Recordó las palabras de Gabriel la noche anterior y se le formó un nudo en el estómago. Había sido sincero, en verdad la amaba. ¿Por qué no darle una oportunidad más? ¿Valía la pena quedarse con la duda de qué hubiera pasado si lo hacía? ¿Valía la pena ser infeliz solo por el miedo a volver a ser lastimada, o a convertirse en ese tipo de mujeres que perdonaba todo? ¿No debería intentar probar solo una vez más?

Se acostó en el sofá y apoyó la cabeza en el reposa mano. Sería una larga mañana, pero esperaba tener la decisión antes de que cayera la tarde.

—Está bien, acepto, pero espero que esto salga bien o perderé una gran amistad por tu culpa —

advirtió Karen al otro lado del teléfono, y Gabriel sonrió.

—Saldrá bien. Te llamo después para cuadrar los detalles, estoy supervisando una obra en este momento y ya se me acabó el descanso.

—Todo sea por el amor. —La escuchó mascullar antes de que colgara el teléfono.

Gabriel volvió a su trabajo, aunque le costó un esfuerzo monumental concentrarse en cada detalle. Que Karen haya accedido ayudarlo con su plan para reconquistar a Alondra debía ser una buena señal. La castaña no era del tipo de personas que le daban su ayuda a cualquiera, y a pesar de que se mostró recelosa en un principio, terminó cediendo. Solo esperaba que al final todo saliera bien. Merecía buenas noticias después de lo de esa mañana.

Observó el proyecto que iba a mitad de construcción con detenimiento, el último que posiblemente supervisaría en Ea.

Tal y como había decidido la noche anterior, esa mañana puso punto y final al asunto. No solo le había advertido a su padre que no lo quería cerca de su esposa, sino que también le notificó su renuncia. Estaba cansado y no quería que nada lo uniera a ese hombre. Debió haberlo hecho desde hace tiempo, pero mejor tarde que nunca. Tendría que conseguir un reemplazo antes de irse, pero nada que supusiera un problema.

Siguió observando la estructura y se acercó al maestro de obra para hablar con él.

Todo saldría bien.

Después de al menos una hora de divagaciones, Alondra seguía sin saber qué hacer. Ella quería perdonarlo, en verdad deseaba hacerlo, pero su orgullo herido y el recuerdo de haber sido utilizada en su momento más vulnerable se enzarzaban en una pelea con sus sentimientos. Estos gritaban seguir adelante, olvidar todo, mientras lo otro temía volver a salir lastimado, o peor, convertirse en las que perdonaban todo. No sabía qué hacer, aunque lo más profundo de ella le gritara la respuesta. “No es bueno ser tan rencorosa”, recordó con ironía y una pequeña sonrisa se formó en sus labios. ¿Por qué no seguir su propio consejo?

Decidió dar un paseo para despejarse. Se levantó del sofá y empezó a caminar hacia la puerta. Pero, de pronto, las cosas se empezaron a caer y una fuerte sacudida la mandó directo al piso. El suelo se movía bajo su cuerpo y los segundos se hacían interminables.

¡Estaba temblando!

Capítulo 24

Después de los treinta segundos más largos de su vida, Alondra se levantó con cautela del piso y observó rápidamente todo a su alrededor. La electricidad se había ido y varios objetos estaban en el piso, algunos rotos, otros rodaban, pero no se quedó observando y salió a la calle. La gente se encontraba en el centro un tanto desesperada y comentaban sobre lo sucedido. Alondra vio su teléfono y comprobó que la señal también se había caído, y posiblemente tardarían al menos unas horas en que todo volviera a la normalidad.

Sin saber qué más hacer, se quedó afuera junto con los vecinos y conversaron un rato, rogando que no hubiera réplicas. El desastre natural era, sin duda, uno de los que más miedo causaba y dejaba a las personas nerviosas por un buen rato. La naturaleza era algo que no se podía tomar a la ligera.

Al cabo de una hora, las señales se restablecieron y la electricidad también. La gente volvió con recelo a sus viviendas, y pronto todos tenían el televisor encendido para escuchar las noticias.

“El terremoto tuvo su origen en el epicentro... con una magnitud de seis punto cuatro...”.

Alondra escuchaba, pero no prestaba demasiada atención. Un mal presentimiento se había instalado en su pecho y no podía sacárselo de encima a pesar de haber llamado ya a amigos y conocidos. Todos le habían dicho que se encontraban bien, todos excepto Gabriel que no contestaba el teléfono. Por eso estaba preocupada. No pudo evitar hacerle una llamada, y él no le contestó. No significaba precisamente algo malo, pero Alondra no podía evitar estar intranquila.

Decidió que lo mejor sería ir a buscarlo cuando escuchó una noticia que la dejó helada.

“Entre otro de los daños causados se puede incluir un derrumbe en la edificación que estaba siendo alzada en la calle central. Algunos pilares que estaban siendo ajustados se desprendieron causando la muerte irremediable de al menos diez trabajadores y dejando unos veinte heridos de gravedad, entre ellos, el señor Ortega, maestro de obra, y el ingeniero Mendoza...”.

El corazón se le detuvo y sus pulmones se vieron incapaces de exhalar aire. No podía ser. No podía ser, debía de ser una coincidencia. ¡Tenía que ser una coincidencia!

La voz de la televisora siguió hablando, pero el único sonido que escuchaba Alondra era un zumbido producto del miedo. Empezó a respirar con dificultad y, solo después de un minuto entero, fue capaz de reaccionar y salir literalmente corriendo hacia el hospital mencionado.

El camino se le hizo eterno y no supo cómo llegó viva al lugar. Su respiración era agitada y el

único pensamiento que rondaba su mente era la posibilidad de haberlo perdido. De no volver a verlo y ni siquiera haber podido repetirle por última vez que lo amaba, que lo quería como a nadie más en el mundo. Dios, qué tonta. ¿Por qué había tardado tanto en divagarlo si en realidad sabía la respuesta? No podía vivir sin él.

A esas alturas sus ojos debían estar llenos de lágrimas y su rímel manchando sus mejillas, pero no le importaba. Atravesó el edificio y preguntó en la recepción dónde tenían a los heridos en el derrumbe. La mujer le indicó un piso y ella no tardó en llegar allí. Su corazón martilleaba con una fuerza sorprendente y su cuerpo sufría ciertos temblores debido al miedo. Sentía que se iba a desmayar en cualquier momento, pero estaba segura de que no lo haría hasta ver a Gabriel.

Llegó al piso mencionado, y sus ojos hubieran buscado con desesperación a la recepcionista, si antes no hubieran captado la figura de su cuñada y su suegra paradas en uno de los pasillos. Se acercó lentamente a ellas. Sus pasos parecieron volverse pesados, y la incertidumbre aumentaba a cada segundo. Observó sus rostros intentando hallar en ellos alguna señal del estado en que se encontraba Gabriel, pero el de Samanta era inexpresivo, y el de Carlota estaba lleno de lágrimas, cosa que no aminoró en lo absoluto su preocupación.

Llegó hasta ellas y las observó sin poder pronunciar palabra. Esperaba que ellas le notificaran algo, le explicaran qué sucedía, pero ninguna de las dos dijo nada. Carlota solo seguía sollozando y Samanta solo lucía ligeramente nerviosa, aun así le dirigió una pequeña sonrisa en saludo que Alondra no retribuyó. Al borde de ponerse a gritar, abrió la boca para preguntar algo, pero una voz la interrumpió.

—Alondra, ¿qué haces aquí?

El alma pareció volver a su cuerpo y el aire entró con rapidez a sus pulmones. Con una velocidad que hubiera impresionado a flash, se giró solo para comprobar que sus oídos no habían reproducido una alucinación. No, no se lo imaginaba, él estaba ahí, parado frente a ella, con solo una venda en el brazo.

Ella jadeó y corrió hacia él, rodeándolo con sus brazos, comprobando con su tacto que estaba bien, vivo. Sin heridas graves. Un poco lleno de polvo, pero vivo. Lo abrazó y él, un poco desconcertado, le respondió al abrazo.

—Dios. Me has dado un susto de muerte —susurró y se separó un poco. Cuando lo miró, la preocupación había sido sustituida por la rabia—. ¿Cómo has podido? ¿Acaso no podías marcarme? ¡Estaba preocupada! —Lo alejó del todo de sí y lo fulminó con la mirada—. ¡Eres un desconsiderado!

—Alondra —le habló para llamar su atención, pero ella seguía balbuceando.

—Estaba al borde de un desmayo y resulta que estabas intacto. No puedo creerlo.

—¡Alondra! —dijo un poco más fuerte y esta vez sí captó su atención—. ¿Creíste que estaba herido?

—¡Claro! Lo dijeron en ese noticiero, que el ingeniero Mendoza estaba herido de gravedad... ¿Acaso mintieron? ¿Cómo pueden inventar ese tipo de cosas?

—¡Alondra! Tranquila. El que salió herido... fue mi padre. Yo estaba ahí, claro, pero luego llegó él, diciendo que se encargaría de todo, y durante el temblor... una viga le cayó encima.

Ella abrió los ojos sorprendida y observó a su familia política. Samanta asintió y Carlota solo volvió a sollozar.

—¿Estará bien?

—Está en emergencia —notificó—, no sabemos si sobrevivirá.

Ella parpadeó y no supo qué responder. No era de su agrado el hombre, pero eso no significaba que deseara su muerte.

—Lo siento —fue lo único que atinó a musitar.

Él asintió y la atrajo nuevamente hacia sí, aprovechando que tenía buena voluntad para sentirla cerca. Ella no se resistió. Ya no lo haría más.

—Puede que no deba preguntar esto ahora, pero... ¿puedo interpretar esa preocupación como un signo de que estoy perdonado?

Ella lo miró mal, pero luego volvió a recostar la cabeza en su pecho y asintió.

—Te amo —musitó—, no soportaba la idea de perderte.

—Yo también te amo, cariño. Te prometo que, de ahora en adelante, haré lo posible para hacerte feliz. No volveré a fallarte, te lo prometo.

Ella no respondió y se limitó a disfrutar de su contacto lo más posible.

Más tarde, todos estaban sentados esperando noticias del padre del Gabriel. Se quedaron ahí al menos tres horas hasta que un médico les notificó su muerte. La señora Carlota estalló en llanto, y Samanta intentó consolarla, aunque la abogada no parecía en demasía afectada, al igual que Gabriel. Los hijos lamentaban su muerte, pero no lo suficiente para llorarla.

Alondra ayudó a Gabriel con todos los preparativos del funeral, hasta que este la instó a regresar a casa para que descansara. Ella no protestó y se marchó.

Los días siguientes se pasaron entre el velorio y el entierro. Para sorpresa de todos, el señor Altamirano se presentó en el funeral, y no porque lamentara la pérdida del hombre, que en el fondo tal vez sí, pues a pesar de todo fueron amigos por algún tiempo, sino más bien su presencia fue como un acuerdo de paz. La razón de su rencor estaba dos metros bajo tierra y debió de haber comprendido que no valía la pena guardar odio.

Después de una semana, Gabriel fue a verla a su casa y ambos almorzaron arroz chino.

—Creo que después de todo tu hermano tenía razón en no tramitar un divorcio —comentó él sentado en el sofá viendo televisión, después de comer.

—No se lo vayas a decir todavía. O escucharé su “te lo dije” por la eternidad. Aun así, una boda en Las Vegas estando borracha sigue sin el prototipo de boda que me hubiese gustado.

—¿Quieres que nos divorciemos para volvernos a casar como se debe?

—Solo si tu hermana está dispuesta a elaborar la sentencia, porque el mío no perderá su tiempo en ello.

Gabriel lo pensó un momento antes de responder:

—Una boda en Las Vegas es un buen recuerdo, a mi parecer.

Ella sonrió.

—Entonces casados nos quedaremos. No creo que sea tan malo.

Él le pasó un brazo por los hombros y la atrajo hacia sí. Levantándole la barbilla, le dijo en un susurro:

—Nada sería malo a tu lado.

Se besaron por un rato. Ella se pegó a su cuerpo y disfrutó de su contacto, de su presencia. Se sentía tan bien tenerlo nuevamente cerca. Gozar de sus labios, de su tacto. Tal vez debió recordar eso cuando quiso tomar una decisión.

—¿Qué pasará con Ea? ¿Serás ahora tú el presidente?

—¿Debería? Le renuncié antes del accidente. Creo que de no haber muerto, me hubiera desheredado.

—¿Renuncias? —preguntó asombrada—. ¿Por qué?

—No quería seguir en un lugar que había sido indirectamente el culpable de que te perdiera. No quería seguir cerca de él.

Ella no supo qué responder.

—¿Y si lo vendemos y comenzamos de nuevo? —propuso él—. Sin rivalidades, con un nuevo nombre. Quizás en otra ciudad. Olvidemos de todo el pasado y empecemos de cero. Tú y yo.

—¿Estarías dispuesto a hacer eso por mí? —inquirió incrédula—. ¿No sería más fácil tomar el mando y seguir como hasta ahora?

—Por ti estoy dispuesto a hacer lo que sea. Pídeme la luna y subiré a buscarla. Pídeme las estrellas y te las traeré.

Los ojos de Alondra empezaron a llenarse de lágrimas. Abrazándolo, murmuró:

—Te amo. No sabes cuánto te amo.

—No más que yo a ti, hermosa.

—Creo que después de todo Ea sí nos trajo algo bueno. No te hubieras acercado a mí de no ser así.

—Tal vez, sí. Quizás el destino ya había decidido que quedaríamos juntos. No importa ya, lo que importa es que te tengo a mi lado, y estoy muy feliz con ello. Juntos comenzaremos de nuevo y construiremos un nuevo futuro.

—Sí —estuvo de acuerdo ella—, construiremos nuestro destino. Un feliz y próspero destino.

Epílogo

Seis meses después...

Desde una posición de lo más privilegiada, la luna era la única testigo de la pareja que se besaba en el barandal sobresaliente de la casa de playa.

El aire frío de la noche debería haberles calado los huesos, pero los apasionados y dulces besos impedían sentir a su cuerpo algo más que no fuera calor y comodidad. Abrazados como dos amantes que no quieren separarse, disfrutaban del fin de semana que habían decidido tomarse para vacacionar en aquel lugar que traía buenos recuerdos.

—Alondra... te amo tanto... —musitó Gabriel entre sus labios, resistiendo la tentación de volver a tomar posesión de ellos. Necesitaba expresar lo que sentía con palabras. Necesitaba que ella lo escuchara de su boca así fuera por milésima vez en todo ese tiempo de su reconciliación. Nunca se cansaría de decirlo porque jamás sería suficiente. Ni siquiera esas dos palabras, que tantos estragos y alegrías podían causar a una persona, eran suficientes para describir lo que sentía. El sentimiento era tan grande, que no había palabras en el vocabulario humano para expresarlo—. No sé qué habría sido de mi vida si no hubiésemos regresado.

—Posiblemente lo mismo que hubiera sido la mía. Infeliz —le respondió ella volviendo a tomar posesión de su boca, pero Gabriel, que aún no había terminado, se separó y dio unos pasos atrás.

—Tengo algo que preguntarte. —Sacó de su pantalón una pequeña caja y la abrió. Alondra ahogó un jadeo cuando vio un anillo, pero no pudo decir nada porque él prosiguió—: Bien, sé que es un poco inusual ya que estamos casados, pero dado que no recordamos bien la primera boda, te propongo otra. Frente al altar. Juremos ante Dios y todos los que quieran presenciarnos que nos amaremos por la eternidad y que ninguna dificultad será suficiente para separarnos. Que el altísimo sea testigo de que la pareja que ha unido está consumando su amor.

Los ojos de Alondra empezaron a llenarse de lágrimas y tuvo que deshacer el nudo en la garganta para poder responder.

—Nada me haría más feliz. Creo que el solo hecho de estar a tu lado me hace feliz.

—No tanto como me hace feliz a mí. —Volvió a rozar sus labios en cortos besos—. Te amo tanto, Alondra.

—Yo también Gabriel, yo también.

Y esa fue la última declaración antes de que ambos labios se fundieran en un beso lleno de amor y pasión, que prometía solo un futuro lleno de felicidad, donde no había rencores del pasado, ni temor a lo desconocido, pues cuando dos corazones que estaban destinados a estar juntos se conocen, nada es lo suficientemente fuerte para separarlos, ya que ambos saben desde un principio cuál es su destino, un destino que construirán juntos y que ningún factor externo podrá derrumbar, pues cuando se quiere de verdad, se edifica un nuevo espacio en el que solo puede proyectarse el amor.

Si te ha gustado
Construyendo un destino
te recomendamos comenzar a leer
Un día para recordar
de *Luciana V. Suárez*



Prólogo

Tres años antes

Upper East Side, Calle 18 con la 74, Manhattan, Nueva York (11:18 a. m.)

El mensaje decía claramente: «Ven a la calle 18». Por lo que Annalise se encontraba aguardando por sus primas en esa calle junto a la acera. Miró para todos lados, pero era difícil de distinguir si había alguna galería de arte o edificio en el que se exhibieran pinturas en esa cuadra, porque era una calle larga y había mucha gente caminando, así como había muchos autos transitando. El tráfico. Eso era lo más molesto de aquella ciudad, la cantidad de vehículos que había y los ruidos que emitían eran ensordecedores.

El primer día que Annalise estuvo allí se cubrió los oídos a menudo, ya que el ruido era demasiado estridente para soportar. Era la primera vez que visitaba Nueva York y le parecía que era diez veces más grande de lo que se había imaginado. Los edificios eran tan altos que parecían interminables, o que se perdían entre las nubes, aunque sabía que eso era imposible, pero, por un momento, pensó que tal vez atravesaban el cielo. La cantidad de autos amarillos le había dado la sensación de ver doble y, cada vez que subía a un taxi o autobús, sentía que hacía un viaje de una ciudad a otra y no de una calle a otra, debido a la cantidad de tráfico, que el vehículo demoraba una eternidad en avanzar.

El segundo día que había estado allí, el taxi en el que se había subido había dado por lo menos cinco vueltas en Columbus Circle debido a una manifestación. Como resultado de eso, Annalise terminó tan mareada y con ganas de vomitar que no quiso volver a subirse a otro taxi ese día.

Cada cosa que veía era una novedad para sus ojos, desde la gente que cruzaba con atuendos estrafalarios hasta la cantidad de ardillas que correteaban en Central Park. Había leído sobre ello en los libros de la escuela, también había visto imágenes en la televisión, pero comprobarlo había sido toda una conmoción.

Pensó que era bueno que hubiera ido a aquella ciudad con sus primas preferidas porque, de ese modo, se había sentido cómoda. Era la primera vez que las tres salían solas de Connecticut, de un pueblo pequeño en el que vivían, sin la supervisión de adultos. Al principio, cuando les habían planteado sobre aquel viaje a sus padres, estos se opusieron de manera rotunda, solo el padre de Annalise fue quien reflexionó por unos días al respecto y luego habló con su hermano (el padre de sus primas) y entre ambos decidieron que era buena idea que fueran porque, de todas maneras, Nueva York estaba a dos horas de su pueblo, y en unos meses las tres se graduarían de la escuela secundaria e irían a la universidad, por lo que vivirían en grandes ciudades. Así que aquella experiencia podría venirles bien para conocer la dimensión y el manejo en un lugar multitudinario, pero les dieron permiso de ir con la condición de que se quedaran solo cinco días, porque eso era lo que duraba el receso de primavera, y que siempre anduvieran con sus teléfonos móviles y sus GPS activados; las llamarían tres veces al día y en caso de que no respondieran al primer timbre de inmediato llamarían a la policía para reportar la desaparición de las tres, aun cuando no estuvieran perdidas o raptadas. Así que las tres iban juntas a todas partes y no se despegaban ni

por un segundo, tampoco se les hubiera ocurrido hacerlo, porque estaban en una ciudad desconocida, eran extrañas en una tierra extraña, pero, de algún modo, esa mañana se habían separado; en realidad, Dana y Donna, las primas de Annalise, habían salido temprano porque el día anterior habían visto que había rebajas en Bloomingdale's, y hasta el momento todo lo que habían podido comprar provenía de El Gap, y a Annalise particularmente no la volvían loca las compras, ya había comprado suficiente, y además la noche anterior se había dormido tarde debido a la cantidad de azúcar y cafeína que había ingerido, por lo que le había costado despertarse esa mañana.

Tras desayunar, sus primas le habían enviado un mensaje para decirle que se encontraran en la calle 18. Así que, una vez que Annalise tomó su bolso, salió del hotel y se subió a un taxi. Tras indicarle la calle al taxista, este le había preguntado: «¿Zona este u oeste?» y ella le había enviado un mensaje a sus primas para preguntarle eso, pero, como demoraban en responder, y el taxista estaba impaciente, además de que por cada segundo que estaba sentada allí le cobraba, le dijo que era la zona este, aun cuando no estuviera segura de ello, pero recordó que Dana había dicho algo sobre ir a la calle Este el día anterior, ¿o era Oeste? Había tantas calles con tantas indicaciones, y todo parecía dividirse entre el este y el oeste, y para mencionar una había que mencionar otra también (la 32 este con la 60, la 72 este y la Quinta Avenida, la 256 oeste con la 47), por lo cual era difícil discernir bien. Pero, mientras Annalise caminaba por aquella calle, se dio cuenta de que no había ninguna galería de arte en donde supuestamente sus primas la estaban esperando, por lo que después de un momento se percató de que se había confundido y debía haber ido hacia la zona oeste. Pero, cuando tomó su teléfono móvil para enviarles un mensaje o llamarlas, se dio cuenta de que se le había acabado la batería y, cuando quiso buscar su cargador en su bolso, comprobó, para su horror, que no lo había llevado.

Comenzó a mirar alrededor en busca de alguna cabina telefónica, pero no tendría sentido, porque no recordaba el número de sus primas, solo las terminaciones, pero no sus números enteros. Maldijo para sus adentros sin saber qué hacer; estaba perdida, perdida en una tierra extraña para ella, no tenía a quién acudir porque la gente en Nueva York parecía hacer caso omiso de los demás y en su caso en particular sería aún peor, porque, como la última de ocho hijos (que había llegado mucho después del nacimiento de la penúltima), Annalise estaba acostumbrada a pasar desapercibida ante los adultos, había aprendido desde pequeña a no ser vista u oída en su casa, sus padres solo la tenían en cuenta para aspectos prácticos, pero nunca le pedían su opinión en nada, y cuando contaban algo en la mesa miraban a todos sus hijos menos a ella, así que era probable que allí nadie la notara si pedía ayuda, y además estaba el hecho de que sus padres le habían advertido sobre acercarse a extraños en Nueva York porque podían robarle o raptarla al ver que era de otro lugar. Así que Annalise se quedó paralizada en mitad de la acera sin saber qué hacer. Todo le parecía muy grande y se sentía más pequeña que de costumbre. Quería romper a llorar, o gritar, y temía que fuera a darle un ataque de pánico de lo perdida y desorientada que se

sentía, por lo que trató de recomponer sus pensamientos. No estaba perdida, tal vez no podía encontrar a sus primas de momento, pero había otra opción: subirse a un taxi y regresar al hotel en el que se estaba hospedando, tenía la dirección, así que no había modo de perderse. De inmediato volteó para buscar un taxi cuando chocó con alguien, y justo cuando iba a disculparse (aun cuando a aquella persona podría no importarle, porque en Nueva York a nadie le importaba chocarte o ser chocado, porque todos caminaban como alma que llevaba el demonio y no reparaban en nadie o nada) se quedó petrificada con el rostro que encontró enfrente de ella: era un muchacho como de su edad, tenía ojos avellanas y el cabello oscuro un poco largo y desprolijo, sus facciones eran finas para ser las de un muchacho y su expresión parecía vacía.

—Disculpa, pero ¿necesitas ayuda? —le preguntó con una voz suave.

—Hummm, yo... no... lo sé —le respondió Annalise, que de repente se había olvidado cómo se llamaba o qué estaba haciendo allí.

—Es que te vi desde mi casa y parecías perdida —le dijo el muchacho excusándose. Annalise se quedó mirándolo un momento, ¿acaso la había estado mirando desde hace rato?

—Es... sí, así es, debía encontrarme con mis primas y solo me dijeron que nos encontráramos en la calle 18.

—Y no especificaron si era este u oeste y que otra calle más —repuso él y ella asintió—. Eso les ocurre a muchos turistas. ¿Quieres que te acompañe a buscarlas? —se ofreció de forma amable.

—No, no es necesario, regresaré al hotel en donde nos estamos hospedando —le dijo ella mirándolo—. ¿Tú vives por aquí?

—Ahí al frente —contestó haciéndole señas con la cabeza. Annalise miró al edificio que él le había indicado.

—¿Podría pedirte un favor? —le preguntó y el muchacho asintió de forma lánguida—, ¿podrías prestarme un cargador para cargar mi teléfono? Es que me quedé sin batería.

—Desde luego, ven conmigo —le dijo y juntos se encaminaron hacia su casa, aun cuando Annalise debería haber tomado un taxi y regresar al hotel en su lugar, porque no conocía a ese muchacho y podía ser todo lo peligroso que sus padres le habían advertido acerca de un neoyorkino desconocido, pero en ese momento no le pareció que podía ser alguien malo, de hecho, solo pensó que quería ir a su casa a cargar la batería de su teléfono y, de paso, tal vez conocerlo.

Construyendo un destino



Alondra Saldivia parece tenerlo todo en la vida: casa, moto, trabajo y una vida cómoda. No obstante, el amor le rehúye y ahora que el hombre con el que se iba a casar terminó casado con otra, no tiene idea de que pasará con su vida en ese ámbito. Por ello, cuando Gabriel Mendoza empieza a apostar, de manera sospechosa, por un lugar en su corazón, deberá decidir entre mantener los celos lejos o seguir a su instinto.

Gabriel Mendoza nunca se imaginó que lo que comenzó como un plan inocente para conseguir sus objetivos terminara girando en su contra y marcando una parte de sí. Jamás se pensó como un hombre con demasiados sentimientos, y hacía tiempo que había aprendido que estos siempre estorbaban de una u otra manera. No obstante, el brillante ingeniero sacó mal las cuentas, y se le olvidó que el que juega con un corazón roto, termina cortándose con los pedazos.

Catherine Brook es el seudónimo bajo el que escribe esta joven autora venezolana. Estudiante de arquitectura, disfruta del romance desde que tiene uso de razón. Siempre le han gustado las novelas con final feliz y fue después de leer *Bodas de odio*, de Florecia Bonelli, que se enamoró del género histórico y todas sus autoras. Cuando se le presentó la oportunidad de publicar en *Wattpad*, jamás se imaginó tal aceptación y, gracias a ello, ha dado rienda suelta a esta pasión, pues en su opinión, no hay nada mas mejor que una bella historia de amor con final feliz.

Edición en formato digital: marzo de 2020

© 2020, Catherine Brook

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17931-00-1

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Construyendo un destino

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Epílogo

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Catherine Brook

Créditos